

ERTO

revista de documentacion social

DICIEMBRE

«SOLSTICIO». Linoleum de A. Daenens



Ayuntamiento de Madrid

pta.

CUADERNOS DE CULTURA formará su
inteligencia sin el menor esfuerzo mental ni sacri-
ficio económico.

La revista **ORTO** le formará su conciencia, leyendo
a los grandes maestros de la sociología contem-
poránea.

Los **CUADERNOS DE CULTURA** le presentan,
poco a poco, en dosis asequibles al menos apto,
todos los conocimientos humanos.

La revista **ORTO** los humaniza y enfoca hacia una
sociedad más justa, creando ciencia sobre la des-
gracia del trabajador.

**No deje de contribuir a este gran
esfuerzo desinteresado de cultura
y emancipación social**

Haga usted una

Suscripción combinada

a las dos publicaciones, y por

11'50 Pesetas

podrá recibir

12 números de

**CUADERNOS
DE CULTURA**

y 6 números de la

Revista ORTO

ORTO

Revista de documentación social

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

SUSCRIPCIÓN

España.
Semestre..... 6 pesetas.
España y América.
Un año..... 12

PAGO ANTICIPADO

Dirigir toda la correspondencia a

MARÍN CIVERA
Calle de Luis Morete, 44
VALENCIA (España)

Orto

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSE RENAÚ

Año I Núm. 10

Valencia, dic. 1932

La organización sindical

PARA mi concepto, la Internacional Sindical debe estar organizada según el plan siguiente:

IV

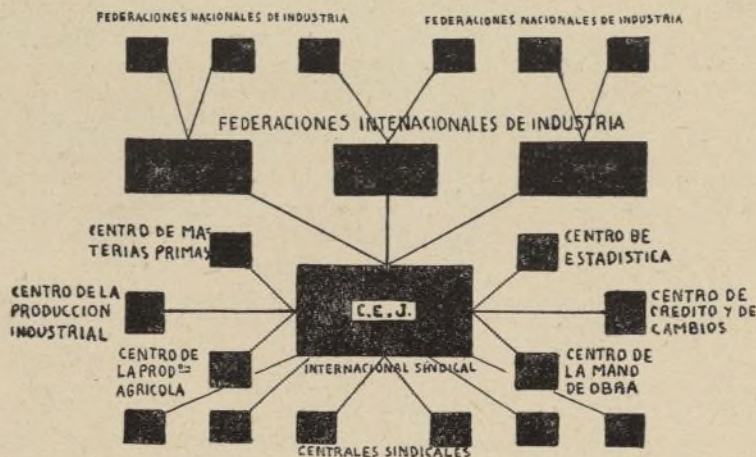
nar su cometido, cada cual según su plan, es decir:

La Oficina de Estadística.

La Oficina del crédito e Intercambios.

La Oficina de la mano de obra.

ORGANIZACIÓN ECONÓMICA PLAN INTERNACIONAL



Ahora nos falta volver a las diversas oficinas de que deben ser dotadas: la Unión Regional, la Confederación General del Trabajo y la Internacional Sindical, para lle-

La Oficina de las materias primas.
La Oficina de la producción industrial.
La Oficina de la producción agrícola.
La misión de estas oficinas es siempre

idéntica; sólo varía por su *extensión*, según el carácter del organismo a que pertenece.

Esta similitud absoluta, en todos los grados, permite asegurar, de abajo arriba y viceversa, la homogeneidad perfecta de esta organización federalista en el plan económico.

Esto no podría ser así si los engranes fueran diversos y su funcionamiento diferente.

Hecha esta comprobación, procedamos ahora al examen de la misión de cada oficina.

Oficina de Estadística

La Oficina de Estadística tiene por tarea esencial recopilar todos los informes cifrados, relativos a la producción, a la distribución, al intercambio y al consumo, en cada localidad, cada región, cada nación y en el mundo entero, según pertenezcan a tal o cual engranaje.

Recibe sus informes por mediación de todas las otras oficinas y del servicio municipal, regional o nacional, del consumo.

Debe estar en condiciones de conocer el volumen de la producción, rama por rama, la importancia del crédito y de los intercambios, la situación de la mano de obra con todas sus fluctuaciones y emigraciones; la cifra de las materias primas utilizadas, sea en el terreno, sea por vía de intercambio; la importancia de la producción agrícola e industrial; la de los excedentes disponibles, el consumo a asegurar, etc.

En una palabra, la Oficina de Estadística debe ser verdadero espejo —en forma de gráficos cuidadosamente conservados para las comparaciones necesarias— en el que se refleje toda la economía de una localidad, de una región, de una nación, de todos los países.

Oficina de Crédito e Intercambios

Esta Oficina tiene por misión, en el plan interior: localidad, región, nación, registrar la circulación de las primeras materias, de los productos manufacturados y agrícolas; llevar la contabilidad de las materias de la localidad, de la región, de la nación o de todos los países que vivan en régimen comunista libertario.

Lleva, pues, en suma, el registro de las entradas y las salidas del consumo efectuado en su jurisdicción y establece, a fin de ejercicio, el balance de la actividad del engranaje al cual pertenece.

De acuerdo con el Consejo Económico correspondiente, organiza los intercambios entre localidades de una misma región, entre regiones de una misma nación o entre las mismas naciones, para asegurar el consumo local y regional.

La Oficina afecta a la Confederación General del Trabajo tiene por misión organizar y asegurar a la vez, con el concurso de las Federaciones interesadas, los intercambios interiores y exteriores. Se divide en dos secciones. La de los intercambios interiores hace circular materias y productos por medio de escritos, sin intervención de moneda de cambio.

No puede ser lo mismo en lo que concierne al crédito y el intercambio con los países que vivan, por ejemplo, en régimen capitalista y que no acepten el intercambio de mercancías, *el trueque*.

Para comprar o para vender, la Oficina de los intercambios exteriores utilizará pues, una moneda de cuenta: el oro, probablemente.

Detendrá, para ello, bajo un control riguroso y permanente, el oro, las divisas, etcétera..., que constituirán los haberes de la nación, en el momento de la expropiación capitalista.

Se esforzará en conservar intacta esta especie de reserva que puede, en un momento dado, ser de una gran utilidad si la balanza comercial demuestra el déficit, o si el exterior capitalista reacciona fuertemente contra el nuevo régimen.

Deberá, pues, organizar el intercambio de tal manera que el valor de las exportaciones sea igual al de las importaciones. Hasta no sería malo que el balance fuera ligeramente favorable a las exportaciones, dando lugar al cobro.

La Oficina de los intercambios exteriores, llamada a tratar con los países capitalistas, deberá forzosamente utilizar con aquellos los métodos de crédito empleados en aquellos países. Si sabe aprovecharlos ingeniosamente pueden rendir grandes servicios; pero si no los conocen y no saben sacar partido de ellos, también pueden crear dificultades. Importa, pues, que se conozca perfectamente el funcionamiento del sistema bancario capitalista.

La Oficina de la mano de obra

La misión de la Oficina de la mano de obra es extremadamente importante.

A ella incumbirá el cuidado de repartir juiciosamente a los trabajadores que, por una u otra causa, cambien de profesión o de localidad, de región, de país.

En el interior de la industria, esta distribución se operará por los cuidados de la Oficina industrial; pero en todos los otros casos: emigraciones, trabajos importantes y excepcionales, corresponderá a las Oficinas de las localidades, de las regiones y de las naciones, el repartir y dirigir a los puntos designados a la mano de obra disponible, teniendo en cuenta, naturalmente, los deseos de cada uno.

Para realizar esta tarea, las Oficinas de la mano de obra recibirán periódicamente de las Oficinas industriales correspondientes, los informes necesarios.

El empleo y los desplazamientos de la mano de obra, deberán ser seguidos con tanta atención como la producción y el intercambio.

Una mala utilización de la mano de obra —plétora aquí, insuficiencia allá— tendría las más graves consecuencias. Repercutiría sobre la misma producción, de una manera inmediata y peligrosa.

Deberá, pues, llevarse la contabilidad de los brazos, como se lleva la de los productos, y se hará de tal suerte que sea tan exacta como sea posible.

Oficina de las materias primas

La Oficina de las materias primas es la base misma de la producción. Esta depende absolutamente de su buen funcionamiento.

Por medio de la Oficina industrial correspondiente, debe conocer todos los recursos de su jurisdicción, de una manera detallada y precisa.

Reglamenta la utilización en su esfera de actividad y de acuerdo con las Oficinas de las otras regiones y naciones, siguiendo las indicaciones de las Oficinas de intercambio, hace dirigir a los puntos designados los excedentes disponibles.

Así es que pertenece a esta Oficina el cuidado de asegurarse de que todas las fábricas de una localidad están provistas

de las primeras materias necesarias para alcanzar el tanto de producción indicado, consultando a los Sindicatos locales y la Oficina industrial de la región y el poner a la disposición de la Oficina regional de las materias primas los excedentes de que disponga la localidad. La Oficina regional actúa de la misma forma con respecto a la Oficina nacional y ésta opera idénticamente con la Oficina internacional.

Esta última tiene a su cargo, no solamente el repartir entre todas las naciones las primeras materias, sino que debe aún hacer constituir, sobre el terreno o en los puntos designados y bien elegidos, al abrigo de la avaricia capitalista, si subsiste aún, reservas tan importantes como sea posible.

De la buena distribución de las materias primas depende, en una gran parte, una buena organización de la producción.

Oficina de la producción industrial

Las Oficinas de la producción, en los diversos grados de la organización sindical, desempeñan un papel absolutamente esencial. De su funcionamiento depende la vida misma del régimen, de la colectividad entera.

Según el plano en que actúen: localidad, región, nación, tienen una misión, cada vez más importante, a cumplir.

En su tarea son guiadas por los Consejos económicos correspondientes y, por su parte, éstos son informados por las Oficinas de intercambio y de distribución de la misma naturaleza.

Tienen por cargo el indicar a los organismos industriales especializados, que son las Federaciones y los Sindicatos, el tanto de producción que hay que alcanzar, y asegurarse de si este tanto es conseguido; dar a conocer a los Consejos económicos las dificultades de ejecución y hacer investigar, en el más corto plazo, los medios para subsanarlas.

En cuanto sea posible, deben esforzarse en sobrepasar ligeramente el tanto indicado, a fin de constituir reservas interiores y excedentes para los intercambios exteriores.

La Oficina de la producción industrial debe conocer, en su esfera, de una manera tan precisa como sea posible, el estado

general del conjunto de la producción, los decaimientos y las causas de éstos, los medios de remediarlos, haciendo intervenir a tiempo a los órganos especializados de la organización industrial.

Informa a las Oficinas de estadística correspondientes y prepara la tarea de los diferentes Consejos económicos, tenidos por ella al corriente de la marcha y las fluctuaciones de la producción.

Se asegura de que la mano de obra y las materias primas necesarias no escasean, de que los intercambios se realizan regularmente, según el plan establecido por los Comités económicos y las diversas oficinas.

Oficina de la producción agrícola

La Oficina de la producción agrícola desempeña el mismo papel que la Oficina de la producción industrial.

Su misión es tan importante y tan complicada. Ella es, igualmente, tan diversa y difícil.

Tiene a su cargo organizar la producción agrícola, en el perímetro de la localidad, en la extensión de la región o de la nación.

No solamente debe interesarse en los diversos cultivos: cereales, pastos, viñedos, etcétera, etc... sino que también de la ganadería, de la que depende la renovación de la aparcería.

Conociendo, en cada rama, la cifra de la producción a alcanzar, debe ponerlo todo en práctica para conseguirla.

No solamente tiene el deber de acudir a la alimentación de la extensión de territorio de su jurisdicción, sino que aun debe asegurarse de que los excedentes de producción son bien encaminados, como conviene, a sus destinos.

Debe también velar por los productos almacenados o en existencia.

Naturalmente, es el más indicado para asegurarse de que los Sindicatos y regiones agrícolas han recibido debidamente la mano de obra, útiles, instrumentos y abonos que les son necesarios, y que los trabajos, cuya ejecución han dispuesto, han sido efectuados.

Como la Oficina industrial, informa a la Oficina de estadística de su jurisdicción y lleva la contabilidad de la producción agrícola.

Asimismo, proporciona al Comité económico local, regional o nacional todos los informes relativos a la producción agrícola.

Como es natural está en relación constante con las Federaciones regionales y nacionales de agricultura y sus diversas Oficinas especiales.

Tales son, para mi concepto, las Oficinas de que hay que dotar a la organización sindical, de base a cúspide, de la localidad a la internacional.

Se comprenderá fácilmente que me he limitado a indicar la misión y funcionamiento sólo de una manera general.

Es absolutamente imposible entrar en detalles. Además, las tareas imprevistas surgirán constantemente y modificarán, sin duda alguna, todos los organismos iniciales. No hay que pensar en encerrar todas las manifestaciones de la vida en un cuadro estrecho y rígido. Eso sería inútil y vano.

Consejos económicos

Al lado de aquellas Oficinas locales, regionales, nacionales e internacionales, funcionarán los Consejos Económicos, que deben de existir en los mismos planos.

El Consejo económico local, que funcionará bajo el control de la Unión local, estará formado por las SEIS oficinas reunidas. Poseerá, pues, así todos los datos relativos a los problemas económicos: producción, distribución, intercambios, y se encontrará plenamente especializado para aportarles las mejores soluciones.

El Consejo económico regional está formado por las Federaciones regionales de industria y las diversas oficinas pertenecientes a la Unión regional. Informa a los Comités locales de su jurisdicción, prepara la tarea del Comité económico nacional y desempeña, en su plano, el mismo papel que el Comité local.

Los Consejos económicos nacionales y el Consejo económico internacional, que están formados por las Federaciones nacionales e internacionales de industria, abarcan todas las actividades de un país o del conjunto de los países.

Son los órganos técnicos completos e indispensables de las Centrales nacionales y

de la Internacional, de las regiones y localidades.

Sin ellos es imposible pretender organizar convenientemente la producción, el intercambio y el reparto.

Con respecto a este último, me parecen absolutamente necesarias algunas explicaciones.

Reparto

Ya hemos indicado que el reparto será efectuado bajo la supervisión de las *Oficinas de intercambio locales*. He de añadir que la *distribución* —que es una cosa muy diferente que el reparto— estará asegurada por medio de los *Almacenes y Factorías* comunales, que serán alimentados sobre el terreno o del exterior, por la Oficina de intercambio local.

Esto me parece ser la misma lógica y nada me parece que se oponga a que ello sea así.

Sé que de diversos lados: en Francia, en España, en América, se me reprocha el haber olvidado *sistemáticamente* la cooperación, tanto desde el punto de vista de la producción como de la del consumo.

No se ha olvidado más que una cosa en las críticas, pero que es esencial, y es ésta:

La cooperación es un movimiento cuyo valor es indiscutible en el régimen capitalista, pero que no tiene objeto después de la caída de dicho régimen.

Examinemos primero las cooperativas de producción. Nadie discutirá, me figuro, que los Sindicatos están mejor especializados, por su número, preparación y organización prerrevolucionaria, que las escasas cooperativas que existen aquí y allá, sin lazos de unión entre ellas, para organizar racionalmente, en todos los planos (de la localidad a la internacional) la producción en todos los dominios.

Lo que subsistirá no será ya el *espíritu actual* —francamente burgués— de las cooperativas, sino el *espíritu de cooperación*, de *mutua ayuda*, de *solidaridad*, la misma que anima a los Sindicatos y los guiará aún mañana.

Las explotaciones sindicales del porvenir serán, pues, las verdaderas cooperativas de producción, las que han soñado en la sociedad presente los adalides de la cooperación.

¿Qué importa el nombre si la misma cosa es realizada?

La situación de las cooperativas de consumo es un poco diferente.

Están francamente destinadas a transformarse, en sus principios y en su funcionamiento.

Según la declaración de los batidores de ROCHDALE, que constituyeron en 1843 la primera cooperativa, declaración que es, en cierto modo, la constitución de las cooperativas de consumo, la cooperativa tiene por objeto *comprar directamente y revender al precio del comercio local o a uno ligeramente inferior, para repartir —a fin de año— entre los cooperadores, los beneficios realizados*.

Esto es excelente, en régimen capitalista. Cuando desempeña su papel —y esto no es siempre— la cooperativa de consumo, *que es un medio de compra en común permitiendo consumir al precio menos elevado, hace el oficio de regulador de los precios*. Su sola existencia obliga al comercio privado a no traspasar ciertos límites.

La cooperativa de consumo es, pues, un *freno saludable* para el alza injustificada de los precios. Su utilidad es indiscutible en régimen capitalista, pero es nula después de la caída de aquel régimen.

¿Qué interés puede conservar si desaparece su objeto?

La supresión del comercio privado, el establecimiento de un servicio de distribución, la alimentación de los almacenes y factorías sin empleo alguno del dinero, la remesa a los interesados de todo cuanto les es necesario a la simple presentación de una tarjeta de trabajo, de invalidez o socorro, hacen a las cooperativas de consumo absolutamente inútiles, en su forma actual. Son, pues, llamadas a desaparecer con el objeto que persiguen.

¿Es esto decir que sus instalaciones, a menudo muy buenas, que su personal, generalmente muy práctico, no podrán ser utilizados con fruto? ¡Nada de eso!

Estoy, por el contrario, persuadido de que habrá el más grande interés en transformar —allí donde existan— las cooperativas y sus almacenes en *factorías y almacenes de recepción y reservas*.

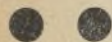
Querer ir más allá es un contrasentido. Si se puede asociar la gente, prestarse mutua ayuda, es decir, *cooperar*, para producir, porque es un *acto positivo y creador*, no es posible asociarse, *auxiliarse, cooperar para consumir*, que es un acto

personal *negativo y destructor*, aunque indispensable.

En este mismo momento, los cooperadores están asociados para *comprar* y no para *consumir*.

Estando reemplazada la compra con el *reparto* y la *distribución* sustituyendo a la *venta*, la cooperativa de consumo pierde completamente su razón de ser.

Se transforma, como hemos indicado anteriormente.



Esta organización sindical será, sin duda, juzgada por algunos como demasiado complicada; otros, al contrario, la es-

timarán insuficiente, mientras que otros aún la encontrarán inútil.

A unos y otros les pido que reflexionen profundamente antes de pronunciarse. La cuestión vale la pena.

Por mi parte, creo que esta organización es a la vez necesaria y suficiente.

Es, esencialmente, federalista, y es, también, en el aspecto práctico, la expresión misma del anarcosindicalismo.

Tal como está, me parece capaz de instaurar y desarrollar el comunismo libertario, y de abrir, más tarde, el paso al comunismo libre. En todo caso, la presento al examen y al estudio de todos.

Pierre Besnard

(Continuará.)

Se ha puesto a la venta

El Amor, dentro de 200 años

(Una visión de la vida sexual en el futuro)

por el ingeniero **ALFONSO MARTINEZ RIZO**



Precio: 2 pesetas

Ayuntamiento de Madrid

La subversión de la economía alemana

(Conclusión)

El capitalismo de Estado

Es cierto que no ha sido tan sólo la crisis actual lo que ha hecho comprender, al fin, a los alemanes, lo incoherente y nefasto que era para la colectividad el régimen en el que ellos vivían, como la mayor parte de los europeos. Si la ruptura de los cuadros del capitalismo privado, el derrumbamiento de los valores establecidos, han abierto de repente los ojos a la masa del pueblo, ha sido necesario que semejante cataclismo haya sido imprevisto y que un sistema más lógico no haya sido propuesto desde hace largo tiempo. Pero en Alemania la confianza en el Estado penetra demasiado en los espíritus para que las medidas preconizadas no estén en sí mismas saturadas de estadismo. El puño de acero de Federico el Grande ha cogido y modelado a Prusia, y con ella a la Alemania entera, y el tiempo no ha hecho más que acentuar los estigmas. Por otra parte, el dilema entre el individuo y el Estado estaba demasiado claro, fácil y seductor, para que se hubiera creído deber suplir los perjuicios de los apetitos particulares con otra cosa que no fuera un imperativo social.

Pero una economía dirigida por el Estado, aunque fuera en beneficio de los trabajadores, no tiene absolutamente nada que ver con lo que Lucien Laurat ha bautizado con el nombre de economía planeada y que es la economía de un país en el que la supremacía del capital ha desaparecido por completo, una economía socialista.

Esto es lo que había comprendido muy bien el viejo Wilhelm Liebknecht, que en el Congreso socialista de Berlín de 1892 condenaba y designaba para siempre este sistema estatal, dictatorial y centralista, con el nombre de *capitalismo de Estado*.

Sordamente al principio, el capitalismo de Estado se fraguaba un sitio junto al capitalismo privado. La crisis de julio de 1931 lo hizo bruscamente dueño absoluto de la economía alemana. Banqueros par-

ticulares, propietarios de los dominios del Este, magnates de la gran industria, todos los que en la persecución frenética de la ganancia, para aumentar sus rentas o sus dividendos, habían provocado la ruina irremediable del sistema, del que se pretendían sostenes y protectores, no tuvieron más que un recurso: obtener del Estado una limitación de sus propias pérdidas o, más exactamente, la transferencia de sus pérdidas a la comunidad. Ellos, que nunca habían imaginado asociar al Estado, ni siquiera, más modestamente, a su personal y clientela, a los inmensos beneficios de los años prósperos, pedían al Estado y a los contribuyentes que compartieran el peso de sus errores de gestión, de su megalomanía, de su prodigalidad, y en numerosos casos —el de la *Nordwolle* y el de la *Frankfurter Allgemeine Versicherungsgesellschaft*, por ejemplo— de sus granjerías: reclamaban la socialización de las pérdidas.

El Estado respondió inmediatamente a esta llamada: se apoderó del monopolio del crédito, reglamentó el comercio de las divisas y colocó a los bancos bajo su control.

Por los decretos del 15 y 18 de julio de 1931, el Gobierno prescribía la centralización de todas las operaciones de cambio en la Reichsbank, la remisión a esta última de los instrumentos de pagos extranjeros y créditos representados en moneda extranjera. «La contracción del volumen de los créditos exteriores persistió además de tal suerte que, hasta fin de año, la Reichsbank perdió aún 600 millones de marcos de sus existencias en oro y divisas. En estas condiciones, la reglamentación del comercio de los cambios hubo de ser reforzada de nuevo. La Reichsbank se vió obligada, a partir de principios de octubre, a suspender los créditos a las firmas que habían contravenido las prescripciones reglamentarias. El decreto del 17 de noviembre permitió un control particular de los reintegros de divisas provenientes de exportaciones. Las estadísticas establecidas por la Reichsbank demuestran que la mayor parte de las divisas resultantes de las ex-

portaciones alemanas han sido recuperadas así.» (Dr. Luther, op. cit.).

Por otra parte, un decreto del 19 de septiembre de 1931 instituyó un organismo de Estado, el *Curatorium* de los bancos, encargado de vigilar e influenciar la política general de los bancos, desde el punto de vista de los intereses de la colectividad. En febrero de 1932, yendo más adelante, el Gobierno reforzó el sistema bancario, haciendo pasar la mayor parte del capital de los grandes bancos privados a manos del Estado por mediación del Banco del descuento de oro, a la *Reichsbank*. La *Darmstaedter und National Bank*, la *Dresdner Bank*, la *Schroeder Bank* fueron estatizados, así como numerosos establecimientos de crédito de menor importancia.

El Estado se convirtió en el más grande banquero de Alemania; en un capital global de 463 millones de marcos, la parte del Estado era ya de 317 millones, o sea, un 68'4 %. Para reconstituír el capital social de los bancos, eliminar las pérdidas sufridas y restablecer un líquido suficiente para la explotación, se redujo el capital de los bancos y después se aumentó de nuevo, emitiendo simultáneamente nuevos títulos. Estos fueron suscritos en su mayor parte por el Estado y por la *Reichsbank*, utilizando sus reservas acrecentadas por los beneficios del año 1931. El saldo de pérdidas fué, además, transferido al Estado en forma de Bonos del Tesoro, amortizables progresivamente por los beneficios y primas de emisión de las nuevas acciones.

Para remediar la miseria de la agricultura del Este, se preconizó primero el parcelamiento de las grandes explotaciones, en aplicación de la ley del 11 de agosto de 1919. Esta preveía que los propietarios de terrenos incultos vendrían obligados a cederlos a las empresas de colonización, si no los transformaban; autorizaba también la parcelación de los latifundios en las provincias donde representarían más del 10 % de las tierras laborables, como el Necklembourg y la Prusia Oriental. Se partía de la idea de que la pequeña explotación, trabajando poco o mucho, según las necesidades del mercado, queda al abrigo de la crisis y no acrecienta las dificultades económicas. Pero es sabido que en el Oeste del Elba, región de pequeñas propiedades, la rentabilidad de los fondos ha sido aniquilada tan radicalmente como en las otras partes. También, a pesar de la crea-

ción, en agosto de 1922, de un establecimiento, especialmente dedicado al apoyo financiero de la política agrícola, la *Roggenrentenbank*, el plan de colonización fracasó. Entonces, cuando el número de granjas nuevas había llegado a 2.963, en 1922, bajó a 1906, en 1926, año en que se presentaron los primeros síntomas de la crisis agrícola, que había de aniquilarlo todo.

En 1925 es cuando el Estado intervino de una manera más seguida en la agricultura alemana, con vistas a sustituir a los agricultores desfallecientes. Aumentó las tarifas aduaneras que gravaban los cereales, restableció los permisos de importación, obligó a los molineros a trabajar un minimum determinado de trigo indígena. Adoptó una política oficial de almacenaje, para elevar los precios del centeno, y tomó enérgicas medidas para que en el Oeste se utilizara el centeno oriental como forraje para el mantenimiento de los cerdos. Reforzó las disposiciones autárquicas para adaptar la agricultura nacional a las condiciones modificadas por la economía mundial: gracias a la institución de un contingente de entrada para las patatas, por ejemplo, eliminó completamente durante el primer semestre de 1932 la competencia de los abastecedores extranjeros, belgas y holandeses. Con el cierre de las fronteras espera actualmente colocar a buen precio los productos de la agricultura en el país, sin temor a la competencia de Holanda, Dinamarca, Polonia o los países escandinavos.

Ahora toda la atención del Estado se concentra en el mercado interior, e igualmente como se ha hecho banquero el Estado, se hace campesino; controla la producción agrícola y toma en sus manos las empresas.

Así ha constituido un fondo de socorro oriental (*Osthilfe*), de 2.500 millones de marcos, para reorganizar la agricultura, allí donde su situación sea más comprometida, en las provincias del Este. Este fondo sirve en principio, en la proporción del 90 %, para la conversión de los empréstitos. El propietario que no está ya en condiciones de hacer frente a sus compromisos, sin estar sujeto fuertemente a la preparación y entrada de la próxima cosecha, puede pedir a las autoridades administrativas secundarias (en Prusia, el consejo provincial; en Sajonia, el jefe del distrito; en Meck-

lemburgo, el director del departamento de finanzas; en Anhalt, el Intendente, etc...), la aplicación de un procedimiento llamado de garantía, con vistas a reducir la cifra de sus deudas. La autoridad administrativa secundaria trasmite esta demanda, con su opinión, al comisario del Reich para la ayuda del Estado, el cual decide soberanamente, tomando en consideración el interés general. Si da su autorización un servicio de Estado, la Oficina de garantía nombra un comisario; los acreedores no tienen ya el derecho de hacer embargos o ejecuciones forzadas; el Estado se convierte en el verdadero director de la explotación. Los ingresos de explotación, en adelante, son utilizados exclusivamente para cubrir los gastos generales, en el pago de sueldos, salarios y el importe del seguro social; en las necesidades controladas y más perentorias del «propietario», que el decreto gubernamental califica irónicamente con el nombre de «titular de la explotación». Los recursos restantes, enseguida, se aplican a enjugar los intereses en curso y a la amortización de las primeras hipotecas. El comisario tiene cubiertos sus gastos necesarios en especies y recibe una bonificación proporcional, determinada por el Comisario del Reich.

No puede negarse; los resultados inmediatos de esta ingerencia del Estado han sido afortunados. Las grandes explotaciones continuaron siendo dirigidas de una manera conveniente y, de esta manera, los jornaleros agrícolas no fueron alcanzados con demasiada dureza por el paro forzoso que les amenazaba; en ciertos sitios, hasta llegó a ser intensificado el cultivo, pues los campesinos le consagraron los fondos que hubieran tenido normalmente que emplear en el ajuste de sus deudas; se comprobó también que, por primera vez, en 1932 la producción alemana de patatas fué suficiente para las necesidades de los consumidores.

¿Pero qué aportará el porvenir? Las medidas proteccionistas favorables a los intereses rurales, la fijación del contingente de las entradas, la limitación de las divisas concedidas a los importadores, tendrán necesariamente que entrañar repercusiones en la política comercial de las naciones vecinas. Y, por otra parte, el Estado alemán se demuestra impotente para resolver, sólo con sus iniciativas, las contradicciones internas de la economía agrícola del Reich,

en particular el antagonismo natural entre las explotaciones de las dos orillas del Elba.

● ●

Aparte de la subida de los derechos de entrada de los productos agrícolas, el Estado procedió con decretos al aumento, hasta del 1.000 %, de los derechos de aduanas de los productos industriales de toda naturaleza. En los tejidos de cáñamo y los vestidos impermeables la subida llegó hasta el 3.000 %.

Además, a fin de regularizar la economía y de llegar a la uniformidad y la estabilización de los precios, el Estado había apoyado, léase impuesto, desde mucho tiempo atrás, la formación de asociaciones monopolizadoras, situadas bajo su control más o menos directo. Así fué como un decreto ley de marzo de 1931 provocó, en la industria azucarera, la formación de un contingente obligatorio, y otro decreto ley, de junio de 1931, había forzado a todas las fábricas de almidón de patata a afiliarse o bien a la Sociedad de las industrias del almidón o a la Factoría de Venta del almidón de patata.

El acompañamiento normal de esta política fué la adquisición por el Estado de la *Gelsenkirchen*, la gran empresa minera y metalúrgica. La operación, comenzada por el Sr. Dietrich, ministro de Hacienda del Gabinete centrista del Sr. Brüning, ha sido concluida por el canciller conservador von Papen, lo que demuestra claramente que todos los partidos de Alemania —con la única excepción de los anarcosindicalistas— son partidarios del capitalismo de Estado. Dicha política ha consistido en adquirir de la Sociedad Holding des Charlotten-Hutte un paquete de 110 millones en valores nominales de la *Gelsenkirchen*. Al adquirir la mayoría en la *Gelsenkirchen*, el Estado tomaba igualmente el control de la *Vereinigte Stahlwerke*, la empresa siderúrgica más importante de Europa. La *Gelsenkirchen* detentaba, en efecto, el 32, 5% del capital de esta sociedad, que se elevaba a 775 millones de marcos, pero además el Estado se aseguraba la mayoría de hecho en las juntas generales de la sociedad *Phonix*, que detentaba, por su parte, más del 27 % del capital de la *Vereinigte Stahlwerke*. En fin, otro paquete de acciones de la *Gelsen-*

kirchen y de la Charlotten-Hutte se encontraba en la cartera de la Dresdner Bank, convertida también hacia poco en propiedad del Estado.

Así, en algunos días, el Estado alemán se ha convertido en el más grande industrial del antiguo continente. Los gastos de esta estatificación, tal como han sido indicados a la Comisión presupuestaria del Reichstag, no han sido inferiores a 830 millones de marcos y los desembolsos eventuales, unos 225 millones de marcos, tanto para las compras de acciones como para adelantos a fondos perdidos y garantías aseguradas.

Esta intromisión del Estado en la gran industria ha sido, por otra parte, un incidente nefasto para los intereses de la mediana industria. El Estado productor de hierro, ha entrado en lucha con los industriales aislados, transformadores de este metal. Estos, y especialmente los fabricantes de hojitas para máquinas de afeitar de Solingen, faltos de capitales financieros, se encuentran en peligro de quedar aniquilados. Agrupándose en cartel en marzo de 1931 e imponiéndose enormes sacrificios, habían podido resistir la invasión de su mercado por la hojita americana Gillette; actualmente, cuando esperaban beneficiarse con una situación mejor, el Estado los amenaza con un aplastamiento total. En efecto, la Deutsche Edelstahlwerke, perteneciente al grupo de las Vereinigte Stahlwerke, subvencionadas por el Estado, va a emprender por su propia cuenta la fabricación de las hojitas de afeitar, con ayuda de máquinas que suprimen casi toda la mano de obra y de una capacidad de rendimiento cinco veces superior a la de todas las fábricas particulares de Solingen.

Como ha hecho observar el *Statist* (El Estadista), la gran revista financiera de Londres: «Alemania continúa siendo el centro del interés... de nuestra generación. La subida de Alemania, no hace mucho tiempo, como Estado unido, ha cambiado la faz del mundo y no es difícil creer que su última evolución tendrá repercusiones en todas las naciones. En Alemania, la depresión ha sido y es aún muy grave, y sus consecuencias son capaces de ser más radicales que en cualquiera otra parte. Políticamente, la máquina democrática ha caído en el desprecio y hasta en el abandono. Durante estos dos últimos años, el Reichs-

tag se ha reunido simplemente para registrar los decretos presidenciales, publicados en una forma de dictadura virtual. Económicamente, los cambios prometen también ser importantes, si no bien definidos. El sistema económico alemán está determinado por decretos gubernamentales. El comercio exterior y los cambios están bajo el control; los intereses, aprovisionamientos y salarios son determinados con anterioridad y casi todo el sistema financiero está puesto bajo la vigilancia de las autoridades. Esto, sin duda, ha sido necesario para evitar un hundimiento completo; pero es difícil creer que cuando los tiempos sean mejores, la organización económica alemana volverá sencillamente a las condiciones del pasado. La forma en que Alemania sale de esta crisis no dejará de reaccionar en toda Europa.»

Las palancas de mando

I.—MAGNATES DE LA INDUSTRIA

E HIDALGOS

Pero capitalismo de Estado, esto está pronto dicho. En Alemania, si la mayor parte de las agrupaciones políticas y categorías sociales se declaran prestas a dejar al Estado, apoderarse de la administración de las fábricas, bancos y propiedades terrícolas, es porque esperan hacerse rápidamente dueños del Estado mismo. Magnates de la gran industria, grandes propietarios terratenientes, pequeños burgueses, artesanos y funcionarios proletarizados, que el Centro católico y la Social democracia se reparten, proletariado industrial dirigido por el partido comunista, todos, de acuerdo para subordinar todas las funciones económicas a la importancia gubernamental, esperan apoderarse de las palancas de mando, en su provecho exclusivo. Economía estadista dirigida, sin duda, pero dirigida por ellos. En esta competición ardiente, de la que no se puede prever aún el resultado y en la que, a menudo, la fuerza numérica representa menos que la audacia y la astucia, ¿quién vencerá? No nos toca hacer aquí pronósticos, todo lo más llamar la atención hacia las fuerzas que se enfrentan.

Que, desde la llegada al Poder del Gobierno de von Papen, los «barones», es decir, los dirigentes de la gran industria y los grandes propietarios, tienen el predo-

minio; he ahí lo que resulta enseguida del examen objetivo de los acontecimientos.

La organización política en que se apoyan es el partido popular de los alemanes nacionales, dirigido por el Sr. Hugenberg. Ese partido encarna el espíritu conservador del gran patronato, pero dicho espíritu conservador no es reaccionario. En el plano político, no es tanto la restauración del antiguo régimen monárquico lo que reclama como la constitución de una gran Alemania federalista, englobando el Austria, Checoslovaquia y, de una manera general, a todos los países de lengua germana, dividida en regiones económicas y donde los capitanes de industria serían los dueños incontestables. Los conservadores controlan un consorcio de diarios, cuya influencia no cesa de aumentar, y la más potente empresa cinematográfica de Europa, la Ufa. En fin, se apoya en una asociación de carácter militar, el Casco de acero, que fué fundada en diciembre de 1918, en Magdeburg, por el capitán de la reserva F. Seldte. Sus afiliados llevan uniforme y organizan paradas militares anuales, que reúnen cada vez un centenar de millares de socios.

Sostenidos también, desde el punto de vista parlamentario, por el partido popular de los alemanes nacionalistas y, desde el punto de vista militar, por el Casco de acero, los magnates de la industria y la agricultura persiguen la abrogación del Tratado de Versalles, el rearmamento de Alemania y la revisión de las fronteras orientales, en el exterior, y una modificación de la estructura del Estado, en lo interno.

Se hubiera podido creer por un momento que, más bien que los alemanes nacionalistas, los nacionalsocialistas, dirigidos por Hitler y sus tenientes Goebbels, Hermann Goering y Gregor Strasser, se apoderarían de las palancas de mando a cuenta del gran capitalismo. Sus éxitos fulminantes, su pujanza política, permitían todas las esperanzas. Sin embargo, éstos han sido embaucados. No ha habido nada de marcha sobre Berlín ni de oposición violenta a los sofiones dictatoriales del Gobierno. A las secciones de asalto de Hitler, von Papen ha opuesto las tropas del Stahlhelm —sin violencia—. Una parada ha sucedido a otra parada, todo permaneció en orden y hoy la marea nacionalsocialista está detenida. Aún más: en los centros industriales, donde por fin se han

convencido de que Hitler, lejos de combatir a von Papen y a los «barones», como pretendía al principio, sostenía precisamente su Gobierno, la descomposición del «partido nacionalsocialista obrero alemán» se precipita.

Esto es que el partido está roído por contradicciones internas. Nadie ignora que este partido anticapitalista ha estado originariamente apoyado financieramente por los industriales renovesfalianos, que veían en él el medio de romper radicalmente la ofensiva comunista, y, a decir verdad, aquello no es un partido, sino la confluencia de todos los descontentos. Promete trabajo a los obreros parados; a los campesinos, aplastados por el peso de las hipotecas, la expulsión de los judíos usureros y la anulación de sus deudas; a los antiguos oficiales licenciados, la reorganización del ejército; a los industriales, la derogación de la legislación social y especialmente de la ley de los seguros sociales; a los nacionalistas, la revisión de los tratados de paz. Especula con el hambre y la desesperación de las masas, organizando grandiosas fiestas, manifestaciones monstruosas, donde se actúa sobre los nervios débiles de las multitudes abatidas por la miseria.

2.—CLASES PROLETARIADAS Y PROLETARIADO INDUSTRIAL

11 noviembre 1918. En la confusión general, el emperador huye, los oficiales del Estado Mayor desertan; grandes patronos e hidalgos se quedan quietos o ceden espontáneamente a todas las reivindicaciones de su personal. Los socialistas demócratas y cristianos, representantes de la clase media, sin encontrar resistencia alguna, toman en sus manos la dirección de los asuntos del Reich. Esta dirección van a conservarla, de hecho, durante trece años.

Pero en el transcurso de esos trece años, la clase media pierde su carácter económico primitivo. La inflación y el paro forzoso la proletarian. Ya la racionalización y la centralización habían operado una verdadera desclasificación. Numerosos contratistas de mediana importancia, después de haber asistido a la liquidación o a la absorción de sus propias casas, habían perdido su independencia, se habían convertido en asalariados, a diversos títulos, de poderosas entidades. Sin embargo, no se trataba aún más que de un fenómeno de

una importancia restringida. La inflación, arruinando a todas las clases de ingresos fijos, rentistas, artesanos, personas que ocupaban empleos liberales, lanzó al mercado del trabajo millares de gentes que, de esta suerte, se proletarizaron. El paro forzoso acentuó el proceso de este fenómeno y hoy toda la juventud alemana por debajo de los treinta años está en paro forzoso. Ingenieros, doctores, químicos, se encuentran en la incapacidad absoluta de encontrar un puesto, ni como temporeros, sin retribución.

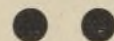
Las clases medias proletarizadas están organizadas en el Centro y la Socialdemocracia. Estos partidos, republicanos moderados que separan solamente matices de orden confesional —el Centro es católico y la Socialdemocracia protestante o librepensadora—, se han aprovechado igualmente de la desaparición de los antiguos partidos burgueses. Han recogido los votos de los electores del partido populista, que durante tanto tiempo representó un papel importante en la vida política alemana, y del partido demócrata, convertido en el partido de Estado. Ambos lados se esforzaron en provocar una extensión creciente del poder político y económico del Estado y en el mantenimiento de la legislación social, actualmente en vigor—seguros sociales, consejos de fábrica, tarifas colectivas, etc...—Apoyados por sus decenas de miles de electores, sostenidos por una prensa hábil y por una burocracia numerosa y competente, formada de antigua fecha, representan en Alemania una potencia, con la que tienen que contar sus adversarios. Pero esta potencia es pasiva. Evitar la lucha, hacer una política de compromiso, ceder en un punto para obtener en otros mediocres mejoras positivas o conservar una ventaja, adoptar la teoría del mal menor; tales son actualmente los principios de conducta de los demócratas alemanes.

Por otra parte, el proletariado industrial, muy experimentado ya por los fracasos del spartaquismo y las insurrecciones abortadas del Ruhr, Hamburgo y Saxe-Thüringe, minado sordamente por el paro forzoso, no posee ya en sí la fuerza material y moral para apoderarse enseguida de las palancas de mando. A pesar de los éxitos electorales del partido bolchevista, se debilita más y más, el desorden lo penetra y para nadie es un misterio el que, en la

confusión total de los espíritus, seducidos por la demagogia revolucionaria de los hitlerianos, numerosos afiliados antiguos del Frente Rojo y de las otras organizaciones bolchevistas han ido a engrosar las filas de las secciones de asalto nacionalsocialistas.

Y, sin embargo, la fuerza de atracción del partido bolchevista alemán, la solidez de su estructura, subsisten.

El partido, en relación estrecha con el Socorro Obrero Internacional y la Oposición sindical revolucionaria (R. G. O.) posee bibliotecas marxistas, escuelas, teatros y una veintena de imprentas. Publica tres diarios de gran tirada, una decena de semanarios y numerosas revistas mensuales, por lo general bien documentadas y de excelente presentación. Sus programas y métodos siguen siendo, en sus transformaciones sucesivas y en sus adaptaciones a las necesidades de la economía mundial y de la política interior rusa, los de la Internacional llamada comunista de Moscú.



Solos en toda Alemania, los anarcosindicalistas se oponen a la estatificación creciente de la economía nacional. Este fenómeno, del que se regocijan socialdemócratas y bolchevistas, que lo consideran como una etapa en el camino de la socialización, les parece funesto para el proletariado industrial y campesino. Lo denuncian, señalan sus peligros y le ofrecen resistencia en la medida de sus fuerzas. Sus argumentos económicos los sacan de la obra de Ch. Cornelissen, cuyo magistral *Tratado General de la Ciencia Económica* lo hace una autoridad en la materia.

Ch. Cornelissen comprueba que el Estado, en muchas ramas, se apodera de la producción, sustituyendo su monopolio al monopolio capitalista; pero los experimentos hechos hasta la fecha por el Estado, en materia de industria, no le incitan a pensar que esta sustitución ponga definitivamente fin a las crisis económicas, porque, en suma, exactamente como los contratistas particulares, el Estado trabaja para el mercado. Al capitalismo de Estado, Cornelissen y con él los anarcosindicalistas, oponen la «conquista de la alta dirección de las industrias por los trabajadores organizados», la eliminación de los empleadores.

Esta lucha que llevan los anarcosindicalistas contra el capitalismo de Estado y sus propagandistas, hasta en los centros obreros, no es de reciente fecha. En 1919, cuando fué proclamada la Commune en Baviera, los anarcosindicalistas participaron febrilmente en el movimiento. Ya se sabe cómo ahogaron el movimiento en sangre los socialdemócratas y con cuánta ferocidad hicieron matar a su viejo adversario Landauer. Pero la organización anarcosindicalista, dice *Freie Arbeiter Union Deutschlands* (F. A. U. D.), no aminoró su esfuerzo después del fracaso bávaro. En la Renania y el país del Ruhr, los obreros entraron en masa en sus filas; en su Congreso de Dusseldorf, la F. A. U. D. contaba aún con cerca de 150.000 afiliados. La ocupación del Ruhr, las maniobras combinadas de los bolchevistas y socialdemócratas entorpecieron su esfuerzo, y desde hace algunos años, siguiendo en esto la suerte común a las organizaciones libertarias alemanas de extrema izquierda, ven disminuir sin cesar la cifra de sus efectivos.

Sin embargo, se sostiene y, por medio de sus semanarios, especialmente *Der Syndikalist* y su revista doctrinal *Die Internationale*, en la que colaboran los mejores escritores antiestadistas de Europa, como Cornelissen, sostiene valerosamente el combate contra la reacción ambiente y el capitalismo de Estado vencedor. Fuerza material mediocre continúa siendo en Alemania el único hogar serio del antiestadismo en todas sus formas y, en este punto de vista, merece la más especial atención, porque puede que lleve en ella el embrión de un sistema económico futuro, que tomará cuerpo cuando el exceso del aparato actual haya cansado a las masas y Alemania se ponga en busca de una organización mejor.

Conclusión

En la Kurfurstendamm, en Berlín; frente a la iglesia Saint-Sebald, en Nuremberg o el Romer, en Francfort, y también en cada ciudad alemana, por las calles animadas, en las plazas donde se condensa la gente a ciertas horas, como sombras aisladas, circulan los parados. Corteses, discretos, tímidos, ofrecen cerillas; gentes menos pobres que ellos se las compran por algunos céntimos, por conmiseración y también como para asegurarse contra un

porvenir amenazante. Vender cerillas, he ahí en lo que se ocupan los parados, he ahí cómo pretenden reducir el mal, que amenaza de muerte lenta a un tercio de la población, el capitalismo y el Estado alemán. Alrededor de siete millones de parados; veinte millones de seres —hombres, mujeres y niños—, privados de medios regulares de existencia, dos cifras que ocupan en todo instante el pensamiento del asalariado alemán, que le desmoralizan.

Que no se crea que el paro forzoso es en Alemania un fenómeno accidental, pasajero, provocado por la crisis económica contemporánea, que debe desaparecer con ella. Hasta en la época de la mayor prosperidad de los postguerra, cuando las fábricas trabajaban ampliamente, cuando por doquier se edificaban nuevas empresas, cuando minas de carbón, de potasa y lignito, centrales químicas, manufacturas de lana y algodón, alcanzaban de nuevo y, a veces, sobrepasaban el nivel de producción de otros tiempos, el paro forzoso no desapareció en ningún departamento de Alemania. Las curvas del trabajo variaban tan pronto descendiendo, como en 1925, como elevándose con tendencias a la vertical, como en 1931. Nunca se confundió la línea de las ofertas de empleo con la de la demanda. Recientemente, los expertos han declarado que, hasta en el caso de que la situación política y económica del Reich se restableciera, a causa de la reabsorción de los factores desfavorables actuales, el mercado del trabajo no curaría. La Alemania restaurada continuaría teniendo a su cargo un ejército industrial de reserva, de lo menos dos millones de hombres, abandonados a merced del Estado y sirviendo de freno a los movimientos reivindicativos eventuales del proletariado.

Por otra parte, la miseria aumenta cada día en la campiña. Bajo apariencias engañosas, se ha instalado para rato entre los propietarios del Este; tiene igualmente bajo su yugo, aquí manifiesto, al pequeño campesino de las provincias occidentales. Nada puede tirarla. El Canadá, los Estados Unidos son los amos del mercado del trigo; la U. R. S. S. acaba de apoderarse del mercado del centeno y mañana su competencia se hará más extensa, más amenazadora aún. Todas las medidas de contención adoptadas por el Estado alemán bajo la presión de las circunstancias, para evitar la renovación de

la guerra de campesinos, se demuestran no solamente vanas, sino que aún peligrosas. Agravan el desastre que habían de conjurar. En Holanda se aprestan a boicotear el conjunto de los productos alemanes; en Italia, se ha hecho entrar en vigor un decreto de diciembre de 1931 no permitiendo a los exportadores alemanes recibir en divisas más de una cuarta parte del producto de sus ventas en Italia; en Escandinavia, los negociantes en manteca y arenques, en la imposibilidad de colocar sus mercancías en Alemania, en lo sucesivo, anuncian una campaña solapada contra los productos manufacturados germánicos.

Como ha declarado Fried en esa obra esencial que se titula *El fin del capitalismo*, requisitoria de la juventud alemana contra

la economía de la ganancia: «El sistema ha caído en un impase. No tiene salida alguna. Los almacenes, las salas de fábrica sin vida, los ejércitos de parados, crecerán aún y se hincharán e iremos a parar a la «muerte» por el frío de la economía mundial, si no hubieran hombres vivientes que no pueden soportar este proceso más que hasta cierto punto de saturación. En el último minuto, es el hombre el que se hace el regulador, en lugar del precio. Y mientras que en los despachos de los consorcios se calculan los precios de costo, mientras las bolsas mundiales continúan sus danzas de fantasmas, las masas de obreros y campesinos se mueven lentamente...»

Pierre Ganiwet



Ayuntamiento de Madrid

Las cualidades del obrero moderno

(En servicio capitalista)

NUESTRAS revistas burguesas se ocupan aún constantemente de la necesidad de «racionalizar» la producción, o es decir, de producir lo más posible en la menor cantidad de tiempo. También dedican mucho espacio a glorificar las cualidades, las diversas aptitudes que debe reunir todo jefe de empresa digno de su misión.

Puede ser interesante el dar, como parece, una exposición de los rasgos que deben caracterizar al buen obrero, en el sentido moderno y capitalista de la palabra, uno de aquellos «obreros completos», que saben desarrollarse y encuentran trabajo en todas partes, en tiempo ordinario.

Para juzgar estas cualidades, hay que tener en cuenta constantemente dos verdades fundamentales:

1.^a Gracias al desarrollo técnico de la producción y a todos los inventos y descubrimientos, que se suceden tan rápidamente en la vida social, el obrero moderno siente, en general, mucho menos apego a su establecimiento, a su región o a su país, y hasta a su industria particular, que el obrero de antes, artesano, peón o jornalero agrícola.

2.^a A consecuencia del hecho histórico que el obrero moderno se ve separado de sus medios de producción, o al menos de la parte principal de aquellos medios, no se podrá esperar de él, razonablemente, que dedique el mismo interés al trabajo que el artesano de la antigua forma de producción, trabajador que poseía sus propios útiles e instrumentos de trabajo y podía considerar el objeto fabricado por él como siendo verdaderamente su «propia obra».

Viéndose ajeno a los medios de producción, a las construcciones en donde trabaja, a las máquinas de que se sirve, a las existencias de materias primas y secundarias —a todo ese conjunto que los economistas reúnen bajo el nombre de «Capital»—, el obrero moderno se ha convertido, lo más a menudo, en un modesto engranaje de la inmensa maquinaria poseída por otros, y no tiene, en general, otro interés en su trabajo que el importe del salario que recibe a cambio

de su labor todas las semanas, todas las quincenas o cada mes.

¡Que no se dirijan reproches a los obreros de nuestros días por este hecho innegable! Los obreros inteligentes son los primeros en deplorar este estado de cosas, y piden —siendo imposible el retorno al viejo régimen anticuado— que los representantes del Trabajo contratado tengan, en el porvenir, voz en el capítulo de la dirección de minas, fábricas y talleres.

Si la reivindicación de los «delegados de fábricas» y «delegados de talleres» se esparce más y más en los Sindicatos obreros, es porque los obreros modernos sienten profundamente que no se debería, decentemente, consagrar toda una vida humana al servicio de otro sin otra satisfacción que la suma de dinero que ello reporta, el día de la paga.

Partiendo de los dos principios fundamentales desarrollados anteriormente, podemos formular como sigue las cualidades que debe poseer el obrero moderno, que desee obrar en las mejores condiciones posibles y obtener el rendimiento máximo de sus capacidades:

1.—*Adaptación rápida de la actividad a los nuevos procedimientos de trabajo o a una nueva industria.*—La producción febril de nuestros días desplaza fácilmente a los obreros de una máquina a otra, de una sección de un establecimiento a otra, y un «buen obrero» debe poder componérselas cuando, súbitamente, tiene que ejecutar un trabajo que nunca ha hecho.

Esto es particularmente cierto para los peones y simples «obreros de fábrica», en los que la agilidad y precisión de movimientos tienen, a menudo, más importancia que una larga formación profesional.

Esto ha sido expresado en los términos siguientes: en la producción moderna, la habilidad *cualitativa* del obrero importa a menudo menos que su habilidad *cuantitativa*.

Pero bien frecuentemente no les ocurre otra cosa a los obreros llamados «de oficio», y el paro obliga a veces a los obreros modernos a pasar a trabajos que les son más o menos desconocidos.

He oído decir a unos obreros ebanistas: «Trabajamos en todo lo que es de madera: pianos, muebles, artículos de fotografía, escaleras de caracol», y uno de ellos, que había recorrido muchas ciudades a través de Europa y trabajado un poco en todos estos géneros, me aseguraba haberse ganado la vida confeccionando todo un invierno, en el que apretaba el paro, cajas de envase. «Hay que saber arreglárselas.»

Ciertamente que hay límites en esta plasticidad necesaria: los ebanistas no se transforman en algunos días en mineros o en torneros de hierro; pero la adaptación a un trabajo relativamente nuevo, continúa siendo, sin embargo, una de las primeras cualidades exigidas a un buen obrero moderno.

2.—*Adaptación del trabajo al salario.*— Todos los productores, asalariados o no, acoplan más o menos su trabajo a su retribución, desde el jardinero que acepta el cuidado de un jardín, hasta el pintor decorador, cuya obra llevará un carácter diferente, según que el precio convenido sea más o menos elevado. Pero el obrero asalariado moderno está obligado constantemente a apresurar la obra o a retardarla, a esmerarse en su trabajo o descuidarlo, según las circunstancias. Aún me parece oír a un patrono recriminar a su obrero, porque cuidaba demasiado la pintura de una escalera oscura: «¡Pero si eso no se paga, desdichado! Hay que atender los sitios que están a la vista y no esos!»

Un obrero que confeccionaba cámaras fotográficas, me decía un día (esto era hacia mediados de semana):

—Podría entregar mañana mi docena; pero debo entretenerme hasta el sábado.

—¿Por qué?

—Si entrego las cámaras mañana, habré ganado más que el encargado, y, en ese caso, el patrono disminuiría las tarifas.

En el mismo taller, un joven obrero de provincias, que hace un buen trabajo, muy cuidado, se hace de señalar con desdén por sus camaradas.

—Eres un idiota; eso no es trabajo para el dinero que tú ganas— le decían.

—Pero si no tengo más que dieciocho años, y no puedo reclamar lo que ganáis vosotros.

—Hay que ganar el salario estipulado o entregar el trabajo menos esmerado.

—O bien dejarse el taller— añadió uno de ellos.

Evidentemente, semejantes procedimientos, de la parte de patronos o de obreros, pueden conducir al *sabotaje*, a la práctica de lo que se llama de la *camelote* —mercancía inferior, obra mal hecha—. Los obreros lo saben y son los primeros en lamentarlo; pero se defienden en nuestra mala sociedad como pueden.

3.—*Ordenación hábil del trabajo a destajo.*—En mi *Teoría del capital y la ganancia* (tomo I, pág. 79) he descrito como sigue la manera de ordenar el trabajo moderno: «Veamos, por ejemplo, cómo actúa un hábil obrero de oficio en un taller pequeño, confeccionando «a destajo» unos muebles grandes —armarios o mesas— o una docena de cámaras fotográficas.

Primero sierra y cepilla toda la madera que le entrega el patrono o su contra maestres; durante algún tiempo, toma medidas y traza; después, durante muchas horas ajusta y encola; continúa el trabajo montando las piezas y las termina en conjunto, en vez de rematarlas una por una.»

No se trata aquí más que de fábricas en que son hechos los muebles mejores, los que sirven para amueblar las casas ricas —lo que se llama en América *Interior finish*— y de objetos que no se construyen por docenas a la vez, si son armarios, mesas, camas o divanes. Pero en los talleres que trabajan para los grandes almacenes de muebles, y hacen, como dicen en las industrias del vestido y del calzado, trabajo de «confección», la división de las actividades y la especialización del trabajo están aún más pronunciadas. El obrero moderno debe saber adaptarse.

El obrero construye entoces, a la vez, dos docenas de mesitas de noche o una docena de cómodas, de mesas, de armarios, etc. No necesita planos para su trabajo, porque fabrica siempre el mismo modelo, salvo cambios de detalles. Por lo demás, recibe todas las piezas preparadas por la máquina, y puede inmediatamente comenzar a ensamblarlas encoladas; al día siguiente no tiene más que ajustar los cajones y las puertas y clavar

UN ARTISTA PROLETARIO

Adja M. Yunkers

EJECUTOR DE HOMBRES Y DE PROTESTAS

(CON UNA SERIE DE DIBUJOS DE ESTE ARTISTA
SOBRE LOS DIEZ MANDAMIENTOS)

Si Adja M. Yunkers hubiera nacido ciego y solo, necesariamente hubiera estallado como una granada.

Nació con ojos sedientos de luz y ha marchado siempre en busca de todas las auroras, sin temer la rutilez de los amaneceres y el despertar —aurora, al fin— de todas las rebeldías del espíritu, que siempre tienen de máquinas infernales, dinamismos subversivos y coágulos sanguíneos: de veneros vitales cuyos manaderos sin tranquilo fluír se coagulan y saltan con expansiva dispersión de metrallas.

Adolescente aún abandonó su casa paternal, desligándose de los lazos de consanguinidad para huir de la familia, a la busca de la gran familia universal. Dejó padres y hermanos por el parentesco —no impuesto— de todos los hombres y de todas las cosas. Hijo del cosmos espiritual y fraterno en cuerpo y alma de las existencias más distantes iluminadas por ortos ultrasolares.

Después de su vagabundeo de dos años con otros muchachos de su edad, a través de Rusia, Siberia y Persia, asistiendo al despertar de sus aficiones de pintor, ha marchado siempre hacia tierras de sempiternos occidentes, con el sol a la espalda, llevando sombras delante de sus pies de tragaleguas, que le empujaban hacia países de negras codicias, suma de los más protervos sumandos de las sombras.

En las tierras negras ha visto hombres con ojos enluzados, como los de los nictálopes, fijos y orientados hacia el conventidor del alto horno de la Naturaleza que le recordaba sus deberes de hombre y de proletario.

Si se encontrara con un país deshabitado, Adja M. Yunkers huiría o se convertiría en garrañón de todas las feminidades con la profligidad de un dios o de un fundador de pueblos.

Ha sido un autodidacta sediento de todas las enseñanzas.



Amarás a Dios sobre todas las cosas

Si colgarais un cuadro de un poste, plantado en un lugar aparte, no cumpliría su cometido social y docente, mas si lo colgáis en un país extraño a su realización, su enseñanza será menor.

Por esto ha querido ver las obras de arte en su país de origen: iconos y madonas italianas; pinturas francesas, alemanas, españolas, holandesas, inglesas; arte negro en América y África. Los frescos de Diego Rivera, en México, le impresionaron perdurablemente.

Más que los cuadros y las esculturas le han interesado los valores humanos, y ha buscado las obras y los hombres colocados junto a ellas. ¿Hombres con estaticismo contemplativo? No. Con el dinamismo postcontemplativo, tras el revulsivo de la reflexión suscitada por su atención de hombres que miran y ven.

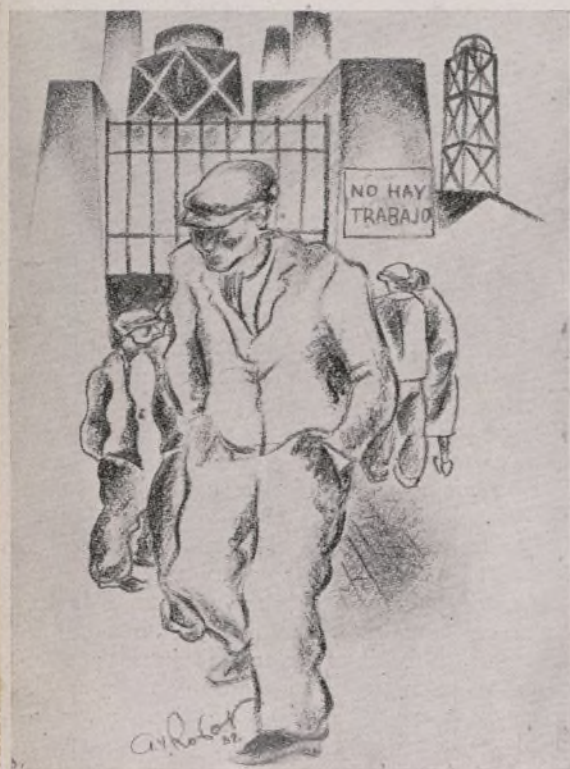
Sin este control, sin este constatar, es necesari-



No jurarás el santo nombre de Dios en vano



Amarás a tu prójimo



Santificarás las fiestas

riamente imposible la existencia de un verdadero artista.

Yunkers, antes hombre que artista, ha cumplido hasta el exceso este precepto, y se ha visto mezclado siempre en todos los movimientos de izquierda que en el mundo han sido. Parecerá una paradoja, pero es así. En 1918 escapó de Ucrania, donde pudo ser fusilado con muchos de sus amigos, perseguidos por los alemanes y por Skoropadsky. En 1922, fué expulsado de Hamburgo y de las villas hanseáticas por su «agitación bolchevista». En 1926, tuvo que abandonar Cuba, por razones políticas, pues se había encargado de la defensa de los negros oprimidos, fundando en la Habana dos publicaciones, que fueron prohibidas.

Vive siempre la vida de dificultades y miserias de los proletarios, cuya existencia conoce por su propia y dolorosa experiencia. En España ha vivido con obreros de puertos, pescadores y marineros. En Canarias pasó tres meses sin tener una moneda en sus bolsillos. Como *chauffeur* ha atravesado toda Africa. En Londres y en París ha sido de todo lo que puede ser un hombre, menos canalla y bandido. Tampoco ha sido nunca banquero.

Yunkers conoce la fisonomía de todas las tierras, los rostros de todos los hombres y las cará-



Honrarás padre y madre



No matarás

tulas de todos los pueblos, y es incapaz de buscar la salvación, dentro de la ballena de los convencionalismos, marchar sobre las aguas de los intereses bastardos y rebozarse con las yemas del oro de las cumbres bancarias, donde están las gallinas de los huevos de oro.

Arte social, el suyo, se derrama complementando las realizaciones arquitectónicas (el bello arte más social) sobre muros de locales y edificios públicos, como centros obreros, escuelas, etcétera.

Toda su obra responde a sus credos sociales y demuestra lo prístino de su realización. Sus dibujos, sus grabados en madera, sus frescos murales, están ejecutados con sobriedad, sin los redichos del amaneramiento, con una honradez manual ingenua y potente. Recuerdan sus trazos ese fervor y esa gracia de ejecución que ponen los adultos al aprender a escribir.

Con los trabajos publicados en este número inicia su colaboración en ORTO, que agradece la valía de su cooperación, en la obra empeñada, y el poder presentar el acervo documental de uno de los más destacados macheros del Arte y de la vida. Hombres somos.



No robarás

M. A.



No fornicarás



No mentirás



No codiciarás la mujer de tu prójimo, y...



... estos diez mandamientos acabarán así

Ayuntamiento de Madrid

zarían los empréstitos. La *Sociedad de Naciones* tendría la cartera de los presupuestos-tipo, para la adjudicación de los lotes de trabajos y fornitureas.

Para resumir y precisar bien el alcance de este plan quinquenal, hemos de añadir que comprende:

1. 10.000 kilómetros de vía férrea, a base de dos millones el kilómetro, o sea, 20.000 millones de francos franceses.

2. 40.000 kilómetros de carreteras, 45.000 millones.

3. Vías navegables, cinco mil millones.

En fin, la adquisición de: 40.000 autobuses, 27.000 camiones y 200.000 coches.

A este plan se añadiría igualmente la construcción de silos y la instalación de numerosos elevadores de cereales, al mismo tiempo que habría que preocuparse del aprovechamiento y distribución de los recursos hidroeléctricos, tan importantes en aquellas regiones, y que fueron objeto de un plan especial complementario.

Se comprende que el proyecto de tantos trabajos, cuyo aspecto financiero estaría «garantizado» por los Estados occidentales, es asaz atractivo para los emprendedores capitalistas, ávidos de realizar beneficios personales.

Nosotros quisiéramos «añadir» a todos estos proyectos maravillosos —puesto que se juega cuando menos con miles de millones—, la proposición de dotar también a los países de la Europa central y oriental con algunos millares de escuelas de agricultura y granjas de experimentación, con algunos centenares de miles de granjas modelo y habitaciones para obreros, escuelas, etc., todos estos trabajos apoyados también por los Estados del Oeste, con la «aceptación preliminar de la banca de Francia, de Suiza y Holanda». Un banquero alemán, por su parte, ha elaborado un plan en este sentido.



Los dos planes quinquenales para Europa, que acabamos de exponer a grandes rasgos, así como los otros planes que los completan, nos recuerdan en todo momento el dicho berlinés: *Es jienge wohl, aber es jeht nicht*. (Eso podría marchar bien, pero no va).

Dejemos a un lado el pequeño detalle de que los dos «planes» se contradicen, uno, queriéndose basar en los ingresos que

proporcionarán «los peajes y tasas de circulación», mientras que el otro querría precisamente abolir todos los obstáculos a la libre circulación de las mercancías.

Lo esencial es que los dos planes, como aquellos que pasamos en silencio, olvidan que vivimos en una sociedad capitalista, en la cual todos trabajan y roban por su cuenta.

Por este detalle, la comparación con el Plan de los Soviets rusos peca aquí de una falta fundamental.

Los Soviets rusos ante todo han hecho «tabla rasa», antes de pensar en la ejecución de trabajos de utilidad pública. Los Soviets son los dueños de la situación en su casa. Si necesitan maquinaria agrícola, instalaciones completas de fábrica, pagan el total con los productos de la gran Rusia.

Pueden crear de nuevo porque, ante todo, se han desembarazado de todos los intereses particulares que les molestaban.

Parece que hasta fueron demasiado leñosos, pues el Plan amenaza fracasar a causa de la falta de interés personal que pueden demostrar las masas de obreros «movilizados» y las legiones de funcionarios, deseosos de evitar toda responsabilidad. El hombre no aprende en una generación a convertirse en altruista y desinteresado.

Mientras tanto, los otros países europeos no están libres en su actuación. Todos continúan siendo dirigidos por los intereses de los grandes industriales y financieros, grandes comerciantes y propietarios terratenientes, de los cuales ninguno ve más allá de sus narices, o, más bien, más allá de sus arcas de caudales.

Los Estados discuten y se querellan entre ellos, exactamente como los contratistas particulares, truts, cartels y consorcios.

Refiriéndonos al primer «plan» que hemos examinado, es cierto que las barreras aduaneras arruinan a la Europa entera. Pero, ¿qué se va a hacer? Los delegados de la República francesa van a Ginebra a declararse partidarios de la disminución de los derechos de aduana, pero aún no han llegado a París cuando el Gobierno francés se apresura a subir las tarifas, para numerosos artículos. ¿Y los otros Gobiernos obran de otra manera? Nadie quiere sacrificarse y ser el primero.

El autor de la Memoria sobre la *Oficina europea de compensación y arbitraje*, que

se muestra un poco escéptico y cuida de no juzgar la cuestión más que desde el punto de vista técnico, haciendo abstracción de pequeñeces y de la incompreensión de los interesados, piensa que su plan es en principio realizable, pero con la condición *sine qua non* de que se le emprenda aún a tiempo «antes del desastre total» (artículo publicado en la revista *Bravo*, de julio 1932, pág. 68)

Nos parece que, sobre todo, este temor al «desastre total», de la «tempestad sobre Europa», es el que hace agitarse a los grandes industriales y financieros del mundo entero. Y, sin embargo, sin este desastre total, sin esta tempestad, nada dará buen resultado, como no hubiera podido conseguirse nada en Rusia sin desastre, en el antiguo régimen.

El segundo plan que hemos visto, el de la reorganización de la Europa central y oriental, «desde Finlandia al Peloponeso», o «del Báltico al Mediterráneo», es sencillamente grotesco. Ha caído de aquellas esferas que llaman en Alemania «*Wolkenkuckuksheim*», en Francia, «*Le Pays de Cocagne*», y aquí llamamos «*La Isla de Jauja*».

¿Qué gobierno occidental tendría la audacia de «garantizar» un empréstito de muchos miles de millones destinados a trabajos que tuvieran por objeto transformar el aspecto de los Estados de la Europa central?

Cuando recientemente se hizo público que el Gobierno francés había concedido algunos empréstitos modestos a algunos de aquellos Estados completamente insolventes, a fin de salvarlos de la ruina total, el mencionado Gobierno tuvo que hacer frente a tempestades de cólera, tanto más cuando había creído poderse permitir disponer, para sus actos de generosidad, de los fondos de la Caja de Ahorros Nacional.

En efecto, todos los Estados occidentales están en déficit ellos mismos; luchan en su interior con la plaga del paro forzoso y el empobrecimiento general de sus poblaciones, y nadie tiene la más mínima confianza en los Gobiernos archinacionalistas y provocadores de los países de la Europa central y oriental.

Los Gobiernos manejan a menudo, a fin de cuentas, el dinero de otros —los fondos desembolsados por los contribuyentes o los ahorrativos— en interés de su diplomacia y sin consultar a su población.

Pero, ¿qué banca particular aportaría las sumas, tan importantes, para países que se encuentran abocados a la quiebra.

Todo esto es ciertamente deplorable para los pueblos de la Europa central; pero, para nuestro concepto, nada tienen que esperar de los países occidentales antes de que llegue... el desastre, la revolución social, y antes de que se haya terminado, en el mundo, con la voracidad personal de financieros, industriales, comerciantes y terratenientes.

Los «planes quinquenales» que surgen estos días se parecen a las reformas que Necker tenía la intención de realizar, a veces excelentes en principio, pero que no querían ninguna de las camarillas del Poder, ni la nobleza ni el clero.

Y Necker, desesperado de salvar la situación, presentó su dimisión escuchando de Luis XVI estas palabras de consuelo: «Vos sois dichoso, señor Necker, vos aún podéis marcharos...»

Christian Cornelissen

París



Ayuntamiento de Madrid

Cómo crea sus secciones la Negra Internacional romana

PARA los católicos que no creen en las intromisiones políticas de su Iglesia, voy a copiar un párrafo de un libro clásico y oficial. Nada menos que del libro de texto en los Colegios romanos: Academia de los nobles eclesiásticos, de donde salen los nuncios apostólicos y casi todo el personal diplomático del Pontífice, y en el Seminario Romano.

El libro se titula: *Lecciones de Diplomacia eclesiástica*. Y su autor, monseñor Giobbio, es profesor de esta asignatura en ambos Colegios. Al exponer las ventajas de las Nunciaturas, dice así: «Por medio del nuncio, los Gobiernos obtienen del Santo Padre especialísimas concesiones. Por sus intervenciones pueden conseguir de sus súbditos lo que, en vano, esperarían por las vías ordinarias; en particular, en los Gobiernos constitucionales, donde el Parlamento es omnipotente, el nuncio PUEDE UTILIZARSE PARA CONSEGUIR LA MAYORIA EN UN GOBIERNO QUE, SIN ESTO, SERIA DERRIBADO. Las relaciones de la Nunciatura con el Episcopado pueden producir estas sorpresas, esto es, PROPORCIONAR LA VICTORIA A UN GOBIERNO VENCIDO.»

Nada más decisivo que este texto, oficial e irrecusable, para convencer a los Gobiernos que siguen tecleteando con el nuncio en lugar de mandarlo a Roma, lo peligrosísimo de este siniestro personaje diplomático, atiborrado de la vieja diplomacia de Maquiavelo y Alejandro Borgia, en una pieza.

¿Cuántos Gobiernos ha derribado en España el nuncio? ¿Cuántas veces hizo triunfar un Gobierno derrotado en el Parlamento, sirviéndose de sus relaciones con los obispos, súbditos del papa y obedientes a los mandatos de su delegado político, el nuncio? ¿Cuántas intervenciones tuvo, para conservar los Gobiernos gratos a Roma, el nuncio para conseguir de sus súbditos, los católicos naturalmente, para bien de estos Gobiernos, LO QUE EN VANO ESPERARIAN POR LAS VIAS ORDINARIAS? En una palabra: ¿Gobernaba

en España el nuncio de S. S. o el Gobierno de S. M.?

Sería muy interesante que hablasen los políticos de la Monarquía, aunque algo dijo, sobre estas cosas, el ex conde de Romanones.

Desde luego, queda probado que el Papa gobierna las naciones por mediación de sus nuncios, valiéndose éstos, para ello, de los obispos, súbditos del papa; y los obispos, de sus párrocos, súbditos de la Iglesia; y los párrocos, de sus feligreses, súbditos del papa, del nuncio y de los párrocos, sus pastores directos.

Aunque mis lectores sospechasen estas cosas, acaso no tuviesen la prueba plena, indiscutible, de esta terrible conspiración de la Iglesia contra el Estado. Nada quiero decir, de momento, de la acción política, ultramontana que los conventos, más obedientes al papa y al nuncio que los obispos, ya que tienen jurisdicción exenta y obedecen, por sus Constituciones y sus reglas, directamente a sus generales, que viven en Roma en contacto directo con el papa, de quien reciben órdenes concretas para gobernar el mundo político, por mediación de los provinciales y rectores de sus conventos y residencias, lugares donde se forman y preparan las conspiraciones contra los Gobiernos o Estados, que no se conforman con las aspiraciones de la Iglesia manifestadas en sus teólogos y hasta en sus catecismos, donde está condensada la doctrina infalible de la Iglesia, para uso de todos sus fieles: súbditos o gobernantes.

Y acaso convenga recordar esta doctrina infalible a mis lectores, para que sepan contestar a los curitas *truchimannes* que se las dan de demócratas, para mejor poder explotarlos.

Todo liberalismo es una pecado gravísimo contra la fe. No es lícito, a un católico, llamarse liberal. Ningún católico puede prescindir de su religión, como hombre público, practicándola sólo en privado. La libertad de imprenta, reunión, de conciencia, de asociación, de enseñanza, de propaganda, de tolerancia de cultos, de ma-

rimonio civil..., todas las libertades, aceptadas por todas las naciones, siguen condenadas por la Iglesia ahora, como en la Edad Media.

Los Gobiernos deben prohibir el libre ejercicio de cultos, practicando el culto católico y amparando la única religión verdadera, que es la católica.

El Estado debe someterse a la Iglesia, como el cuerpo al alma, como lo temporal a lo eterno; aun la opinión de que el Estado y la Iglesia son dos potestades iguales e independientes, está formalmente condenado por la Iglesia, así como todas estas libertades enumeradas en la Encíclica «Quanta Cura» y en el *Syllabus*, y considerados como errores perniciosos en el Concilio Ecuménico Vaticano Const. *Dei Filius* C. 30.

Cualquier catecismo o teólogo católicos exponen claramente esta doctrina de la Iglesia.

Sentados estos precedentes pueden comprender mis lectores los peligros gravísimos que significa para los Estados democráticos, si quieren seguir siéndolo, la presencia del nuncio y la intromisión de los obispos en la política, por medio de la llamada Acción Social, de que era jefe el cardenal Segura, por encargo expreso del nuncio, considerándolo el más adicto de los prelados españoles al papa y su política, y el menos español de los cardenales romanos.

Pues bien; esa acción continua no se ha interrumpido, como lo prueba la ley de Asociaciones religiosas, hecha en forma que ni el nuncio podría mejorar la aprobación del artículo 26, y otra porción de cosas bien conocidas.

La Acción Social es el partido político que el Papa tiene en todas las naciones donde se consiente esta cosa política, actuada por extranjeros emboscados en la Religión, como en una trinchera levanta contra los Gobiernos, para derribarlos o conservarlos, aunque estén derrotados en los Parlamentos, gracias a la acción del jefe extranjero de esta política, el papa, haciendo el nuncio de ministro de Estado en cada nación.

Son innumerables las formas que adopta esta política. Aunque tiene excomulgadas las Internacionales y considera pecaminosas las Sociedades de obreros y sus Sindicatos, la Iglesia imita en lo externo ambas cosas, creándolas empeñosamente

allí donde puede lograrlo; la única condición que pone es su absoluto sometimiento al Consiliario o presidente, que es el párroco o un fraile elegido, de toda confianza; una red tupidísima de organizaciones políticocatólicas se extiende por España y siguen laborando, a pesar de haberse proclamado la República; y no sólo en España, sino en todas las naciones que las toleran, disfrazándose de mil modos para poder vivir y actuar.

Los Sindicatos libres, creados por Martínez Anido, auxiliado por obispos y frailes durante la Dictadura; los Círculos católicos de obreros, de las señoritas, los refugios para sirvientas, regentados por frailes de Ordenes diferentes, las Asociaciones de Padres de Familia, los Apostolados de la oración, los Centros de estudios sociales, las juventudes católicas, los talleres de artes y oficios de ciertas Ordenes religiosas, las casas del pueblo católicas, las derechas regionales, los partidos socialistas autónomos, los Sindicatos agrarios, regidos por curas o religiosos, los partidos regionalistas o autonomistas independientes, las Acciones católicas diocesanas y parroquiales, las Cajas de ahorros, Montes de Piedad, tiendas, cooperativas y otras instituciones dependientes de Círculos y Sindicatos católicos... son partes integrantes de la Internacional Católica, desparramada por el mundo, obediente al Papa y a sus auxiliares, decididas a acabar, como sea, por la fuerza o por la astucia, con la civilización moderna y la constitución liberal y democrática de los Estados que se independizaron del dominio opresor de Roma.

Fuerza inmensa, a pesar de su artificialidad, formada en gran parte con gentes expulsadas de las organizaciones proletarias, descontentos y hambrientos, comidos por halagos o dinero, a veces sólo con promesas de alcanzarlo, extendida y actuante en todas partes, obedeciendo a una consigna dada, por el nuncio o por sus auxiliares, capaz de derribar Gobiernos y de conservarlos, aun derrotados en el Parlamento, según declaración de la propia Iglesia.

Para crearla se sirven de mil medios, algunos inmorales.

En Levante se crearon muchos Sindicatos de campesinos, obligando a traer los documentos de propiedad de terratenientes a manos de frailes o curas, garantizan-

do con la propiedad de todos, menos de los directores, que nada arriesgaron, para elevar edificios y crear Cooperativas, Cajas de préstamos y otras instituciones católicas; se arriesgaba el dinero de los fieles y se negociaba con él para enriquecer a los directores, detrás de quienes estaba siempre el obispo o el fraile; en otros sitios, se mataban las casas de empeño, para crear una casa de empeños única y privilegiada, donde, a cuenta del dinero de los miserables, se compraban casas y se instalaban Cooperativas de consumo, con el nombre de católicas, para competir, gracias a los privilegios otorgados por el Estado a estas instituciones, con el comercio local; en otros se instalaban pequeños Bancos o Cajas de préstamos y ahorros que quebraban, sin responsabilidad personal de nadie, porque eran sociedades anónimas, después de haber hecho buenos negocios con la etiqueta de católicas, engañando a gentes sencillas, que creían seguro su dinero en manos católicas; en otros se fomentaba el vicio, instalando cafés y ambigús, escondidos bajo el manto de Sociedades de beneficencia y recreo; en otros se engañaba a un gran terrateniente, haciéndole creer que sus tierras, cedidas de balde o en condiciones excelentes, beneficiaría a los pobres, asegurando las que les restaban; creando con esa base grandes negocios de cultivo, disfrutados y explotados por Comunidades religiosas o párrocos aprovechados; toda la astucia y recursos de esos hombres ociosos, que se llaman frailes puesta al servicio de la Iglesia, para apoderarse de las conciencias, creando un estado social propicio al triunfo de la tiranía y el clericalismo, dirigido y encauzado desde Roma, articulado en sus miembros eclesiásticos, como brazos inmensos de un pulpo enorme y monstruoso que estuviese preparado para ahogar la civilización moderna maldita por Roma tantas veces, empujando hacia atrás la Humanidad muchos siglos.

Todos los fascismos no son más que variaciones de esa Internacional negra enemiga de la libertad y de la democracia, a quienes maldice, al igual que el Papa romano.

Y no se diga que esta afirmación es una calumnia; desde que el papa vendió a la Iglesia y a Cristo, por tres mil millones de liras, cantidad mucho más grande que los treinta dineros por que Judas vendió a

Cristo; a pesar de ser el fascismo una tiranía del Estado sobre las almas de sus súbditos, muy semejante al que la Iglesia tuvo e intenta tener en los países donde se lo permiten, impidiendo absolutamente la intromisión de la Iglesia en asuntos de educación, enseñanza, sindicación; en general, en todo lo que el Papa logra en tantas naciones menos en su patria Italia, por medio de la Acción Social católica, prohibida en Italia por el fascismo, que expulsó, desterrándolo a Inglaterra, de acuerdo con el Papa, a Dom Sturzo, el bravo sacerdote católico, creador y jefe del partido popular católico, disuelto también por Mussolini, sin protesta del papa, más bien con su venia y auxilio; desde la creación del nuevo estado pontificio por Mussolini, la alianza entre el Vaticano y el Fascismo son un hecho indiscutible, aunque regañen y se enseñen los dientes algunas veces, como los matrimonios mal avenidos.

Las manifestaciones de los cardenales y obispos italianos a favor del Duce son cada día más terminantes.

El propio papa llamó solemnemente al Duce hombre providencial. Y ahora, en septiembre, con ocasión del Congreso eucarístico, el legado del Papa, cardenal Gasparri, sobrino del famoso cardenal secretario de Estado, quien también dedicara frases de elogio a Mussolini, a raíz de la expulsión de Dom Sturzo, preparado por él, como testaferro del papa, de acuerdo con un senador que había sido vicepresidente del Partido Popular Católico, llamó a Mussolini: «el único estadista que había visto claro en el caos presente». Hablando como legado del papa y en tan solemne ocasión, obedecía a una orden expresa del Pontífice y era tácitamente aprobada su sentencia, no rectificada por quien podía y debía hacerlo, si no estuviese de acuerdo con la política mussoliniana. Y estos días, el cardenal Ascalesi, primado de Nápoles, saludó al Duce, llamándole: «El hombre de la Providencia.» Y el cardenal La Fontaine, de Venecia, dijo que Mussolini «guía a Italia y da ejemplo al mundo, guiado por Dios».

Basta leer *El Debate* y los demás diarios jesuíticos, españoles o extranjeros, esos que llevan en rojo su cabeza y su alma negrísima, como la política romana, para convencerse de la alianza del papa y Mussolini contra el liberalismo, la democracia,

el parlamentarismo y el derecho de los pueblos a regirse libremente.

El sueño de una Internacional católica, obediente al Papa, para enfrentarla con las otras Internacionales, es antiguo en Roma, pero ahora se exacerbó con los fascismos e imperialismos, que alienta sin cesar. Un jesuita tan notorio como el padre Tusquet, autor de libelos contra todos los hombres libres de conciencia no entregadas a Roma, termina su libro infame y tendencioso *Orígenes de la Revolución española*, contestado por mí en un folleto y en un libro: *Jesuitismo y Masonería*, con estas palabras definitivas: «¡Ojalá el triunfo no ciña a las fronteras estrechas de nuestro país! ¡Dios nos conceda presenciar las primeras victorias decisivas de LA INTERNACIONAL CRISTIANA (católica debería decir), cuyos brazos inmensos abarcarán todo lo que hay de inteligente y de trabajador en el mundo social católico. Cuando esto suceda, echad a vuelo las campanas, porque estará a punto de nacer una época de paz.»

Ya se sabe a qué género de paz se refiere Tusquet: El Estado esclavo en la Iglesia libre, soberana y con vara alta para concluir inquisitorialmente con todos los que considere enemigos. La paz de los sepulcros blanqueados y de las hogueras inquisitoriales encendidas para mayor glo-

ria de Jehová, por los miembros de la Acción Social católica, preparadores de esta soñada Internacional. Esta Internacional negra, diseminada por el mundo católico, y con secciones en algunos países paganos, está ya actuando, poniendo trabas a la obra de paz llevada a cabo por la Internacional de la paz y sus auxiliares, las Internacionales laicas, excomulgadas y perseguidas por Roma.

Será el mayor obstáculo para impedir la guerra, porque aliada a todas las burguesías que paga a sus creadores espléndidamente para que la defiendan, conserva en las masas la falsa idea de patria, por encima de la idea cristiana de fraternidad universal y respeto a toda vida consignada en el precepto mosaico y cristiano: «No matarás; devolverás bien por mal; perdonarás las injurias», etc., letra muerta en la religión cristiana desde hace muchos siglos.

Es necesario descubrir sus manejos e inutilizar a sus guías. Si los Estados liberales tienen instinto de conservación deben intentarlo, despidiendo a sus nuncios y creando iglesias nacionales, independientes de Roma, si creen que sus súbditos las necesitan para ser honrados y morales, cosa muy discutible ciertamente.

Matías Usero Torrente

Próximamente aparecerá

El Amor, dentro de 200 años

(Una visión de la vida sexual en el futuro)

por el ingeniero **ALFONSO MARTINEZ RIZO**

Precio: 2 pesetas

Ayuntamiento de Madrid

... Y la crisis mundial tiene tres años

La crisis económica ha entrado en su cuarto año. El paro forzoso continúa castigando, la parálisis de la producción y el intercambio persiste. Pero, de dos meses a esta parte, el pesimismo parece haberse atenuado; se oyen, en efecto, numerosas voces optimistas predecir una recuperación y exaltar los primeros indicios de la «confianza» renaciente.

La situación efectiva

Antes de examinar las causas de este optimismo e investigar si es fundado o no, conviene lanzar una rápida ojeada a la situación efectiva de la situación capitalista.

En junio de 1932, la producción mundial era en un 33 % inferior a la media de 1928, último año de la prosperidad integral. En Alemania, en Austria, en Polonia y los Estados Unidos, la baja excede de este 33 % (alcanza el 47 % en los Estados Unidos); en Bélgica, Francia, Inglaterra y Suecia, la baja está menos acusada.

En lo que concierne al comercio exterior de las cuatro potencias industriales del mundo, no se podría ya calificar de «disminución» a la caída vertiginosa que resalta de la tabla siguiente, comparando los promedios del primer semestre de 1932 con los de 1929.

CAIDA DEL COMERCIO EXTERIOR

	Import. %	Export. %
Estados Unidos	65,5	67,8
Inglaterra	40,9	48,5
Alemania	61,4	55,6
Francia	47,6	59,7
Total de los cuatro países dichos	57,3	61,5

Los datos de 1932 son más sugestivos aún si se les compara con los de 1913, último año de la preguerra. En junio de

1932, la producción mundial era inferior en un 9 % a la de 1913. La baja es de más del 60 % en la fundición.

La comparación en el comercio exterior se establece así:

IMPORTACIONES		
	1932 con relación a 1913	1932 se aproxima a
Estados Unidos	16%	1910
Inglaterra	6%	1912
Alemania	54%	1900
Francia	27%	1907-1908
Total de los cuatro países dichos	32%	1907-1908

EXPORTACIONES		
	1932 con relación a 1913	1932 se aproxima a
Estados Unidos	31%	1909
Inglaterra	29%	1900
Alemania	41%	1905
Francia	41%	1900
Total de los cuatro países antedichos	35%	1903-1904

Total que la crisis actual ha rechazado a la economía mundial a más de un cuarto de siglo atrás. No estamos ya lejos del nivel económico de 1900. Este inventario de un sistema no necesita comentarios.

Indicios de recuperación

Sin embargo, el horizonte parece aclararse, por lo menos esto es lo que pretenden desde hace un mes o dos los representantes del sistema, que tienen el mayor interés en disimular todo lo posible la derrota de lo que ellos adoran.

He aquí lo que escribía *L'Information* hace unos quince días: «Después de un largo período de debilidad, el mercado de Wall Street se ha reafirmado bruscamente a partir de la segunda quincena de julio. El alza de los valores, bastante moderada al principio, ha tomado bien pronto una

gran amplitud. En seis semanas, la baja de cerca de cuatro meses ha quedado borrada. Numerosos títulos han registrado, con relación a sus más bajas cotizaciones, alzas que oscilan del 60 al 80 %.)

El alza de los títulos coincidía con el alza de los precios de ciertas materias y productos. Con relación a las cotizaciones más bajas del año 1932, el alza alcanzó a finales de agosto: el 69% el algodón, el 67% las pieles, el 60% el café, el 46% el caucho, el 43% la seda, el 20% la lana y el 12% el trigo.

Por otra parte, la situación monetaria en los Estados Unidos es menos amenazadora que hace seis meses. La estabilidad del dólar no parece ya comprometida. La salida de la Conferencia de Losana ha alentado ciertas esperanzas y ha producido determinados efectos psicológicos. Pero, aunque la falta de «confianza», invocada tan frecuentemente por los economistas vulgares para explicar la crisis, esté lejos de ser la causa del desastre económico, existe un dominio donde los factores psicológicos representan un papel y en el que la confianza y la desconfianza pueden atenuar o agravar el curso de la enfermedad; este es el dominio de la moneda y del crédito. Ahí es donde el pánico de las multitudes puede ejercer sus estragos y quebrantar definitivamente el equilibrio inestable del edificio económico.

Desde lo de Losana, un verdadero cambio de frente se ha producido en este dominio. Las monedas que aún están sanas no están ya en peligro inmediato; las quiebras de gran envergadura en el aparato bancario no parecen ya inminentes. La crisis mundial ha entrado en un período de calma relativa.

Nada de optimismo excesivo

Esta calma no debe, sin embargo, hacer creer en una recuperación rápida. El alza de los títulos y determinadas materias está falta, de momento, de una base sólida en el plano de la producción. Es debida, como decíamos ahora mismo, al renacimiento del optimismo, y esta renovación del optimismo se funda en indicios extremadamente precarios.

La Conferencia de Losana ha apartado peligros inmediatos, pero no ha abierto ninguna salida susceptible de procurar pedidos a las empresas inmovilizadas y para

reducir el paro forzoso. El alza de los títulos y las materias se explica, además, por una serie de maniobras especulativas, que a su vez se explican por los deseos del presidente Hoover de verse reelegido: en los Estados Unidos, grandes organismos financieros creados *ad hoc* han puesto a la disposición de los bancos los medios necesarios para efectuar compras macizas de títulos; créditos de importancia, prodigados a diferentes organizaciones capitalistas, han permitido a aquéllas comprar primeras materias en cantidades imponentes.

El alza de los títulos y de materias es, en gran parte, el resultado de aquellas operaciones. Proviene, además, de acrecentamiento indiscutible de la corriente monetaria en los Estados Unidos y en la Europa occidental.

Una vez pasada la crisis aguda de crédito, el dinero atesorado vuelve a la superficie. Pero, a causa de la paralización de los negocios, los capitalistas no trabajan más que con fondos de movimiento restringido. Necesitan menos dinero para aprovisionarse de primeras materias y pagar los salarios. El dinero se amontona en los Bancos y la tasa de intereses baja, lo que mueve a los capitalistas a buscar para su dinero una remuneración más lucrativa que el interés ofrecido por los Bancos. Así vuelven a comprar acciones o a especular con las materias, lo cual suscita una determinada alza.

Sin embargo, esta alza no podría proseguir indefinidamente. Para que fuese duradera sería necesario que las cotizaciones más elevadas de las acciones y materias correspondieran a una recuperación seria en el dominio de la producción. Pero, las existencias de materias siguen siendo extremadamente importantes, lo que impide un alza que traspase un nivel muy ha resultado el estrangulamiento de los títulos dependen de la rentabilidad de las empresas, el alza de las acciones se detendrá forzosamente si una extensión sensible de las salidas no permite reanudar la marcha de las fábricas.

La crisis de crédito persiste, además, en toda la Europa central y occidental. Ella es la que ha provocado el caos de los cambios, pues por defender su moneda es por lo que todos los países de Europa central y oriental han tenido que dictar las más severas medidas sobre la circula-

ción de divisas y poner obstáculos, cada vez más infranqueables, contra la importación de productos extranjeros. De ello ha resultado el estrangulamiento de los intercambios internacionales, la baja fulminante de las cifras del comercio exterior, de la que hemos dado unos ejemplos al principio del presente artículo.

Pero la producción no puede reemprenderse más que si la circulación de las mercancías deja de tropezar con las innumerables dificultades que comporta este régimen forzado.

¿Están en disposición los Estados capitalistas de hacer desaparecer estas trabas?

Como la mayor parte de las restricciones provienen de la crisis de crédito y esta última es debida, en una gran parte, al sistema actual de las deudas internacionales, tendría que llegarse, ante todo, a una relementación de estas deudas y los Es-

tados Unidos, que tienen el extremo de la cadena, no parecen dispuestos a ello.

Y hasta si lo tuvieran y todo esto se arreglara, ¿dónde podría encontrar el capitalismo las salidas indispensables para que una *ligera recuperación*, que después de todo no parece imposible, se cambiara en una *prosperidad efectiva*, aunque fuera *poco duradera*?

En el período que va de 1873 a 1896, la duración media de la prosperidad era de dos años y la de la crisis y depresión de seis años. Nuestra época se parece a la depresión de larga duración del siglo pasado: tenemos detrás tres años de crisis, lo que no hace en total más que la mitad del camino que nos falta recorrer. Y al decir: la mitad, damos pruebas de un optimismo excesivo.

Lucien Laurat



Paul Otlet y su "Palacio mundial"

El parque del Cincuentenario de Bruselas. He seguido las alamedas llenas de sombras por las altas bóvedas de los viejos castaños, en una atmósfera húmeda que no impedía, sin embargo, que los ancianos retirados platicasen sobre los bancos perdidos en los bosquecillos, ni que los niños corriesen por el enguijado con aros y pelotas. He evitado el vasto edificio gris, cuyos centenares de piezas se hallan reservadas a las Exposiciones y a las Instituciones oficiales, y me he aventurado en los talleres de vaciados y de estatuas para enterarme de que la entrada del «Palacio mundial» se halla en el ala opuesta, guardada por una columnata en estilo de templo romano.

Paul Otlet, fundador y animador de esta Institución (para la cual los Gobiernos no son muy generosos), aún no está allí. Una dama secretaria me sirve de guía. Comenzamos por el Instituto internacional de Bibliografía. Creado en 1895, tiene por objeto reunir un repertorio bibliográfico universal de las obras aparecidas en todos los países y en todos los dominios. Es un catálogo gigantesco, establecido por orden de autores y de materias, y cuyos 14.000.000 de fichas están repartidas en clasificadores, en miles de compartimientos. Una parte de esas fichas está impresa. Os enseñan todo lo que se ha escrito, dónde y cuándo han aparecido las obras concernientes a cualquier cuestión. Pero la biblioteca sólo contiene 150.000 volúmenes y folletos. Hállase destinada a comprender las obras más importantes de todos los países, así como las publicaciones de los Institutos científicos, las colecciones de los periódicos representativos y los archivos de las organizaciones internacionales, conservadas como «fondos autónomos». La hemeroteca posee unos 80.000 ejemplares. Los archivos de la Enciclopedia documental tienen un millón de piezas clasificadas en diez mil archivadores, a los cuales se añade un Atlas universal que contiene qui-

nientos cuadros y películas microfotográficas, concernientes a actos y a obras raras, cuyas copias se facilitan a los investigadores que no pueden desplazarse. El objeto de esta Enciclopedia es el de reunir documentos relativos a cuestiones expuestas en los grandes Tratados, de coleccionar en archivadores extractos de periódicos, de revistas, memorias, para uso de los especialistas y completarlos con una iconografía universal: el mundo en imágenes. Tan sólo los índices que registran y analizan los documentos son volúmenes de miles de páginas. Para los trabajadores intelectuales estas fichas y enciclopedias son de una gran ayuda.

Este instrumento «de investigación y de organización de la ciencia y de la cultura universales» ha sido engrandecido por los esfuerzos de la Unión de las Asociaciones internacionales, que ha celebrado su Congreso de constitución en 1910. Antes de la Guerra, había unas 400 Asociaciones internacionales; la más antigua data de 1840. Sólo se han reunido nueve veces desde 1840 a 1849, en tanto que han celebrado 1.019 Congresos entre 1910 y 1919, y después de la Guerra, registran por lo menos 200 Congresos internacionales por año. Expresión de la vida internacional, teniendo ramificaciones en todos los países culturales, estas Asociaciones han conservado su autonomía regional y nacional, pero su interdependencia se ha hecho más y más sensible y se ha llegado así a una libre Federación: a esta Unión de las Asociaciones internacionales, que cuentan 240 Asociaciones, bajo los auspicios del «Palacio mundial». Estas Asociaciones se han reunido ya diez veces, y su actividad se despliega en esa atmósfera de confianza mutua que crea la visión clara del ideal perseguido en común.

Ha llegado Paul Otlet. Un gran anciano, cuya energía se lee en sus ojos, gestos vivos, amplios y cordiales. Pertenece a la raza de esos realizadores que, habien-

do lanzado una idea, la prosiguen con perseverancia, se consagran a ella en cuerpo y alma, y luchan por ella contra la indiferencia o la inercia de los que debieran ser sus colaboradores y contra el formalismo de las cosas oficiales, al cual impone, sin embargo, el respeto por su fuerza de trabajo prodigiosa, mal sostenida materialmente (pues los «fondos» se destinan a obras menos necesarias e incluso inútiles).

—Este local oficial que nos abriga, queremos hacerle universal, mediante la realización completa del «Palacio Mundial». Se ha encontrado un Gobierno que ha creído que estas salas podían servir para empresas comerciales, y que nos ha expulsado de aquí. Pero lo que hemos reunido en este palacio ya no puede ser relegado en graneros o arrojado a la calle. Tenemos con nosotros la autoridad moral de centenares de Asociaciones reunidas... Habéis visto la Biblioteca, con su bibliografía y su enciclopedia documental. Es el núcleo de una biblioteca mundial. Por otra parte, los Congresos de las Asociaciones internacionales me han movido a examinar el proyecto de una Universidad mundial que esté en contacto con todas las Universidades nacionales. Existen actualmente 200 Universidades con 25.000 profesores, por lo menos, y medio millón de estudiantes. Deben unificarse en esos hogares de la ciencia, la cual, en su esencia, es supernacional. La Universidad mundial tendrá por objeto el asociar a todas las Universidades nacionales en una institución de alta cultura universal. Cierta número de estudiantes podrá completar sus estudios en esta Universidad mundial e iniciarse en ella en los aspectos internacionales de los grandes problemas por medio de estudios comparativos. Mediante la organización de conferencias y de cursos anuales, que serían celebrados por profesores de todas las Universidades, se podrá dar a conocer los resultados generales obtenidos en todos los dominios científicos y, asimismo, las Instituciones y las Civilizaciones locales. He logrado en 1920 fundar las bases de esta Universidad. Hasta la fecha, he obtenido la adhesión de 18 Universidades y de 352 profesores de 23 países. En la última sesión de verano fueron dadas por 70 profesores un centenar de conferencias.

Paul Otlet me da un folleto que contiene los temas de las conferencias. Todas versan sobre cuestiones de ciencia pura y de ciencia aplicada. Mientras yo leo, Otlet prepara su correo: su mesa está cubierta de archivadores y de impresos. Me acuerdo de que las cartas recibidas de él llevaban números de orden, a partir de diez mil. Todas estaban escritas por esta misma mano nudosa, pero febril e infatigable.

—Voy a enseñaros ahora el Museo mundial. Su objeto es el de visualizar los elementos de la cultura universal. Debe ser la expresión integral de las actividades y de las realidades indicadas por la bibliografía y la enciclopedia de la Biblioteca mundial; debe ser la imagen sintética de los problemas que preocupan a la Unión de las Asociaciones Internacionales, y que exponen en los cursos de la Universidad mundial. Este museo es el bosquejo de ese Mundaneum, en el que se armonizan todos los organismos internacionales. Es el instrumento intelectual más eficaz para las grandes realizaciones comunes de los hombres...

Y Paul Otlet me condujo a través del Museo, explicándome en cada sala su plan de organización. El Museo mundial está dividido en tres series de secciones. En las secciones nacionales o geográficas se hallan representados los aspectos de la vida de cada nación, las características de su territorio y de su población, su economía y su cultura, en cuadros sumarios, en diagramas y en estadísticas, la política en sus figuras dominantes. Las secciones históricas son la síntesis de la Historia Universal, desde las épocas más remotas, en un encadenamiento de los grandes hechos que componen el destino de la Humanidad. Evolución de los pueblos y de las razas y también la de las ideas, de las costumbres, de las formas sociales y las civilizaciones. Las secciones científicas representan el ciclo de las ciencias y de las actividades prácticas, su desarrollo histórico y las realizaciones modernas. Se hallan aquí expuestos todos los elementos que tienen una importancia humana y mundial. De su conjunto deben resultar las correlaciones, las influencias recíprocas entre estos tres términos: la Naturaleza, el Hombre y la Sociedad, unificados en la vida del universo...

He recorrido las sesenta y cinco salas

de este Museo, cuyas colecciones comprenden 30.000 piezas reunidas por los cuidados de las Asociaciones internacionales y de los Gobiernos de trece países. Son contribuciones en especie, pues los fondos de los Estados son insuficientes para sus propias necesidades egoístas, para los parásitos del patriotismo... En una sala con techo de vidrio, puse el pie en un charco de agua. La lluvia había penetrado allí por algunos vidrios rotos. Otlet se encoge de hombros:

No diré que esta avaricia para con nosotros nos afrenta, una avaricia que no tiene siquiera la excusa de otras economías rigurosas. Al fin se hallarán algunos hombres generosos que nos proporcionarán los medios de abrigar nuestras colecciones en un palacio digno de su objeto. Nada de filantropía, sino una conciencia activa. Si en veinte años he podido reunir enteramente sólo y debido a apremiantes llamamientos, estas decenas de miles de piezas ordenadas y conservadas por algunos amigos constantes, creo que las Asociaciones internacionales, a las cuales volverá este Museo, tendrán mayores posibilidades, y, en lugar de imágenes y dibujos, tendremos los verdaderos objetos que representan...

No obstante, la sorpresa y la admiración me trastornaban. Este hombre ha querido levantar él solo una montaña y no ha quedado sepultado bajo su peso... Y cogiéndome por el brazo, me conducía con paso apresurado (pues se acercaba la noche y no funcionaba la electricidad) de una en otra pieza, explicándome la significación de cada una de las colecciones. He visto las primeras armas del hombre y también las imágenes de las máquinas de destrucción modernas. He visto el cuadro de los alfabetos más antiguos, y también los primeros modelos de las máquinas de imprimir y de escribir. He visto el esquema de las pirámides egipcias y, asimismo, los motores que centuplican las energías, internándose en las entrañas de los Alpes e impulsando a los trasatlánticos. Y he seguido en los infolios, en pergaminos y en tratados, en símbolos religiosos y en diagramas científicos, la evolución de una idea, la ascensión de una creencia, el triunfo de una verdad... Sobre las mesas, las paredes, en vitrinas, en el suelo, los miles de objetos, de instrumentos y de máquinas, de reliquias, de láminas y de

cuadros presentaban, en una clasificación rigurosa, la obra milenaria de la Humanidad en medio de las evoluciones múltiples de la Naturaleza y en el cuadro de las armonías cósmicas.

—Este Mundaneum, realizado en una forma embrionaria, pero concebido en un plan integral, es un resumen del Universo —añadió el viejo idealista—. Con su poderosa unidad, facilitará y acelerará la evolución de la Humanidad hacia un estadio superior. Por medio del escrito y de la imagen; mediante exposiciones y conferencias, debe mostrar cómo se han elevado los hombres desde sus humildes comienzos hasta sus realizaciones geniales, a sus santos y a sus héroes...

Henos aquí en la sala donde se celebran las conferencias de la Universidad internacional, austera, con columnas clásicas entre las cuales se perciben las piezas próximas llenas de objetos. En el fondo de la sala, un estrado con algunos cuadros alegóricos: la Verdad, el Bien, la Belleza. Sobre el estrado, una especie de altar laico con una esfera encima: nuestro planeta con sus océanos y sus continentes, circundado de elipses y de circunferencias que indican los movimientos de los planetas en nuestro sistema solar. Estas trayectorias son a la vez símbolos de la vida de la Naturaleza y de la evolución del pensamiento humano. En la penumbra, la voz de Paul Otlet tenía resonancias profundas; una voz que vibraba de fe y de pasión, pero disciplinada por la voluntad lúcida.

—He aquí lo que podemos aprender en este Mundaneum: cómo ha sido descubierto nuestro planeta y de qué modo ha conquistado poco a poco el hombre las fuerzas de la naturaleza. Cómo se han elevado las ciudades y los pueblos, las razas, las naciones y las civilizaciones en esta tierra que tendrá pronto dos mil millones de hombres. Aquí aprendemos también que la Humanidad es como un solo hombre que vive continuamente, estudiando y creando sin cesar. Poco a poco, el tiempo y el espacio son vencidos. Las ideas y las actividades se encadenan, las influencias se propagan hacia los cuatro puntos cardinales... Existe un pensamiento colectivo formado de todos los pensamientos particulares, una actividad colectiva y una actividad general que imprime un ritmo a las actividades especiales. Ante el Traba-

jo y la Ciencia, el hambre y las epidemias retroceden; y hoy, ante la Paz que se organiza, la Guerra vá a desaparecer en las cavernas de los malos recuerdos... Vemos aquí que el espíritu domina a la materia cada vez más y que el destino del hombre está subordinado a sus ideales que, siglo tras siglo, se incorporan en genios y en Instituciones. La Fe, la Esperanza, la Caridad, la Verdad, la Belleza, la Bondad, la Justicia, la Fraternidad y la Libertad no seguirán siendo siempre palabras consoladoras y llegarán a ser realidades experimentadas por todos. Pues la Tierra es en lo sucesivo un dominio colectivo de los hombres, los cuales, mediante esfuerzos coordinados, tienen el deber de transformarla en una tierra de abundancia y de alegría para todos...

De regreso, en el despacho iluminado, vi en el rostro del anciano los reflejos de la fe.

—Este Mundaneum —continuó Paul Otlet— no es, sin embargo, más que un pobre bosquejo en relación con mi sueño, que es el de crear una Ciudad mundial. Sobre un punto determinado del globo, deberá elevarse como un fruto supremo del Universo. Este será el lugar sagrado en que las grandes ideas y las nobles actividades serán concebidas y armonizadas. Contendrá el tesoro formado por las obras de la Ciencia, del Arte y de la organización universal, como testimonio permanente de la gran epopeya que la Humanidad ha vivido o que vivirá a lo largo de los siglos venideros... Espero que la Unión de las Asociaciones internacionales provocará un poderoso movimiento para la realización de la Ciudad mundial sobre un terreno de algunos centenares de hectáreas, y que gozará de una exterritorialidad colectiva. Por otra parte, el problema de un terreno que tenga este destino ya se ha planteado en Ginebra y existe también un litigio a este propósito entre Francia y Suiza. La Sociedad de las Naciones está dominada aún por las contingencias políticas y no reconoce, sino muy difícil y parcialmente, una idea superior. Algunas de nuestras realizaciones están puestas bajo la protección de la S. D. N., pero hay que decir que la Comisión para la Cooperación intelectual, por ejemplo, se debe a la iniciativa de la Unión de las Asociaciones internacionales... Oficialmente, el proyecto de la Ciudad mundial, que es apolí-

tico y supernacional, no ha sido aún reconocido. Pero ya deba ser edificada en Ginebra o en otro sitio, esta ciudad existe aquí, rudimentaria aún, en este «Palacio mundial» de la capital belga.

Salí con Paul Otlet. Despachos y pasillos todos en sombras, y fuera una lluvia fría que el viento agitaba en torbellinos. Pero el animador de corazón joven, el pensador para quien la idea debe traducirse en acción, continuaba bosquejando el plan de la Ciudad mundial:

—El terreno elegido será un parque internacional, dividido en dos: una parte para las instituciones de la Ciudad, y la otra, para habitantes y residencias. En el centro, un palacio para el Mundaneum organizado según el sistema adoptado para el «Palacio mundial», y alrededor de este edificio, cada nación tendrá su pabellón, cada ciencia, cada arte, cada técnica tendrá su hogar, y cada época de la evolución histórica será reconstituída en su esencia. La Ciudad será así como un organismo. El plan debe ser concebido en su unidad total, lo bastante flexible para adaptarse a los desarrollos futuros, pero también lo bastante estable para encauzar todos los esfuerzos, para encuadrar los edificios que serían levantados y las colecciones que serían completadas. La Ciudad mundial será un memorial del presente, un símbolo de la unidad y de la entente entre los pueblos y, al mismo tiempo, un instrumento práctico digno de las grandes obras elevadas por la solidaridad de los hombres. Esta solidaridad, forzada actualmente, será una cosa concertada, libremente deseada y libremente aceptada...

Y estrechándome la mano, al marchar, Paul Otlet acentuó, como para responder a la sombra de una duda que creía leer en mi sonrisa:

—Sí, ahora es, a pesar de todas las dificultades, el momento más favorable. Ahora es más fácil centralizar todas las empresas internacionales particulares. Mañana serán tan numerosas y estarán dispersas por lugares tan distintos, que su cooperación será más lenta y más costoso el reunir las... De que esta Ciudad puede ser realizada creo que os habréis convencido allí, en el «Palacio mundial», cuyo techo deteriorado deja pasar la lluvia...

Sin embargo, el rostro de Otlet es sereno e indulgente:

—Para llevar todo esto a buen fin basta

un puñado de hombres iluminados, entusiastas y decididos...

¿Cómo podría yo dudar del triunfo de una idea que en mis peregrinaciones he sentido palpar en tantos corazones y en tantas conciencias? Paul Otlet ha comenzado a trasplantarla en tierra firme. Aunque endeble, la idea ha arraigado, crecerá y dará sus frutos bajo un sol más generoso.

Sin darme cuenta de ello había tomado un tranvía en el sentido opuesto. Pensaba en el Mundaneum y contemplaba la capital, estriada por la lluvia. Bulevards esplendentes de luz, fachadas monumentales, que los reflectores hacían más llamativas: bloques fosforescentes en la penumbra del cielo. Me apercibí enseguida que había llegado a la plaza de la Bolsa. Volví por otro camino, tan largo como el primero, a través de los parques húmedos, agitados por el viento, de calles estrechas, cuyas casas, de una y otra parte, dejaban filtrar escasos rayos de luz a través de sus postigos cerrados.

En el círculo de la familia de van Diest, he encontrado una amistad tranquila, una comunión pura, en medio de la habitación adornada con las imágenes de los precursores y de los humildes héroes de la lucha creadora. Nos hemos detenido en la mesa

de trabajo, y van Diest tomaba la mitad para él: cartas sin contestar, textos para editores y revistas, notas para Centrales... Las relaciones aumentan en cada alto; la acción ensancha su círculo, incorporándose nuevas figuras y nuevos aliados. Cuando referí a van Diest mi visita al «Palacio mundial», me replicó con afabilidad:

—Sí, Otlet es del otro lado de la barricada; mis camaradas los libertarios y yo somos de este lado. Pero es un espíritu leal y tenaz. Su «Palacio mundial» es digno de admiración. Pero no olvidemos que tiene enfrente el Museo Militar... Si Otlet dispusiera tan sólo de una parte de los fondos de ese Museo, realizaría integralmente su utópico Mundaneum...

—¿Utópico?

—Ya sé; las utopías estimulan el progreso. Pero reconoceré que algo ha cambiado en esta Bélgica ultranacionalista, el día en que las oleadas de visitantes que se agolpan a la entrada del Museo Militar se vuelvan hacia el «Palacio Mundial», donde se agota un idealista como Paul Otlet...

Eugen Relgis

(Tradujo: ELOY MUÑIZ.)

CUADERNOS DE CULTURA



acaba de publicar el número 67, titulado:

PEDRO KROPOTKIN

Su ejecutoria en el pensamiento y en la actividad social

por Santiago Valentí Camp

Ayuntamiento de Madrid

Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

VI

CONOCIDA ya la desaparición de la Federación Regional Española, cabe reanudemos la historia de las luchas sociales en España, pasado el período que inicia la terminación de la huelga general del año 1902, en Barcelona.

Las repercusiones que ésta tuvo fueron enormes. Además de las consustanciales a un movimiento de esta naturaleza, hubo las que se derivaron como enseñanza para lo futuro, que no fueron pocas, aunque quizá haya quien suponga lo contrario.

En primer lugar, la realización de aquel movimiento, su génesis, desarrollo y terminación, señalan una etapa completamente nueva en la orientación sindical.

No se olvide que la huelga general de 1902 rompe todo el engranaje orgánico sindical existente hasta aquel período.

Por nuestro artículo anterior se sabe ya cómo desaparece de la escena la Federación Regional Española. Pero esto es sólo el hecho material de la desaparición. Moralmente, activamente; como organismo vivo, dinámico; como instrumento utilizable por la clase trabajadora para sus luchas contra la clase patronal, no existía hacía ya mucho tiempo; era una cosa muerta, un cadáver que sólo esperaba el oficio pío del enterrador.

Pasa, pues, el movimiento de 1902; toda la organización obrera de tendencia sindical y revolucionaria queda desbaratada; no hay apenas relación entre ella; sus actividades epistolares y de toda otra naturaleza no pasan de la localidad, apenas si llegan a la comarca, y en casos contadísimos y raros alcanzan a la región. Nacionalmente sólo algún caso podría encontrarse.

Naturalmente que hay una tendencia espiritual común que une a todas las organizaciones del país, por encima del límite local, comarcal o regional: la coincidencia de pensamientos y de aspiraciones. Pero todo esto es vago, inconcreto, indeterminado; carece de contornos des-

tacables, y para la acción de cada día, si no es un peso muerto, un lastre que estorba, tampoco rinde ninguna utilidad. Y son precisos varios años para reaccionar contra aquel estado de cosas y poder preparar el comienzo de otra etapa superior.

Comienza ésta con la celebración de una reunión de las sociedades obreras de Barcelona, en la noche del sábado 3 de agosto de 1907, que se celebra en el domicilio de la Asociación de la Dependencia Mercantil.

En esta reunión, convocada al efecto, se constituye «Solidaridad Obrera». Inútil digamos que hubo reuniones preparatorias, es decir que se llegó a esta reunión después de varios ensayos, más o menos infructuosos, prólogo de lo que en dicha noche se acordó.

Las Bases que sirvieron a formar aquel núcleo son las siguientes:

«Queremos en el orden inmediato: el mantenimiento de las bases que por efecto de huelgas o de convenciones recíprocas fueron aceptadas y firmadas por patronos y obreros de respectivos ramos, y que constan en actas confirmadas por las autoridades legales

»El respeto del derecho de asociación en todas sus manifestaciones legales.

»El cumplimiento exacto de la Ley del descanso dominical.

»La higienización de toda clase de trabajos.

»En el orden de nuestro mejoramiento queremos:

»La reducción de horas de trabajo en relación de los progresos mecánicos que se realicen.

»El aumento de los salarios, proporcional a las necesidades del obrero moderno.

»Vida externa para toda clase de dependencia.

»Supresión del trabajo a destajo en todos los oficios.

»Trabajo de seis días por semana o pago de los jornales cuando por causas ajenas al obrero no fueran completos los seis días de labor.

»Abolición del albayalde y de toda clase de materias tóxicas en las industrias.

»Preconizamos como medios esenciales de nuestro mejoramiento y de nuestra emancipación, la instrucción y cultura de los trabajadores, la enseñanza racional y científica para nuestros hijos, obligatoria, y a la vez indemnizada, en las familias obreras necesitadas, como única solución al problema de exclusión del trabajo de la infancia o menores de edad.

»La organización de los trabajadores en ramos de producción, en agrupaciones locales, en federaciones nacionales y en la confederación internacional del trabajo.

»La educación práctica de los trabajadores en el ejercicio gradualmente extensivo de la solidaridad obrera.

»Por último, afirmamos y queremos, como fin de nuestras aspiraciones económicas, la emancipación total de los trabajadores del sistema capitalista, sustituyéndolo por la organización obrera transformada en régimen social del trabajo.»

Estas bases, aspiración común de todos en aquel momento, fueron aprobadas por unanimidad por cuantos delegados de Sociedades obreras estaban presentes allí aquella noche.

Acto seguido pasóse a nombrar los camaradas que habían de formar el primer Consejo de «Solidaridad Obrera», cuyo Consejo Directivo dividióse en tres secciones, Administrativa y de Fomento; Propaganda y Enseñanza. Fueron nombradas para las mismas, los camaradas siguientes: Administrativa y de Fomento: Secretario general, Antonio Colomé; otro secretario, A. Badía Matamala; otro secretario, Jaime Bisbe; tesorero, Ramón Lostau; contador, Avelino Sánchez, y vocales, Enrique Farrés y Martín Martí.

De la Propaganda: vocales, Emilio Vilalonga, José Palau, Francisco Bonafont, Pedro Sánchez, José Román, Antonio Sayós y Arturo Gas.

De la de Enseñanza: vocales, José Casasola, José María Carreras, Francisco Carreras, Eduardo Calvo y José Cugues.

El acto de constitución de «Solidaridad Obrera», que si bien fué laborioso, se desarrolló en medio del mayor entusiasmo, terminó a las dos y media de la madrugada de aquella misma noche.

Tanto por las bases transcritas, como por los camaradas designados para formar el primer Consejo de «Solidaridad Obrera»,

como aun entonces se decía rememorando los nombres que dió la Primera Internacional a todos sus organismos representativos, se ve que la organización estaba en lo que llamaremos sus primeros balbuceos, en cuanto a definición ideológica. Y demuestra, además, que todo lo pasado quedaba allí como un recuerdo más, pero sin más trascendencia para la obra del porvenir. Y, por último, demostraba que los trabajadores recomenzaban la tarea de manumitirse de la explotación capitalista.

Lo hecho en Barcelona tuvo, como es de suponer, sus repercusiones en la región y en el resto del país.

Pruébalo, entre otros datos, el que los tres secretarios que formaban lo que pudiéramos llamar Comité Ejecutivo de la organización barcelonesa, ya que sólo a Barcelona alcanzaba la actividad del naciente organismo, publicaron meses más tarde, a mediados de octubre, la nota adjunta:

«CONTESTANDO A TODOS

»Pedimos que nos excusen todas las sociedades obreras y compañeros de todas partes si no les hemos contestado particularmente, agradeciéndoles las frases de simpatía y aliento que nos dirigen en la misión que, delegados por las sociedades de Barcelona, cumplimos para levantar del letargo en que vivía la clase obrera en general.

»Pero asimismo debemos decirles a todos, con la franqueza que debe distinguirnos entre trabajadores, que ni merecemos ni necesitamos halagos; y que únicamente quisiéramos que todos los que sienten amor a la causa obrera, que secundaran nuestros esfuerzos con aquella abnegación y virtud que los obreros conscientes debemos poseer, sobre todo cuando somos designados por nuestros hermanos de infortunio para ejercer algún cargo o llevar su representación. No causemos desengaños a la masa trabajadora; si ella nos lo causara a nosotros algún día, nos retiraremos satisfechos en el interior de nuestra conciencia por haber hecho lo que hemos podido para elevar la conciencia de los oprimidos. Pero tened fe, compañeros, seamos jóvenes en nuestro espíritu y luchemos con el entusiasmo y la creencia de vencer; porque sólo así puede vencerse.

»A la obra todos, e impulsemos todos

unidos a la clase trabajadora hacia su verdadero camino de emancipación social.— *Los Secretarios de «S. O.»*

El documento es elocuente y no puede ser más significativo. La organización de Cataluña, quizá también la de España, despertaba del letargo que había dormido durante un largo período; ¿cuatro años?, ¿seis?, ¿ocho?; la contestación es difícil; lo interesante, sin embargo, era que se ponía en marcha nuevamente, que comenzaba a andar por sus pasos.

El número de entidades adheridas a «Solidaridad Obrera» fué, en principio, de unas cincuenta y seis o cincuenta y siete. Cabe tener en cuenta que, además de ser Sociedades profesionales, o sea Sociedades de oficio, aún existían por aquel entonces en Barcelona pueblos limítrofes, y los que habían dejado de serlo por la agregación, tenían sus sociedades constituidas, que no se disolvieron hasta muchos años después. Las últimas, hacia el año mil novecientos diez y siete. Por eso en la lista de entidades, formando parte de «Solidaridad Obrera», encontramos tres Sociedades de albañiles: una, de Barcelona; otra, de Gracia, y otra, de Sanz. Hay también cuatro Sociedades de carpinteros, sin contar los carpinteros de ribera. Son de Barcelona, Gracia, San Martín y Sans. De barberos hay tres; de dependientes hay lo menos siete. Hay Sociedades de canteros adoquineros y de canteros de Montjuich. De metalúrgicos, varias, y así por el estilo.

La profusión de entidades en Barcelona se comprenderá sabiendo que en 1914 hubo reunión de Sociedades, a la que concurrieron más de un centenar de delegaciones directas, representando a otras tantas organizaciones constituidas y funcionando normalmente.

Como es de suponer, menudeaban los conflictos, aunque de poca monta todos ellos, exceptuando el de curtidores de Igualada, que se mantuvo seriamente durante bastante tiempo.

Se declaró a primeros de octubre de 1907, y no por reivindicaciones de orden profesional, sino por oponerse a la maniobra patronal que tendía a envolver a los trabajadores en una red de organismos patronales, tendentes a destruir el concepto de lucha de clase entre los trabajadores.

Quisieron los patronos de Igualada organizar un Montepío obrero-patronal para beneficiar a los trabajadores, coaccionan-

do moralmente al que se negaba a engrosar esta organización patronal. Pero los obreros no sólo se negaron a las pretensiones patronales, sino que presentaron contrabases, y como ellos, por una serie de causas trabajaban en peores condiciones que los curtidores de Barcelona, Vich, Reus, Valls y otras localidades, exigieron de la burguesía ser equiparados a los trabajadores de esas localidades.

Otro aspecto interesante a destacar de la actuación de aquellos camaradas era la claridad con que obraban. A las reuniones de «Solidaridad Obrera» podían asistir, como es natural, las Sociedades inscritas, las que de ella formaban parte, pero podían asistir también las otras, las no adheridas. Lo que entonces, en la iniciación de la organización era posible, no lo es hoy, puesto que en los Sindicatos, a pretexto de ciertas cosas, hay que hacer más reuniones clandestinas que públicas. Allí no sólo se aceptaba a todo el que iba, sino que se aceptaba y toleraba hasta aquel que no sentía la vocación de trabajar activamente por la obra.

Públicamente lo decía en todo momento el Consejo; a las reuniones pueden asistir las entidades federadas y las que no lo estén, para que vean cómo actuamos y procedemos. Rasgo ejemplarísimo que sería útil volver a resucitar en beneficio de la organización. Entiéndase bien que hablamos de los organismos superiores, es decir, de las reuniones y plenos de la organización local, comarcal, regional y nacional.

Tres meses más tarde, después de constituida «Solidaridad Obrera, en Barcelona, la sociedad obrera «La Unión», de Fregenal de la Sierra (Badajoz), lanza la iniciativa para constituir una Federación de obreros extremeños.

La circular-convocatoria, después de un preámbulo, explicando el propósito de lo que quieren hacer, invita a las Sociedades existentes en Extremadura a tomar con calor su iniciativa y a apoyarla activamente.

Dice así la circular:

«CONDICIONES QUE HAN DE TENER EN CUENTA LAS SOCIEDADES

»1.º Una Sociedad podrá mandar uno o más delegados, todos con voz, para poder tomar parte en los turnos de discusión, pero sólo uno tendrá voto.

2.º Un delegado podrá representar una o varias Sociedades, pero sólo tendrá un voto.

»3.º Todo delegado irá provisto de su correspondiente nombramiento, en el que conste la Sociedad que le autoriza y el número de socios que la componen.

»4.º Las Sociedades adheridas y las que al recibir la presente quieran adherirse a la idea iniciada, pueden escribirnos, dándonos conocimiento de hallarse dispuestas a mandar delegado, para disponer nosotros todo lo necesario para el caso; advirtiéndole que lo hagan enseguida para ultimar todos los preparativos, pues ya están marcados los días en que ha de celebrarse la Conferencia.

»Sin embargo, de habernos atrevido a presentar estas condiciones, por nuestra parte, todo será susceptible de modificarse en conformidad con el criterio que predomine entre los delegados, una vez constituidos en asamblea.

»SOBRE LAS BASES DE LA FEDERACION

»La forma en que habrá de constituirse la futura Federación Regional Extremeña de Sociedades de Resistencia, será aquella que las Sociedades congregadas designen por mediación de sus delegados, los cuales llevarán poderes (dentro del criterio de su Sociedad) para aprobar, reprochar y proponer lo que crean más conveniente.

»Aunque cada Sociedad puede proponer y aprobar mediante su delegación lo que más conveniente crea, nosotros proponemos sobre el particular varios puntos de lo más fundamental, que después ampliaremos allí, y son los siguientes:

»1.º *Federación libre.* (Federación libre es la que se establece por el libre acuerdo, sin más reglamentación que la conciencia y el criterio del individuo, ni más compromiso que el que manda la SOLIDARIDAD).

»2.º *Organización de los pueblos no asociados en la región.*

»3.º *Creación de un periódico defensor de la clase obrera.*

»Días y sitio en que habrá de celebrarse la Conferencia.

»Los días en que habrán de celebrarse las sesiones de la Conferencia de Socieda-

des de Resistencia, serán 21, 22, 23 y 24 del presente mes de noviembre.

»Teniendo en cuenta lo céntrico de la población, para más facilidad, se ha acordado que la Conferencia se celebre en Mérida, donde deberán estar los delegados el día 20 de este mismo mes de noviembre, para cambiar impresiones.

»A LOS COMPAÑEROS

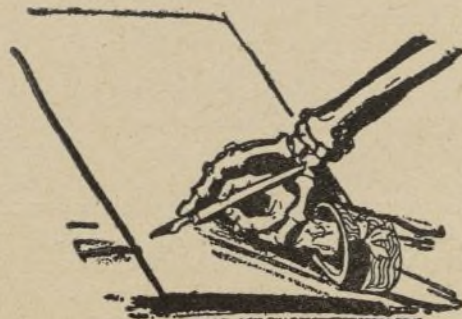
»Una vez planteada la forma en que —según nuestra poca experiencia de las cosas— habrá de celebrarse la mencionada conferencia, rogamos a los compañeros nos dispensen los errores en que hayamos incurrido, pues es la primera vez que organizamos actos de esta índole; pero entendemos que con buena intención todo se hace; y si nosotros no tenemos previsto todo lo concerniente al caso, cuando nos reunamos todo se arreglará.

Así, pues, compañeros, a concurrir al acto y a demostrar con nuestra actividad y nuestra unión que no estamos dispuestos a seguir siendo voluntariamente la bestia de carga. A unirnos, a organizarnos en Federación fuerte y viril para emanciparnos de la pesada carga social que llevamos sobre nuestros hombros.

»Y entretanto llega el día deseado, recibid todos un abrazo fraternal de estos que os desean emancipación social.

»Fregenal, 5 de noviembre de 1907.—El presidente, *Manuel Sánchez*; el secretario *Manuel Murillo*.»

Angel Pestaña



Detroit, ciudad del ocio

Su origen portugués y el haber nacido en Chicago, tener seis pies de altura y ser desgarbado y miope, no le priva de que sea uno de los escritores más jóvenes de la América actual y uno de los novelistas más modernos que existen. Es incapaz de estar quieto. Parece un judío errante con gafas, que tan pronto está en Méjico, en Teherán o en Constantinopla. New-York puede que sea la ciudad que más le retiene.

Radical hasta la glándula pineal, colabora en las revistas más avanzadas y siente simpatía hacia el bolchevismo. Hizo la guerra en el frente francés. En 1921, *Three soldiers* (Tres soldados), le hizo célebre en los Estados Unidos. En España escribió *Rocinante* vuelve al camino (1922) y un libro de versos.

En 1923 publicó *Calles de noche*, que fué prohibida en algunos estados de la Unión, por su estilo crudo, que contrasta con el puritanismo americano. El impresionismo de sus libros, alucinador como un vértigo, aturde como el tráfago necesario de sus ciudades cruzadas por todos los vehículos y todas las pasiones vertiginosas, mezquinas, cobardes,

insanas, lúbricas, brutales, inicuas, canallescas, depravadas, angélicas y populescas de las ciudades y de los humanos he-man, donde se recogen todos los detritus y todas las inmundicias de un vertedero dantesco. Parece que Dos Passos vierte con el pozal colmado de sus pinturas literarias, sobre el esqueleto de sus conciudadanos, la carne de chafarinescos y trapos angélicos, que vemos pasear entre las molicies trasatlánticas del film y del bluff. Son las suyas, gentes dominadas por el sexo y el estómago, cuyo fin único parece ser la prosperidad económica, hoy decadente y falsa. La Libertad iluminando al mundo... el puente de Brooklyn... la iglesia de la Trinidad, el Pulitzer Building... Flatbush, Woodlawn, Dikmau Street, Broux, Jersey...

Fichas de cobre... crepúsculos borrachos... Hijackers desvalijadores de contrabandistas de alcohol...

La verdad, ante unos claros cristales de miope gigantesco, y una pluma batida como un acero, por la causa de los que trabajan, sufren y esperan... con el novelista, los nuevos días de una nueva América cien por cien humana, noble y sin presidentes... como aconsejó Teodoro Dreiser...

EL sol achicharra la fresca hierba del Gran Circus Park. Un viento del Norte, con fragancias de bosques, raspa las hojas de los árboles y abate los matorrales, esmerilándolos. Por todos los lados de la ciudad fabril, los rascacielos, abren los ojos ciegos de sus ventanas, en este mediodía de verano. Los parados, acostados sobre la hierba, adoptan las mil actitudes que les presta el abandono del sueño; diarios extendidos bajo sus cuerpos, defienden el decoro de sus trajes, cuya duración y buen estado obliga a estas precauciones, preservativas y de aseo precavido.

Sentados en los bancos, otros, hablan sin cesar; el tiempo, es de ellos. Se escucha; se hace corro alrededor de los grupos más animados; alguno de los oyentes lanza su observación y se retira como vino.

Hacia el Este, la sombra es más espesa y la concurrencia más numerosa; se vende el *Daily Worker* y el *Labor Defender*; pausadamente, y a media voz (el tráfico de la calle vecina no es tan intenso que obligue a gritar), un joven discurrea con ligero acento italiano: «Si tenemos que atravesar un bosque frondoso y de abundantes y espesos matorrales, es preciso marchar uno detrás de otro, ¿verdad? Bien. Supongamos que, anda que andarás, y que el camino se va haciendo cada vez más difícil: rocas, barreras de terreno que-

bradísimo. Comprenden que cada vez se hace más difícil poder salir del atolladero, y al final, el camino de andadura se borra. Uno de los tragaleguas se atreverá a preguntar al que va abriendo marcha: ¿A dónde demonios vamos, mocito? Entonces, todo serán gritos, discusiones y protestas y les inquietará el pensar en que habéis sido engañados. Pues bien, así son los obreros americanos. Todo el mundo dice: «Adelante, Johnny, volverán los días de prosperidad». El camino está más lleno de dificultades a cada paso hacia adelante. Cada vez me convengo más de que tendremos que pedir al demonio que nos guíe. Los patronos nos han enfangado, y somos nosotros, y nadie más que nosotros, los que hemos de enseñar el camino.»

Detrás de unas matas, dos alemanes de cara patibularia discuten: «Los rojos de aquí dicen que una mujer vale tanto como un hombre; ¡qué tontería!»

—Sin duda, camarada; pues si ella hace el mismo trabajo que el hombre debe ganar igual jornal.

—Ellas no pueden hacer el trabajo tan bien como...

—¿Por qué, te pregunto yo? Escucha; cuando sales de caza debes llevar perro y perra, pues el uno nada vale sin el otro.

—Yo no sé nada de cazar ni de perros: lo que sí te digo, es que el trabajo de una

mujer no es igual que el de un hombre. Ellas no valen...

—Bueno, supongamos, camarada, por un momento, que sales de caza, cargado con un perro y una perra, ¿no es así?

—Todo eso son historias; yo no salgo nunca de caza — murmuró el otro, al mismo tiempo que se marchaba ardiendo de indignación.

Al final de Fisher Lodge, se levanta un asilo nocturno, un gigantesco edificio inutilizado del Grupo Fisher — oficialmente cerrado por falta de dinero, pero en realidad porque los hombres sin hogar que lo ocupaban se sentían dominados por un afán «reunionista» que había convertido el edificio en un «nido de rojos». Esta fábrica ha tirado por las calles y parques de Detroit muchos miles de parados. Se les ve por todos los lugares de la ciudad inacabada; los más económicos viven bajo los puentes y en los refugios extendidos a lo largo de la ribera, ocupando las habitaciones posteriores de las casas deshabitadas; otros duermen no sabemos dónde. Hay algunos que se han refugiado en un enorme montón de arena abandonada que alcanza mayor altura que algunos de los tubos de las chimeneas de las fábricas. A lo largo de los muelles, en las avenidas de árboles que discurren a lo largo de la ribera, se les ve tostándose al sol. Existencia indolente, amodorrada, ceñuda, en el Gran Circus Parck, donde está el Centro social y el restaurant a un centavo, organizado en la Woodward Avenida por un filántropo anónimo, el Delmonicós. Al anoecer, pasean a lo largo de la Avenida Woodward, mirando los carteles de los cinemas, repartándose por los solares, alrededor de los charlatanes y los oradores de la calle. Se oyen los cinco títulos, prontamente olvidados de las viejas Agrupaciones obreras, partido proletario, partido trabajador-socialista. Un hombre se esfuerza para vender, ante una concurrencia numerosísima, pero escéptica, un truco de salón, un juego de manos, con el cual, si se tropieza con un hombre que tenga un billete de un dólar, se puede ganar con facilidad un cuarto. He aquí cómo:

El propietario del dólar, lo envuelve con un papel de un color cualquiera y lo coloca entre otros papeles de diversos colores, y hecho esto, apostáis con el propietario del dólar un cuarto a que lo hacéis desaparecer. Se desdobl原因 los papeles y

¡zás!, en lugar del dólar, se encuentra el buen hombre con nada más que setenta y cinco centavos en moneda. Uno de los oyentes, colocado en las últimas filas de la concurrencia, le grita al prestímano: «Oye, ¿de dónde saco yo los 75 centavos?»

En un cafetín, un vendedor de diarios discute. Hace frío y la sombra hace las mesas más oscuras. Los altavoces rugen tan estruendosamente, que la espuma de nuestros vasos de cerveza se siente arrasada por el filarmónico huracán. Le hacemos callar para poder entender al vendedor. Cuenta una historia que ningún diario publica.

«—La historia no tiene importancia, pero es pintoresca. Se reúnen varios hombres, unos treinta o cuarenta, y entran en un ultramarinos (generalmente, son los ultramarinos los que se ven más favorecidos por la «calidad» de sus depósitos, necesarios e indispensables para los «quehaceres» comestibles) y piden que se les abra un crédito. El vendedor contesta que necesita vender al contado. Entonces le hacen ver la conveniencia de que les deje hacer, porque ellos no quieren ni pretenden hacer ningún daño, pero tienen verdadera necesidad de algunas provisiones. Hecha esta advertencia, toman lo que les parece y salen del establecimiento con toda tranquilidad. En el caso que estoy refiriendo, el dependiente, antes de decidirse a pasar aviso a la policía, telefoneó al gerente. El gerente le contestó que se había portado bien, y que estas cosas era mejor no darles publicidad.

—¿Entonces, es que la idea le parecía buena?»

El vendedor de diarios afirmó con la cabeza.

Atravesamos interminables barrios a medias construidos. Después de recorrer diez millas, rodamos todavía por esqueletos de calles y avenidas. En una casa grandísima del arrabal, como muchas de las que la industria ha hecho surgir a la entrada de todas las ciudades americanas, hay reunidas varias personas cuyas caras y vestidos son los de la clase que llamamos de

cuellos blancos. Sentados en corro, bebemos a sorbos vino de California y poco a poco, sin prisas, la conversación se anima. ¿De qué hablan en esta tarde de los primeros días veraniegos? De los paseos que hace un barco a la luz de la luna, que viaja para poder procurarse fondo para la Caja de socorros de los parados, de la Rusia soviética y del género de revolución que podemos tener en América. Se suscita la cuestión del terror rojo: «En fin, si empleáis la fuerza, se emplea la fuerza —dice con voz dulce una mujer de azul pálido.—Y si ellos quieren cambiar el sistema social, hacen bien, y creo que se debe emplear la fuerza. Las gentes de Ford, se emplean muy bien...»

Algunos viejos radicales han organizado una especie de pensión familiar cerca de la ribera, en un viejo bastimento de ladrillos, que fué en otros tiempos fábrica de hielos de Detroit. Los cuartos superiores tienen camas; en el piso bajo, está la sala pública donde se puede leer, jugar a la baraja o al ajedrez; en los sótanos, la cocina, que está perfectamente organizada, y un comedor, donde se puede comer por cinco o diez centavos, según el estado del portamonedas de cada uno. Yo comí una vez allí estupendamente. La cocina es propia y la comida fresca y buena. El secreto de la economía se explica cuando se conoce el procedimiento empleado para adquirir las provisiones que resultan completamente gratuitas y fuera de las competencias gremiales. Conocen y tienen cuenta exacta de los almacenes y mercados que disponen de existencias, que, por el momento, están libres de demanda, y les facilitan el consumo, procurándoles movimiento a su cuenta de entradas y salidas de almacén. Si tienen noticias de que un detallista ha recibido una fuerte expedición de cebollas, no lo pierden de vista, y cuando las cebollas no encuentran comprador, estos tipos hacen que el comerciante les dé una o dos cajas, que de otra manera se perderían inútilmente. Las gentes han comprendido que en un momento de depresión, producido por la superproducción, un tipo no puede morir de hambre y ha de ponerse de acuerdo con sus camaradas, para olvidarse de que el dinero no existe. Un parado me dice que él no ha podido nunca vivir bien.

No se ve nadie en la entrada de la enorme edificación donde está la oficina;

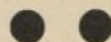
nadie en el ascensor. Sentado detrás de un largo mostrador, cubierto con grueso cristal, el abogado nos habla. De cuando en cuando, mira por la ventana los lotes obreros que el sol baña, la calle por donde discurre lentamente la gente; los techos de las capotas de los automóviles que se mueven como agitadas piezas de dominó.

—Yo no sé lo que pasa —dice él—, pero debe pasar algo. Fuí, cuando joven, obrero sindicado radical y... todo lo que se puede ser, pero no pasaba lo de hoy. Ningún grupo político ve claro; nadie cree en los viejos partidos, y no sé como los socialistas y los comunistas, no sé... No sé lo que pasa hoy. Entre los parados, en la masa, por todo, sé que hay algo que no me explico, y que va a explotar.

Siente uno ganas de dejarlo todo; ¿por todo esto, hemos trabajado y padecido toda una vida oficinista, para volver a empezar de donde partimos, por esta vida a la cual pertenecemos y pertenecen los que pasan por la calle...? Parece una locura y no puedo explicármela. Mas, yo le preguntaría: ¿qué harán estos hombres, en la calle, qué harán cuando no lo puedan soportar?... Lo tremendo es que tengo cuatro de familia que atender.

—Pero usted puede aún verlo y observar el espectáculo.

—Yo no puedo más. Yo he sido, toda mi vida, un hombre de acción. Yo empezaría si supiera lo que pasa.



Allá lejos, en la fábrica Roja, los negros lavan sin descanso las ventanas. Un hombre joven, con aire de profesor, guía a los visitantes. Después del primer departamento de magnetos, sigue la sala de motores, último modelo hasta su terminación. Se ven los chasis, después los motores colocados y los trabajos de carrocería. El nuevo insecto rutilante sale del taller por sus propias fuerzas.

La sirena avisa a los hombres la hora de la comida. «Media hora de reposo» dice el joven con aire de doctor. «Miente; no da más que un cuarto de hora» — me sopla a la oreja mi vecino. Los hombres, con la cabeza baja, comen sin reír y sin hablar. Los visitantes son invitados a subir a un vehículo y se les deposita prudentemente detrás de las verjas.

Vuelvo por el Grand Circus Parck, donde los hombres extendidos duermen bajo el sol matinal, y otros sentados y en cucullas, hablan. Un hombre grita el *Daily Worker*. Los grupos discuten. En uno de ellos, un negro de mediana edad y de ojos brillantes, pretende convencer a un joven de piel amarilla y de dientes de oro. «Déjame que te explique, déjame que te explique» — le repite sin cesar. Discuten si los obreros podrían o no podrían manejar los Bancos. El joven sostiene que es imposible; ellos no lo saben, yo tampoco, tú tampoco, nadie lo sabe; sólo los banqueros lo saben. Quiere irse, pero el viejo le

retiene: «Escucha, niño, deja que te... explique.»

Desesperado, se arrodilla, y en tierra, con un dedo en el polvo, traza los dos lados de un triángulo. Mira, esto tendrá un pie de largo, ¿no?, y esto también.

—Puede —murmuró el chino.

—¿Tú sabes lo que es de largo el tercer lado?

—No, y tú tampoco.

—Bueno, pero eso no quiere decir que no lo sepa alguien. ¿Me entiendes? Eso no quiere decir que nadie lo sepa.

John Dos Passos

11 DE NOVIEMBRE

¡Triste y fúnebre aniversario!

Quince millones de cadáveres, cientos de millones de heridos o mutilados, ruinas, duelos innumerables, lágrimas, sangre... y oro para los bandidos de los armamentos y los aprovechados industriales de guerra.

¡He aquí el balance!

Pero después de catorce años este balance se ha aumentado con las deudas a pagar y con toda la tremenda miseria que campea sobre este pobre mundo.

Pueblos enteros agonizan por el paro forzoso y el hambre. Los Gobiernos se declaran impotentes para conjurar las crisis. Florecen las dictaduras sobre la Europa sangrienta y con hambre. El más odioso espíritu militarista renace de sus cenizas.

La guerra se atisba en el horizonte.

Un tratado de paz estúpido y desastroso, que de nada ha servido, va a provocar el desencadenamiento de un nuevo cataclismo sangriento sobre el universo civilizado.

Parece como si nadie se acordara de la gran tragedia.

Su horror no ha impedido que desfilaran ante la tumba del Desconocido las cohortes de antiguos combatientes, mezclados con los jóvenes, con la bandera a la cabeza. Una extraña amnesia los ha emocionado.

Mascarada insensata. Elocuencia oficial estúpida. Patriotas de ocasión. La comedia es indignante y cada año que nos aleja de la guerra la hace todavía más odiosa.

Que los hombres que sinceramente desean la paz redoblen sus esfuerzos y acumulen energías. Es necesario luchar áspidamente contra el olvido, contra el egoísmo, contra la ceguera de las masas.

Luchamos con medios débiles, muy débiles contra las potencias del mal, contra la prensa vendida y envenenada, contra la imbecilidad de los humanos.

Hay que emprender toda una tarea de desintoxicación.

Sepamos acordarnos de este fúnebre 11 de Noviembre.

¡En pie contra la guerra!

¡Todo antes que la guerra!

¡Todo antes que volver a *aquello*!

¡No lo olvidemos jamás!

La Internacional, en la Commune

CUANDO estalló la Revolución del 18 de marzo, la Federación parisiense de La Internacional estaba en plan de reorganizarse. La situación estaba lejos de ser brillante. La proclama «a los trabajadores de todos los países», publicada por el *Reveil*, tres días antes de la declaración de guerra, y que había recogido numerosas firmas (1), puede ser considerada como su canto de cisne. Durante la guerra y a principios de 1871, el movimiento internacionalista está a punto de extinguirse. En el 4 de septiembre, el 31 de octubre, el 22 de enero, su influencia es mínima. La guerra la había desorganizado, la proclamación de la República la desbordó. Las comprobaciones pesimistas abundan en las actas del Consejo Federal (2): «desde el 4 de septiembre ya no se cubren las cotizaciones de las secciones» (Varlin); «las secciones están arruinadas, sus miembros dispersos» (Rouveyrolles); «desgraciadamente, desde el 4 de septiembre, los asociados han olvidado el deber» (Goullé); «desde el 4 de septiembre, los acontecimientos han disuelto La Internacional» (Frankel), etc., etc. Estas declaraciones no se apartan más que uno o dos meses del 18 de marzo. Los lazos entre las secciones y el Consejo están relajados. Varlin declara el 5 de enero: «En otros tiempos teníamos la costumbre de enviar un delegado del Consejo Federal a cada sección todas las semanas; sería conveniente reanudar aquella costumbre.» La proposición fué votada, pero no se aplicó. Tampoco se pondrá en práctica el acuerdo, tomado en la sesión del 19 enero, de convocar al Consejo tres veces a la semana.

Semejante situación determina una paralización de la acción política: «Desde la proclamación de la República, no hemos hecho nada», declara Frankel el 12 de enero. En las elecciones generales del 8 febrero, la Internacional y la Cámara federal de las Sociedades obreras y el Comité de los veinte distritos (3), se ponen de acuerdo sobre una lista de nombres; pero únicamente serán elegidos aquellos que aceptaron patrocinar los periódicos democráticos: Garibaldi, Gambon, Félix Pyat, Tolain, Ma-

lon (1). Frankel analiza en la sesión del 15 febrero este resultado: «Muchos de los socios no se han dado cuenta de las razones que nos hacían poner nombres oscuros en lugar de Luis Blanc y de Víctor Hugo. Queremos hacer llegar a la Diputación a algunos obreros internacionales. Es lamentable que no hayan comprendido el objetivo que debía perseguirse.»

Junto a las dificultades materiales aparecen las incertidumbres doctrinales y tácticas, no menos graves. Unos hablan de «afirmar altamente nuestras reivindicaciones sociales», los otros no quieren más que «unirse a los republicanos para defender a la República en peligro». Mutualismo y colectivismo anidaban aún en el seno de la organización. La soldadura entre lucha corporativa y lucha política estaba lejos de ser conseguida.

La reorganización del Consejo federal

Por lo tanto, la idea de reconstituir la Internacional se imponía. Varlin era un ferviente partidario de ella: «El único medio que tenemos de hacernos fuertes es reorganizar la Internacional», decía el 26 de enero. Y enseguida se piensa en los medios:

- (1) Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, 1929, pág. 68.

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

Liberté — Égalité — Fraternité

Association Internationale DES TRAVAILLEURS

CONSEIL FÉDÉRAL DES SECTION PARISIENNES

Chambre Fédérale des Sociétés ouvrières

TRAVAILLEURS.

Une longue suite de revers, une catastrophe qui menait à la ruine le peuple de Paris, tel est le bilan de la situation créée à la France par les gouvernements qui l'ont trahie.

Amalgamés par les qualités inhérentes pour nous servir de cet élan? Seront-ils dévoués au point de sacrifier sans hésitation la dignité humaine de ceux qui nous ont livrés à l'étranger, et de se réserver d'exemple que pour servir leurs seuls intérêts par la guerre civile?

Les Français fermement ont déclaré la guerre au peuple de Paris, nous sommes nous-mêmes qu'une section française dévouée à la nation.

La patrie d'aujourd'hui est devenue impuissante pour résister à l'envahissement du territoire par l'étranger. Le peuple de Paris, qui a vu ses intérêts sacrifiés, se voit impuissant à se défendre.

L'indignation du peuple a été la seule grande, pendant la guerre civile: c'est à la liberté, à l'égalité, et à la solidarité que l'on a dû demander d'arrêter l'œuvre de la nation, de réorganiser le travail qui est en condition première.

TRAVAILLEURS.

La situation nous impose des principes, elle nous donne aussi le droit de nous opposer à la loi de la nation, nous sommes à la disposition de la nation.

L'indignation du peuple a été la seule grande, pendant la guerre civile: c'est à la liberté, à l'égalité, et à la solidarité que l'on a dû demander d'arrêter l'œuvre de la nation, de réorganiser le travail qui est en condition première.

TRAVAILLEURS.

La situation nous impose des principes, elle nous donne aussi le droit de nous opposer à la loi de la nation, nous sommes à la disposition de la nation.

L'indignation du peuple a été la seule grande, pendant la guerre civile: c'est à la liberté, à l'égalité, et à la solidarité que l'on a dû demander d'arrêter l'œuvre de la nation, de réorganiser le travail qui est en condition première.

TRAVAILLEURS.

La situation nous impose des principes, elle nous donne aussi le droit de nous opposer à la loi de la nation, nous sommes à la disposition de la nation.

L'indignation du peuple a été la seule grande, pendant la guerre civile: c'est à la liberté, à l'égalité, et à la solidarité que l'on a dû demander d'arrêter l'œuvre de la nation, de réorganiser le travail qui est en condition première.

L'indignation du peuple a été la seule grande, pendant la guerre civile: c'est à la liberté, à l'égalité, et à la solidarité que l'on a dû demander d'arrêter l'œuvre de la nation, de réorganiser le travail qui est en condition première.

L'indignation du peuple a été la seule grande, pendant la guerre civile: c'est à la liberté, à l'égalité, et à la solidarité que l'on a dû demander d'arrêter l'œuvre de la nation, de réorganiser le travail qui est en condition première.

L'indignation du peuple a été la seule grande, pendant la guerre civile: c'est à la liberté, à l'égalité, et à la solidarité que l'on a dû demander d'arrêter l'œuvre de la nation, de réorganiser le travail qui est en condition première.

L'indignation du peuple a été la seule grande, pendant la guerre civile: c'est à la liberté, à l'égalité, et à la solidarité que l'on a dû demander d'arrêter l'œuvre de la nation, de réorganiser le travail qui est en condition première.

- (1) Puede verse en *L'Internationale*, O. Testut, 1871, 3.^a edición, p. 279-84.

(2) Las sesiones oficiales de la Internacional de París durante el sitio y durante la Commune, 1872. Estas actas van del 5 enero al 20 mayo 1871.

(3) La Cámara federal de las Sociedades obreras reunía los organismos corporativos, de los que una parte habían enviado su adhesión al Consejo federal de la Internacional. Esta se instaló en la misma casa, calle de la Cordelería, número 6; el sitio es a menudo indicado como plaza de la Cordelería, porque la calle se ensanchaba desembocando en el Cuadrado del Templo. En cuanto al Comité de los XX distritos, véase G. Bourgin, *La Commune de Paris et le Comité central*, en la *Revue historique*, septiembre-octubre 1925, pág. 2. Las relaciones entre este Comité y el Consejo general continúan después de las elecciones de febrero, bastante estrechas. Por una declaración de principios, elaborada a finales de febrero, el Comité de los XX distritos se compromete a «poner todos los medios de que dispone al servicio de la propaganda para la Asociación Internacional de los trabajadores».

Manifiesto de la Internacional y de las sociedades obreras para las elecciones de la Commune



Thiers, por G. Annenkoff

todo el mundo está de acuerdo en la necesidad absoluta de crear «un órgano de la asociación». Se sueña en un diario, pero no se consigue ni siquiera fundar un semanario. En una época en que las publicaciones abundaban, esta impotencia es el síntoma más evidente de la debilidad de la organización. Se acabó por aceptar la utilización de la *Lutte à outrance* (Lucha a todo trance), que Armand Lévy, antiguo agente bonapartista (1), había puesto a la disposición del Consejo federal.

Como primera etapa de la organización, se pensó en modificar el estatuto de la Federación, al que debía reemplazar el que se había adoptado en una Junta general de las secciones parisienses, verificada el 19 de abril de 1870 bajo la presidencia de Varlin (2). ¿Cuál era la diferencia entre el antiguo estatuto y el nuevo proyecto, al que se dió lectura en la sesión del Consejo federal del 15 de marzo?

Se trataba, en el fondo, de poner como base de la Internacional, más bien a las secciones territoriales que a las Sociedades obreras corporativas. El antiguo estatuto no establecía diferencias entre las unas y las otras; el nuevo proyecto decía, en el artículo 2.º: «Las secciones son organizadas en París y en los departamentos del Sena, por distrito, barrio o municipalidad», y en el artículo 8.º: «El Consejo federal está compuesto por los delegados de todas

las secciones federadas». Las Sociedades obreras que se hubieran adherido a la Internacional tenían derecho a enviar un delegado, encargado de representarlas en el Consejo federal (artículo 37), pero así estaban en el seno de la Federación parisién casi en la situación de socios agregados.

¿Por qué esta transformación? Encontramos la explicación en las palabras de Theisz, internacionalista y futuro miembro de la Commune, que declara en el Consejo federal, el 16 de febrero: «Las Sociedades obreras se agrupan difícilmente hoy, las secciones se constituyen más fácilmente; las Sociedades obreras están condenadas fatalmente a la lucha cotidiana del asalariado; nosotros sabemos cuán ruda es esta lucha, cuán embarazosa y absorbente. Las secciones, con un buen espíritu político y social, son llamadas a ejercer un gran dominio en la opinión pública.»

La organización resultaba así de base territorial más que corporativa. Las secciones locales tenían una vida política mucho más intensa que las Sociedades obreras, adhiriéndose colectivamente a la Internacional. El Consejo federal esperaba recuperar así el tiempo perdido, ejercer una función análoga a la de las reuniones populares y las Agrupaciones blanquistas.

Tres días después de la presentación del proyecto, el Gobierno provisional abandonaba París. La reorganización quedó en proyecto. Si se examinan las listas de los delegados presentes en las sesiones, se ve que la Federación parisién estaba compuesta de 24 secciones corporativas (1), 5 Asociaciones mutualistas (2), 2 Clubs políticos (3) y 34 secciones territoriales (4).

Las Sociedades obreras descuidaban las sesiones del Consejo federal mucho más que las secciones territoriales y los Clubs políticos. Una sola Sociedad obrera, la de los orfebres, asistió a ocho sesiones; todas las demás, de una a cuatro sesiones; siete secciones territoriales asistieron a 10-13 sesiones, etcétera. En el conjunto, el cuadro es más pronto alentador: de las 65 secciones y Sociedades adheridas a la Internacional, en las 15 sesiones que se celebraron estaban respectivamente presentes: 22, 17, 15, 14, 6, 16, 15, 20, 24, 10, 30 (23 marzo), 17, 10, 10, 28 (20 mayo).

(1) Joyeros, ebanistas, impresores, litógrafos, marmolistas, orfebres, pasamaneros, pintores murales, tapiceros, tejedores de todas clases, carpinteros de ribera, ceramistas, panaderos, zapateros, cortadores de calzado, mecánicos, dibujantes, encuadernadores, doradores, bronceístas, silleros, tallistas, sastres, cocineros, ópticos.

(2) Restaurant «La marmita», 1.º, 2.º, 3.º y 4.º grupo; social de las escuelas.

(3) Círculo de Estudios sociales: Asociación republicana del barrio VI.

(4) Brantome, Ternes, Batignoges, Poissonnière, Richard-Lenoir, Combat, Couronnes, Roule, Faubourg, du Temple, Faubourg Saint-Antoine, Grandes Carrieres de Montmartre, Est, La Gare et Bercy, Gobelins, Récollets, Vertbois, Vaugirard, Pantheon, Montrouge, Popincourt, Strasbourg, Chateau-Rouge, Malesherbes, Stéphenson, La Villette, (barrio 13), Acacias, Sección Duval (plaza de Italia), Escuela de Medicina, Hospital Luis. Cuatro secciones territoriales, de las que se conocía por entonces la existencia; no enviaron nunca delegados a las sesiones: Vélleville, La Glacière, Sección Flourens (barrio 20), Ivryens.

(1) Sobre el papel de Armand Lévy, véanse las actas del Consejo, págs. 187-188. S. G. Le-français, *Souvenirs d'un révolutionnaire*, 1902, página 472.

(2) Pueden leerse los antiguos estatutos en el *Procés de la Association Internationale des Travailleurs*, 1870, págs. 210-212, en *L'Internationale*, de O. Testut. *L'Internationale*, págs. 106-9; etc. El proyecto de marzo de 1871 está en el acta del Consejo federal, ed. cit., págs. 105 y sig.

La Internacional, el Comité central y la Commune

Las actas de la Internacional parisién, ¿revelan algún presentimiento de los acontecimientos que van a desarrollarse? No se puede contestar más que con una negativa. El 18 de marzo sorprendió a los internacionalistas como a todos los demás. Frenkel creía que el sitio de París por los prusianos no duraría y que se podría resolver así la crisis financiera de la Asociación. Otros, como Goullé, creen que, a la conclusión de la paz, los capitalistas y los industriales lucharán para reducir los salarios de los obreros, y que éstos deben apresurarse a reconstruir sus organizaciones para parar el golpe (1).

Las relaciones entre el Consejo federal y el Comité central de los guardias nacionales, que acababa de constituirse, eran malas. Varlin, en la sesión del 1.º de marzo, ve combatida su proposición de nombrar una delegación cerca del Comité Central, finalmente aceptada a condición de que la acción de esta delegación «será individual y expresamente reservada en lo que concierne a la Asociación Internacional de los Trabajadores en Francia». Varlin, que se revela buen estratega del frente único, trata de persuadir: «Vayamos allá, no como internacionales, sino como guardias nacionales, y trabajemos para apoderarnos del espíritu de aquella Asamblea.» Los otros no quieren saber nada, porque dijo uno de ellos: «Esto se parece a un compromiso con la burguesía» (2).

Y el desacuerdo duró, aunque Varlin, Pindy, Avoine, hijo, internacionalistas, formaron parte del Comité Central. Este, por su parte, adoptó una actitud determinada y reaccionó en consecuencia (3).

Así se comprende por qué ha sido nulo el papel directo de la Internacional en la jornada del 18 de marzo y en la ocupación del Ayuntamiento.

Por lo tanto, inmediatamente después de la formación del nuevo Poder, las discusiones en el Consejo federal reflejan el empuje de entusiasmo que ha reunido alrededor de un puñado de hombres oscuros a la gran mayoría de la población de París. Unos días antes de las primeras elecciones de la Commune, el 23 de marzo, el Consejo federal de las secciones francesas de la Internacional y la Cámara federal de las Sociedades obreras, toman posiciones en un manifiesto, el único que publicaron los internacionalistas (4). Y, a partir de este momento, la solidaridad de la Internacional con la Commune se hacía cada vez más incondicional: los que habían dudado, rectificaban sus afirmaciones prece-

dentes (sesión del 29 de marzo); se decide nombrar una Comisión «que será intermediaria entre la Commune y el Consejo federal»; se reprocha a Malón el haber firmado el manifiesto de los alcaldes contra el Comité Central; se decide la expulsión de Tolain, diputado de la Asamblea Nacional, que «ha desertado de su causa de la manera más cobarde y vergonzosa», y cuando se produce el pronunciamiento de la minoría en el seno de la Commune, el Consejo federal llama a los internacionalistas que han firmado la declaración del 15 de mayo, para que se justifiquen ante él, y les invita, «salvaguardando la causa de los trabajadores, a hacer el máximo esfuerzo para mantener la unidad de la Commune, tan necesaria para el triunfo en la lucha contra el Gobierno de Versalles».

El carácter social de la Commune

Cuando la noticia de los acontecimientos del 18 de marzo llegó a los internacionalistas de la Federación romanda, aquéllos enviaron un emisario a París, a casa de Varlin, con un mensaje. Varlin, cuenta J. Guillaume, «dice que los despachos nos habían dado una idea inexacta de la situación; que no se trataba de una revolución internacional; que el movimiento del 18 de marzo no había tenido otro objeto que la reivindicación de las franquicias municipales de París, y que el objetivo había sido alcanzado; que las elecciones estaban fijadas para el día siguiente, 26, y que, una vez elegido el Consejo municipal, el Comité Central resignaría sus poderes y todo habría terminado» (1).

Este testimonio de Varlin, miembro a la vez de la Internacional y del Comité Central, es decisivo; demuestra bien la ideología comunalista que prevaleció en principio, en reacción contra las mentiras del Gobierno provisional y contra la declaración de guerra de Versalles. También en el discurso de Beslav, en la primera sesión de la Commune, en el ma-

(1) *L'Internationale. Documents et Souvenirs*, 1907, t. II, págs. 133-34.



Un cabaret parisién en el tiempo de la Commune

por Annenkov

(1) Aún se encuentra un reflejo de estas preocupaciones en un manifiesto votado el 5 de mayo, por los obreros de la Joyería. Véase *Murailles de Paris*, 1874, vol. II, pág. 446.

(2) El Comité Central de los guardias nacionales ha sido, para mi concepto, la forma de organización de masa más espontánea que se produjo en este período: allí es donde pueden encontrarse algunos elementos de analogía con los Soviets rusos.

(3) Ante el Consejo de guerra de Versalles, Perrat declaró que después de su constitución (15 de febrero), el Comité Central se alojó en la calle de la Cordelería, «en el local de una Sociedad con la cual estábamos en hostilidad» (La Internacional). El Comité Central pasó enseguida a la calle de Bastoi.

(4) Lo damos en facsímil.

nifiesto de la Commune del 19 de abril (1) y en general en los bandos, periódicos y la literatura de la época, la reivindicación de la autonomía municipal aparece en primer término.

Por lo tanto, si es cierto que el lema de la Commune proporcionaba una palabra de unión para las diferentes corrientes políticas, «una palabra salvadora» (2), sería un error considerar que no se haya tratado de una simple palabra. Surgido de la «fiebre obsidional», del patriotismo herido de la población parisiense (3), desencadenado fatalmente con motivo de la retirada de Thiers a Versalles (4), el movimiento del 18 de marzo dejó tras de sí, enseguida, a todos los que no veían más que la simple reivindicación de las libertades municipales (los alcaldes y los diputados de París). La oposición de la Commune a la Asamblea nacional no fué ya una oposición política, en el estrecho sentido de la palabra: un determinado contenido social se encuentra en ella y la caracteriza.

Los internacionalistas y los blanquistas querían, unos y otros, una República como régimen, que debía preparar y acelerar la emancipación del trabajo. Esta idea constituye el común denominador entre mayoría y minoría, en el seno de la Commune, entre la Commune y el Comité Central. El que lea las actas del tercer proceso de la Internacional, sobre todo el de junio de 1870, verá, cómo declara Varlin: «Sola, la revolución política no sería nada; pero bien advertimos, por todas las circunstancias con que tropezamos, que nos es imposible organizar la revolución social mientras vivamos bajo un Gobierno tan arbitrario como el que nos rige» (5).

Que se lea asimismo la *Patria en peligro* y se verá que para Blanqui una Francia libertada de los prusianos y del Imperio debía «romper los privilegios de la burguesía y abrir las puertas a la Igualdad» (6).

Los internacionalistas todos reconocieron en la Commune «su revolución». Su manifiesto del 23 de marzo considera la declaración comunal como garantía de la emancipación de los trabajadores.

Las secciones locales de la Internacional consi-

deran a la Commune como a su Gobierno (1) y, si la obra social de la Commune aparece asaz moderna, la Commune en sí misma es considerada por la población obrera como el principio de aquella «República social», que internacionalistas y blanquistas habían inscrito en sus banderas.

Y aquel mismo Comité Central, contra el cual se levantará violentamente la minoría internacionalista, redactaba el 5 de abril el manifiesto más radical que apareció en las paredes de París durante la Commune: «Trabajadores —decía— no os engañéis; esta es la gran lucha; es el parasitismo y el trabajo, la explotación y la producción, los que combaten» (2).

De los dos lados de la barricada

La Historia debe reducir a proporciones muy modestas el papel directo de la Internacional en la Commune. Pero esto no significa que la Commune pueda ser considerada como un movimiento exclusivo de reacción patriótica o de autonomismo local. La Commune ha sido una revolución popular, en la cual la conciencia de clase, aunque aún vacilante y sin programa definido, ha desempeñado un papel decisivo.

El economista Dénoyer nos parece que ha comprendido, en su declaración en la Comisión misma, el carácter específico de la Commune; su juicio puede muy bien servir de conclusión a nuestro estudio: «Se empeñan en representar a la Asociación Internacional actuando en su nombre, en los acontecimientos que han preparado y seguido al 18 de marzo. Solamente hay que observar que, por primera vez en la historia de una insurrección, desde el comienzo de este siglo, vemos aparecer en Francia ideas que, evidentemente, son extrañas por completo a la corriente de ideas revolucionarias, tales como se habían manifestado, por ejemplo en 1830 y 1848» (5).

Estas ideas nuevas, Dénoyer se ha dado cuenta, son aquellas en que política y socialismo van íntimamente confundidos.

A. Rossi

(1) *Actas de la Commune de 1871*, edición crítica, tomo I, 1924, págs. 45-7 y 565-7.

(2) C. Talés, *La Commune de 1871*, 1924, páginas 20-1.

(3) Para Thiers, el 8 de marzo era, sobre todo, «el resultado de un patriotismo desorientado». Esta interpretación ha durado mucho tiempo; aun en 1928, el profesor Aulard daba como origen del movimiento «la decepción de un patriotismo irritado», véase M. Rameau, *Comunismo y comunalismo*, pág. 82. Pero se ha exagerado mucho a este respecto; una comunicación de M. Lajusan a la Sociedad de Historia Moderna acaba de reducir, a base de una documentación decisiva, este factor a sus justas proporciones. Véase el *Bulletin de la Société de l'Histoire Moderne*, mayo de 1930, págs. 60 y sig.

(4) Para el papel activo del Comité Central, ver la *Histoire de la Commune de 1871*, de G. Laronze, *La Justice*, 1928, págs. 9 y sig.

(5) *Tercer proceso de la Asociación Internacional de los Trabajadores en París*, 1870, carta de Varlin a Aubry, pág. 22.

(6) A. Blanqui, *La Patria en danger*, 1871, página 221.

(1) Véase el *Journal Officiel de la Commune*, reimpresión, págs. 230, 530, 612. En las *Actas de la Commune*, edición crítica citada, se lee esta comunicación, del 13 de abril, de la Comisión ejecutiva a la secretaría de la Commune: «Todos los días recibimos, verbalmente y por escrito, gran número de proposiciones, bien individuales o bien votadas en los Clubs o secciones de la Internacional. Sería hasta urgente que fuera nombrada una Comisión para examinar estas proposiciones, de las que podría sacar buen provecho la Commune.» (Tomo I, página 516.)

(2) *Actas de la Commune*, ed. crit. cit., pág. 131.

(3) *Investigación parlamentaria sobre el 18 de marzo*. Edición de un solo volumen, 1872, páginas 36 y 433.

Decadencia del sistema capitalista

El problema de los presupuestos, dada la crisis económica mundial, constituye la cuestión palpitante de casi todas las naciones en este momento. El desequilibrio en la balanza de los ingresos y los egresos preocupa a los financieros de la burguesía y a los hombres de Estado, que se ven en dificultades, poco menos que irresolubles, como para equilibrar el terreno perdido a este respecto.

Es indiscutible que la crisis económica mundial es el factor principal de los descalabros financieros; mas es preciso confesar que todos los países, aun aquellos reconocidos como más sesudos, pulcros y más prudentes, han venido procediendo con falta de previsión. Por otra parte, debido a esto, hay que añadir la decadencia del viejo idealismo, por el nuevo que se va gastando, quien le resta a los Gobiernos su confianza, consecuencia derivada de su inutilidad.

Y se explica perfectamente: en lugar de cimentar la fe sobre bases sólidas que engendra el sano optimismo, arriete de trabajo y progreso, los gobernantes han tenido, en buena parte, la ciega confianza de sí mismos, sustentada en cálculos imaginarios, en errores y en injusticias, muchas veces irreparables.

Este fenómeno ya es una enfermedad contagiosa en el Estado capitalista. Como queda dicho, se está operando en todas las naciones, y en las que por su experiencia y espíritu práctico proceden con más cautela, pero impotentes, al fin, como para ganar el terreno perdido, equivocado por fundamento y esencia propia, no tiene miras de solución; ni puede tenerlas desde ningún punto de vista dentro del orden social en que vivimos. Y nos referimos sólo a las naciones americanas, mejor dicho, latinoamericanas, que, a parte de ser jóvenes en edad, pero viejas en tradición y fundamento, ya quizás viendo el fin que se les avecina, han procurado y demostrado, en su mayoría, una tendencia especial a ocu-

parse más de la acción política que de la económica, en el desarrollo de su vida pública.

Las necesidades relativamente escasas de los primeros tiempos, desde su independencia de la dominación española, como países libres, en la acepción burguesa de la palabra, y la riqueza general y de fácil explotación en todos ellos, han contribuido poderosamente al abandono de los problemas vitales. Sujetando todo a las conveniencias han olvidado lo esencial: las bases sobre las que debe sustentarse toda sociedad. Podríamos aplicar este detalle a casi todos los Gobiernos, mas nos limitaremos a esta parte del continente simplemente, señalando, por las causas enunciadas, la torpeza en las finanzas que provocan la desvalorización de la economía y el progreso, si bien se entiende del orden social constituido.

La contratación de empréstitos, innecesarios muchas veces, o de inversión improductiva realizada por varias Repúblicas, cuestión que hoy contribuye a intensificar el malestar entre ellas, es uno de los testimonios más elocuentes. Pero no hemos de detenernos aquí. Lo verdaderamente asombroso es el despilfarro que se hace de los fondos públicos, que significa tajada de lobos, de los lobos que el pueblo elige para que le roben y le asesinen después. La mayor parte de los países sudamericanos tienen presupuestos muy superiores a su capacidad económica y en completo desacuerdo con su población. Los datos que consignamos y que debemos dar como ciertos, aun cuando revelen algo peor que el momento real que representan, pues de seguro no han de estar exagerados, son el claro exponente de la verdad que dejamos sentada. Se refieren estos datos a los presupuestos de 1930 al 31, pero dan la norma corriente. Todos ellos están concebidos en la respectiva moneda de cada país.

NACIÓN	Población habitantes	Gastos administrativos
Argentina, pesos ...	11.442.000	770.736.239'—
Bolivia, bolivianos.	3.103.900	28.500.000'—
Brasil, reis oro ...	40.273.650	1.370.000.000'—
	(dólares,	90.880.000)
Colombia, pesos ...	7.967.800	50.671.552'—
Costa Rica, colones	532.259	32.513.819'70
Cuba, dólares ...	3.607.919	76.754.616'82
Chile, pesos ...	4.364.395	275.848.333'—
Ecuador, sucres ...	2.000.000	64.037.300'—
El Salvador, colones	1.722.579	25.189.146'66
Haití, gourdes ...	2.045.000	40.090.989'60
Guatemala, quetzales ...	2.004.900	13.728.785'—
Honduras, pesos ...	700.811	15.109.638'—
Méjico, pesos ...	16.404.030	298.488.591'15
Nicaragua, dólares.	618.119	7.013.253'99
Panamá, balboas ...	446.098	18.500.934'—
Paraguay, pesos pl.	1.000.000	203.589.965'—
Perú, soles ...	6.147.000	140.304.551'46
República Domini- cana, dólares ...	897.405	9.957.667'—
Uruguay, pesos uru.	1.809.286	64.415.311'30
Venezuela, bolívs.	3.036.878	301.800.000'—

Sin detenernos a investigar las fuentes de riqueza de que dispone cada uno de los países mencionados, trabajo que requeriría mayor espacio y estudio, pero teniendo que aceptar, porque es un hecho indiscutible, que todos ellos atraviesan por situaciones más o menos difíciles, pero difíciles siempre, de la sola comprobación de estos números, entre el de habitantes de cada uno y los gastos presupuestados, resultan éstos verdaderamente excesivos y revelan de por sí el derroche de las rentas nacionales.

A lo expuesto puede hacerse una objeción, tratándose de un estudio comparativo, y sería ésta la diferencia en el valor adquisitivo de la moneda de cada país. Desde luego vemos que varios de éstos. la República Dominicana, Cuba, Guatemala, Nicaragua, Colombia, tienen el dólar como unidad monetaria. Méjico, El Salvador y Honduras, tienen una moneda que representa, con diferencia insignificante, cincuenta centavos de dólar. El colón de Costa Rica se cotiza a 25 centavos de dólar; el sucre ecuatoriano, a 30; el gourdes haitiano, a 306. En otros países las fluctuaciones no permiten dar un cambio determinado; mas, para evitar esa objeción a que nos referimos, vamos a dar la cifra *per capita*, en dólares, que corresponde a cada país:

Argentina ...	28'66
Brasil ...	2'03
Costa Rica ...	15'37

Chile ...	7'69
El Salvador ...	7'31
Haití ...	3'92
Méjico ...	9'10
Paraguay ...	4'33
República Dominicana ...	11'10
Venezuela ...	13'33
Bolivia ...	3'35
Colombia ...	6'36
Cuba ...	31'27
Ecuador ...	6'40
Guatemala ...	6'84
Honduras ...	10'78
Nicaragua ...	11'—
Perú ...	9'11
Uruguay ...	35'—
Panamá ...	41'47

Hasta aquí, estas son las cifras que deberá pagar cada habitante en suelo americano, según el presupuesto de cada nación, y no queremos entrar en detalles respecto a lo que debe pagar cada uno de estos incluyendo la Deuda pública de cada uno de los países respectivos, que alcanza en la República Argentina a \$ 500'— por habitante. Y la Argentina no es la nación más cerca del abismo respecto a las deudas del Estado; hay otros países más perjudicados, por lo que cabe suponer que el monto citado de quinientos pesos por habitante no ha de ser menor en muchas naciones del continente.

II

Un hombre de negocios estadounidense, vinculado a empresas de proyecciones continentales, por lo cual tuvo oportunidad de visitar y estudiar la economía de los países latinoamericanos y de formarse un concepto claro de su desarrollo, de sus actividades y de sus recursos, en una conferencia dijo que es imposible una prosperidad mundial sin la prosperidad de América latina. Sin participar en términos generales de tan absoluta opinión y sin dar al asunto la importancia trascendental que el orador señala, es de convenir que existen razones muy atendibles que abonan este juicio. Y aun cuando consideremos que la economía internacional, o sea la crisis económica reinante, no es más que un mito para engañar a los bobos, por cuanto el restablecimiento económico sólo puede conseguirse mediante la paz, el trabajo y la buena armonía entre los pueblos, a lo que no están dispuestos los Gobiernos capitalistas europeos y

americanos también, pues deberán sacar mejor partido de la situación actual, justo es reconocer que América latina, o bien se adelantó a su tiempo y asiste a su decadencia, o de lo contrario, quedó muy atrás en el grado de civilización con respecto a otras naciones del universo.

Hija del egoísmo europeo y dominada por éste, aun después de su aparente independencia política, heredó todas las taras sociales, económicas, políticas y religiosas.

En los primeros momentos, cuando las naciones de Europa fueron sorprendidas por el hallazgo de un mundo nuevo, América apareció como el hemisferio de los tesoros inagotables, como el almácigo fecundo de las fáciles fortunas. Tras esas visiones halagadoras corrieron centenares de hombres que sólo en parte vieron colmadas sus aspiraciones, y así, cuando no les bastaron las ricas vetas de México y del Perú, las auríferas arenas de cientos de ríos diseminados por todas partes, las perlas del Golgo de Nicoya y de la isla de Margarita, las esmeraldas de Muzo, los diamantes del Brasil, creyeron en los mitos enloquecedores de El Dorado, las siete ciudades de Síbola, la Ciudad encantada de los Césares, y en los mil y un espejismos que cundieron en aquellos días. Con lo real y lo soñado se fantaseó y los verdaderos destinos de la América se olvidaron.

Pero, ¿por qué? Porque los hombres de entonces como los de hoy adoraban a la diosa ganancia y no reían, no podían prever que no hay alegría sin llanto.

Durante los días de la conquista, y particularmente en el período de la colonia, se continúa la explotación de las minas en la misma forma, es decir, sin provecho alguno para los países y ni siquiera para las zonas productoras. Al contrario, se trocaron éstas, cosa racional, en centros de corrupción, en que sólo trabajaba el siervo, se despilfarraban a mano abierta las fáciles ganancias, el lujo con todo su cortejo de calamidades imperaba, y las pendencias y las discordias separaban a los que debían unirse para el éxito. A tanto llegaba el desorden, que la misma nación explotadora no sacaba utilidad de esas inmensas riquezas. Acaso en ningún tiempo como en el de las mayores extracciones de tesoros en América, fué más precaria la situación económica de España.

Y ¿qué ha conseguido América en cien

años de independencia política sino repetir, copiando al pie de la letra, los procedimientos empleados por las naciones europeas? Se ha desasido de unos brazos para entregarse en otros, y la prueba es que América vive alimentada por el exterior, moral e intelectualmente. En lo que comercialmente respecta, todas las innovaciones, todos los adelantos técnicos provienen en su mayoría también de afuera; y si una buena parte se produce aquí es debido al esfuerzo realizado por otros que, animados por idénticos sentimientos egoístas, impulsan debido a ello, y en la medida de su deseo, el progreso comercial del continente.

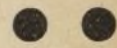
En el orden jurídico, nada se ha creado. Todo se copió del exterior. Los mismos defectos que aquejan a los regímenes europeos son los que padece América. La administración gubernamental es cuestión de cifras. ¿Y es tener senso crítico, mentalidad, inteligencia despejadas, conocer la tabla pitagórica?

Los presupuestos americanos corren paralelos con las administraciones de los demás Gobiernos europeos. Es necesario sostener la máquina estatal a fuerza de dinero que otros debían pagar, quieran o no. Esa es la gran verdad. Por eso al comparar los presupuestos entre las veinte naciones americanas, sólo me ha movido el deseo de exponer con cifras el camino decadente, unos países con otros, en que se van precipitando y precipitan consigo indefectiblemente, como una lógica consecuencia de la bancarrota gubernamental a que están abocados.

Unos por otros, los gobernantes se aferran al Poder. La carrera política es en nuestros días la más lucrativa y la que menos responsabilidades y capacidades exige. Unos por otros, todos se bastan a sí mismos. Es la consecuencia de la hora en que vivimos y el resultado de los grandes crepúsculos que amenazan a las instituciones humanas, síntomas de decadencia cuando en ellas se opera la degeneración.

Campio Carpio

B. Aires.



En defensa de Henri Guilbeaux

Entre el tronar de los cañones y los alaridos de las víctimas; entre los discursos y los falsos políticos y los falsos representantes de las falsas Iglesias, hubo un puñado de «hombres» que desde distintos lugares levantaron sus voces airadas y corajudas contra la malanza y estudiaron los medios para poner diques al torrente devastador de la guerra.

Henri Guilbeaux era uno de los de la falange. Con Román Rolland y otros intelectuales, fundó en enero de 1916, en plena guerra, una revista pacifista: *Mañana*.

Guilbeaux fué condenado a muerte por un Consejo de guerra. Se le condenó por ser pacifista durante la guerra.

Georges Pioch, uno de los raros testigos del proceso instruido, estando Guilbeaux ausente, lo explica así:

«Nadie quiso demostrar su inocencia. El debate fué breve, el golpe fué descargado rápidamente, un hombre condenado a muerte, uno menos... Guilbeaux, humano y consciente, fué condenado, por «traición», a muerte.»

En la revista *Mañana*, que se publica en Ginebra durante la guerra, protestaba airadamente contra las mentiras de la guerra, y llamaba al proletariado para que adquiriera conciencia contra la guerra.

Por primera vez se vieron en esta revista nombres que después fueron célebres: Lenin, Trotsky, Lunatchazsky.

Guilbeaux fué expulsado de Suiza por los manejos de los agentes franceses en Ginebra. En Rusia conoció las primeras horas entusiásticas de la Revolución.

Instalado en Berlín, vivió pobremente, dedicado a trabajos literarios y traducciones.

Después de algunos años se decidió a volver a Francia para pedir justicia a los jueces de París. Los jueces militares, bajo el siniestro reinado de Clemenceau, le condenaron.

Ninguna prueba puede condenarle, y solamente una razón de Estado lo explica.

Guilbeaux debe quedar en libertad.

Todos los que protestan y han levantado sus voces condenando la guerra que se prepara entre las sombras de los Gobiernos y los poderosos del dinero, deben pedir, con ORTO, la liberación de Guilbeaux.

El trabajo que publicamos, de una actualidad imperecedera, demuestra la generosidad y el empeño obstinado de Guilbeaux, en pro de su labor humanitaria y pacifista.

¡Abajo la guerra!

¡Hay que libertar a Guilbeaux!

¿Y mañana...?

VEINTE meses de guerra — veinte meses de cuotidianas carnicerías — veinte meses de destrucciones y dolores inmensos — veinte meses de pena y desesperación.

Acuciados unos contra otros, los pueblos se destrozán. ¿Por qué?

Los pueblos y las casas arrasados, las trincheras colmadas de cadáveres. Las regiones floridas y los prados jubilosos y jocundos, convertidos en interminables y alucinantes cementerios. El progreso rápido y beneficioso de la técnica, al servicio metódico y tumultuoso de la muerte. En los laboratorios de todos los países beligerantes, sabios, químicos, físicos, ingenieros, inventores de todas clases, buscan nuevos procedimientos destructivos con nuevas máquinas de guerra y mezclas inéditas de gases homicidas. Los especialistas, afanados en encontrar nuevos métodos quirúrgicos y antisépticos — al servicio y para una obra de muerte: dar a los heridos el poder que les robó una bala o una explosión de shrapnell. Se fabrican telas, trajes, zapatos, camisas, bujías, pero todo para los soldados, es decir, para la guerra, para la destrucción odiosa.

Se montan escuelas para mutilados, se ingaña para reemplazar los miembros amputados a los soldados por miembro mecánico equivalente. De esta manera, el obrero, conservará la actividad de su oficio y su trabajo manual. La mayor parte de estos hombres reconstruidos, transformados y reeducados ocupan plazas en las fábricas de guerra. El hierro, el acero, el fuego... Los cañones, los caño-

nes... Las municiones y siempre, sobre todo, las municiones...

Ni más Centrales eléctricas, ni nuevas Casas del Pueblo, ni más audaces y sólidas arquitecturas, ni hospitales reclamando a los enfermos y desfallecidos. Nada de esto. Solamente bocas de cañones por todas partes, fusiles apoyados sobre los parapetos, lueñes y profundas toperas por donde circulan como salvajes los protegidos por los cascos y las caretas contra los gases. Cañones, morteros, lanza-minas, granadas, obús, shrapnells; todas las formas, todas las materias, todas las voluntades, todos los hombres absorbidos por la física y la moral...

Destrucción mundial y total — siniestro de la carne —, decapitación de la vida ordenada — ilimitada serie de torturas físicas y morales.

Brutalmente, las mujeres, se ven privadas de su marido, de su amante, de sus hermanos, de sus hijos.

En las regiones invadidas, hombres y mujeres permanecen muchos meses sin noticias de los suyos, sin trabajo y sin recursos. Sin leche, muchos niños perecen, pero, ¿qué importa? Los hombres de Estado, los diplomáticos, los parlamentarios, los periodistas y los fabricantes de la guerra, declaran, amplifican, repiten que hay que llegar.

Las grandes corrientes intelectuales se suspenden, las relaciones internacionales se intrumpan. Las leyes que ordinariamente salvaguardan la libertad del hombre son abolidas y reemplazadas por la dictadura militar y la censura. Se asordina el pensar,

la reflexión y la acción. Se impide la participación, y que los pensamientos, ideas y emociones ensanchen su poder benéfico al ser participados por muchos. ¡Formidable salto atrás!

● ●

¿Y mañana...?

Esta guerra no puede ser perpetua, y habrá que pensar que se ha de terminar algún día. Tiempos vendrán en que faltarán los hombres y los recursos financieros y técnicos. Vendrá un día, en que la paz será impuesta.

Si durante un largo período de paz se ha preparado la guerra, durante la guerra actual será necesario preparar y organizar la paz, una paz duradera. La paz debe organizarse orgánica, técnica y lealmente, no descansando sobre Tratados secretos, compromisos dudosos, provocativas chanzas contra Natura y equilibrios inestables.

Precisa que los especialistas de la paz, renunciando a las propagandas pueriles de antaño, estén firmemente resueltos a que sus decisiones sean eficaces, tangibles y radicales. Es necesario que el mundo entero se interese por la paz, la vigile y contribuya a su establecimiento y perdurabilidad.

«Todos queremos una paz mundial en «amateurs» — escribe H. G. Wells —. Mas, ¿quién toma la iniciativa? El mundo es una solución sobresaturada de paz; pero, ¿existe nada alrededor de lo cual, dicha solución pueda cristalizar? No hay nadie en el mundo a quien incumba la responsabilidad de comprender y vencer las dificultades revueltas. Hay más gentes y más inteligencias dedicadas a la fabricación de cigarrillos, y alfileres y tenacillas para los cabellos, que empeñadas en el establecimiento de una paz mundial permanente.

Hay muchos secretarios extraordinarios al servicio de filántropos americanos...

Todo el mundo quiere la paz. Todo el mundo se sentiría feliz ondeando una bandera blanca con una paloma limpia y alba — siempre que el enemigo no haga un mal empleo de ello — pero no hay nadie que haga la propaganda necesaria para que el mundo se entere de lo que debe saber, poniendo en esta tarea más voluntad y más perseverancia que la que emplearía para vender automóviles de marca acreditada. Todos nos hemos de ocupar de nuestros asuntos personales. Las cosas no se obtienen deseándolas simplemente; se obtienen allanando cuantas dificultades se interpongan.

● ●

Las condiciones de la paz que determinen la conclusión de la guerra, no son el único capítulo que ha de preocuparnos. No. Hay que estudiar también los medios que conduzcan a la abolición de este tremendo azote, creado por el hombre.

Se han preconizado ciertos medios: abolición de la diplomacia secreta, limitación simultánea y progresiva de los armamentos, nacionalización de las industrias de guerra, creación de un organismo internacional, mejor dicho, supranacional.

Se discutirán estas proposiciones. Existirá un laboratorio donde se practicará la búsqueda libre y donde serán convocados todos los técnicos.



La guerra presente (habla de la Gran Guerra) se debe al fracaso de la paz armada y del «Balance of Power»; al fracaso del pacifismo, practicado con «amateurismo» — como decía Wells —. Va con esto el fracaso de los problemas pedagógicos que vienen a demostrar que la instrucción y la educación del niño ha sido irracional, insensata y exenta de sabiduría y de ciencia.

Las cuestiones sociales y económicas están íntimamente ligadas a la paz, y antes de la guerra no se tuvo en cuenta esta ligazón. Después de la destrucción, es necesaria la reconstrucción. Hay que desechar los viejos materiales. Lo viejo tiene gérmenes y microbios nocivos. Precisa edificar y estructurar lo nuevo y robusto, con materiales nuevos y viriles.

En nuestra época dinámica e internacional es imposible aislar las naciones. Los que hoy estén más reacios, serán los que primero reanudarán las relaciones mañana. Hay que destruir las alambradas y avivar la anulación de las diferencias existentes entre los hombres. Lo propagado por la prensa venal y los periodistas poco escrupulosos, sin corazón y sin inteligencia, debe anularse.

«Hermanos de Francia, de Inglaterra, de Alemania, no nos odiamos. Os conozco, nuestros pueblos piden la paz y la libertad...»

¡Cuán verdadera es esta interjección de Romain Rolland, el gran libertador de conciencias, el incomparable sanador de llagas morales!

Busquemos la solución de todos los problemas del mañana y defendámoslos con valentía y entusiasmo, en el vasto y bello terreno del pensamiento.

Miremos, escrutemos el porvenir, y en lugar del odio y perjuicios odiosos, coloquemos el amor a la Humanidad, la Ciencia y la Verdad.

Henri Guilbeaux

● ●

El teatro de los pequeños espectadores de Leningrado

El teatro pedagógico; es decir, el teatro destinado exclusivamente a los niños y a los adolescentes han tenido en U. R. S. S., durante los últimos años, un gran desarrollo. Este teatro, original y de un tipo completamente nuevo, es uno de los hechos más salientes en la vida del teatro soviético.

Teatros de este tipo hay en casi todas las grandes ciudades: Moscú, Leningrado, Khaustov, Kiev, Tiflis, Nijni-Nougorod, Saratov y otras.

El teatro pedagógico de los Soviets se distingue del tipo corriente de los teatros para niños, en que en éste los papeles están desarrollados por actores profesionales.

Se distingue, por otra parte, del teatro para adultos, en que todos sus programas corresponden en su forma y en su contenido al nivel del desarrollo, a los intereses y a los fines particulares de la educación de un curso, es decir, que cada espectáculo está destinado exclusivamente a los niños de una edad determinada.

El teatro de los pequeños espectadores de Leningrado, que figura a la cabeza de los teatros pedagógicos, fué creado en 1922 por un grupo de artistas y de pedagogos, por iniciativa y bajo la dirección del régisseur —actor y pedagogo— A. A. Briantsev.

Desde su primer día este teatro ha organizado la observación sistemática de las reacciones de los niños durante el espectáculo. Estas observaciones sirven de base para el estudio psicológico y pedagógico del pequeño espectador. Este teatro tiene un personal especial, pedagógico, encargado de la observación del público durante la representación y los entreactos.

El Gabinete de psicología del teatro emplea los medios de observación más complejos.

El teatro de los pequeños espectadores busca nuevos procedimientos y nuevas

técnicas de escena. Ha comenzado por renunciar al escenario tradicional, provisto de candilejas y telones al tiempo que a la sala corriente provista de patio de butacas y palcos.

El escenario antiguo ha sido sustituido por un estrado semicircular, y en la sala sólo figura un anfiteatro en semicírculo, donde se colocan los espectadores.

No aspira este teatro más que a crear una vida particular en la escena, al tiempo que con su espectáculo entretener y estudiar a su público, y procurarle, asimismo, emociones que representen un interés pedagógico.

El repertorio ha recorrido durante nueve años un camino bastante complicado, partiendo del cuento popular «Koniok borounok» (El pequeño caballo jorobado), ha llegado a la obra moderna, soviética, en la cual se tratan temas sociales y políticos.

Las obras hechas de adaptaciones de las obras clásicas de la literatura para niños, han jugado un gran papel en el repertorio. Mencionaremos algunas: *Les Aventures de Tom Sawyer*, de Mark Twain; *La casse de l'oncle Tom*, de Beecheu Stowe; *Le Prince et le Mendicant*, de Mark Twain, y *Don Quichotte*, de Cervantes.

El repertorio del teatro se divide, según la edad de los espectadores, en tres ciclos:

1.º Espectáculo destinado a la infancia preescolar (6 a 8 años). El teatro de los pequeños espectadores tiene para los niños de esta edad un guiñol. El interés que se persigue es el de proporcionar a los niños un juguete; además el guiñol prepara a los niños para que sean ellos mismos quienes muevan los muñecos.

2.º Espectáculo para la primera infancia escolar (9 a 11 años). Estos se representan ya en el escenario.

3.º Espectáculos para los escolares ma-

yores (12 a 15 años). En sus repertorios figuran, entre otras, obras de la época clásica: Ostrovski, Tolstoi, Schiller, Molière, Calderón, etc.

El teatro pedagógico, en el que vemos uno de los instrumentos más activos para la educación política y social, no podía dejar sin reflejar en su repertorio los problemas que «la edificación del socialismo» ha tenido y tiene en la actualidad. Así, mientras hay obras como *La mine de Timochta* y *Le Notre*, que recuerdan los tiempos de las guerras civiles, otras como *Il en fut ainsi*, que reflejan la lucha contra el antisemitismo; y hay otras como *En pleine voie*, que traducen el entusiasmo por la colectivización agrícola.

El teatro de los pequeños espectadores ha establecido un estrecho contacto con sus espectadores. Bajo su dirección se organizan reuniones periódicas, a las que asisten representaciones de las escuelas y de los pioneros. En estas reuniones —que se verifican en el mismo teatro— se estudian las obras y se discuten las nuevas técnicas.

Los pequeños delegados se reúnen cada mes para discutir con pasión, sometiendo su teatro a una crítica seria y razonada. Artistas, *régisseurs*, actores y pedagogos ponen una gran atención en estas asambleas, pues ellas les permiten mejorar sus conocimientos y sus observaciones sobre los pequeños espectadores.

L. Makariev

Moscú, junio

(Versión castellana
de Alvaro Arauz.)

Los siete negros de Scottboroog

Nuestros lectores no habrán olvidado el terrible *affaire* de los negros condenados a muerte en 1931, por un supuesto delito de violación, cuya sentencia se confirmó por el Supremo de Alabama, en 25 de marzo de 1932.

Sin embargo, debido a las formidables campañas de la prensa avanzada mundial, campaña a la que ORTO ha contribuido repetidas veces —en el número anterior hablábamos de ello—, tenemos la satisfacción de comunicar que el Tribunal Supremo acaba de anular la condena dictada de las siete penas de muerte.

Esto no se hubiera conseguido sin la enérgica intervención de la prensa proletaria, y sin las violentas y repetidas manifestaciones públicas del proletariado americano.

Y qué pensar de aquellos periódicos, llamados de izquierda, que ni siquiera han tenido el gesto humano de defender causa tan noble como ésta.

El silencio es el cómplice del verdugo.



Una obra curiosa:



LATOMIA

**Primer volumen de la colectánea
masónica publicada en España**

Comprende interesantes trabajos sobre historia de la masonería, su música, arquitectura, exégesis, biografías de los grandes masones, simbolismo, ritos, filosofía, arte, anécdota masónica, etc.

Precio: 5 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



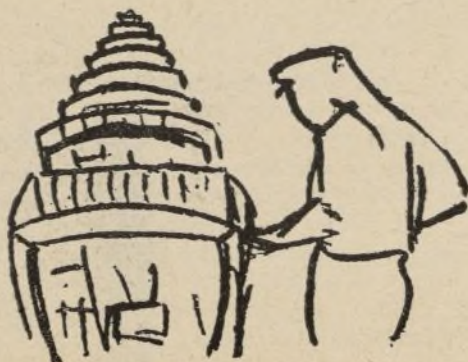
Como he trabajado a la "Cadena"

Albert Goulillou

Se ha escrito y escrito mucho sobre las fábricas Ford, sobre la racionalización, sobre el famoso «sistema» y sobre la «cadena». Pero no teníamos ningún testimonio vivo de un obrero que hubiera sufrido en sí mismo, en su carne y sus músculos, el sistema Ford en Francia. He aquí ese testimonio...

CÓMO queréis que hayan historias en la casa Ford? Allí todo se arregla con la cadena, sólo se conoce la cadena, no se trata más que de ella. Se somete o se dimite. ¿Los contramaestres? ¿Los inspectores? ¿Los jefes de equipo? ¿Los jefes de talleres. Esos son los portavoces de la cadena, nada más. Tenéis la segunda capa de superficie a pasar sobre las carrocerías. Cargáis demasiado. Eso ocurre. No hay mucha claridad en la cabina. La aspiración es mala. Una nube roja os envuelve. Y los pigmentos no son buenos para respirar. Vuestra pistola engrasada salpica. También estáis todos llenos de grasa, hasta por dentro. Carraspeáis para limpiaros la garganta y carraspeáis. Los coches se siguen. No tenéis tiempo de limpiar vuestra pistola. Os enerváis. La cadena sigue su movimiento. Es necesario seguirla. ¡Pchuit!, ¡pchuit!, ¡pchuit! La pistola salpica y salpica de la mejor manera. Ahora va a ser el drama. Y esta mano que pesa. Este puño que se rompe. Y pensar que aún hay para dos horas de tener esta pistola en mano. Este puño que se rompe. ¡demonstre! Total, que no tenéis vuestro útil en la mano. Habéis cargado demasiado la capa. A la carrocería siguiente cambiáis de táctica. Temiendo poner demasiado apresto no ponéis el suficiente. Los coches están ya en el túnel de secado. Aires calientes. Ya han salido a la otra parte. Los pulidores están allí repasándolos como fieras. Esponjas y papel de esmeril. Y frota que te frota. Tienen los brazos en biela. A cada sacudida del brazo la cabeza se balancea sobre el pecho, como si estuviera medio despegada. Las capas, excesivamente cargadas, les dan demasiado trabajo. Ha pasado el tiempo. El segundo coche muestra sus narices fuera del

horno. Hay que descolgarlo y hacerle sitio y hay que colgar el precedente a la cadena de pulimentado. Y capa de laca. Sobre el apresto demasiado espeso. El disolvente de la laca despeg el apresto. Esto no se ve de momento. Mas tarde se agrietará. O a otro pulido; habrá remiendo. O habrá falta de adherencia por placas. Y frota que te frota. Pero la cadena de pulimento ha tenido un vacío. ¡Juzgado! Pero, ¿el inspector de cadena ha visto una grieta después de la segunda capa de esmalte en frío? ¿De dónde viene? Está averiguado. Apresto demasiado cargado. Bronca a los aprestadores. A la próxima, borrado de los cuadros. El segundo coche es pulido en un abrir y cerrar de ojos. La plancha aparece allí, donde la capa de apresto era demasiado fina. La laca no podrá adherirse. Nada de retoques. Si es grave, limpiar y devolver a la cadena de apresto. Vacío en la cadena. La cadena se queja. He aquí todo lo que se puede discernir del trabajo en casa Ford, cuando se está en una de las cabinas de apresto con un tipo enmascarado por vecino, enmascarado como usted y otros autómatas rápidos, tan extraños a usted durante el trabajo como cualquier otro mecanismo. En cuanto al jefe, ni siquiera es de vuestra raza. «¡Al-ló



Ayuntamiento de Madrid



cadena, nos preguntábamos si aquello era verdad. Volvimos a encontrarnos en el lavabo. Teníamos ganas de descargarnos en palabras del peso de aquellas ocho horas de trabajos forzados. Y, sin embargo, no nos decíamos nada. Nos mirábamos y sentíamos ganas de reír, pero no teníamos ni siquiera el recurso de la risa. Estábamos tiznados como desollinadores. Teníamos un velo de pintura sobre el rostro. Teníamos un emplasto negro sobre los ojos y alrededor de la boca. Llevábamos aún nuestras caretas pendientes del cuello. Su caucho se nos había fundido sobre la cara, tanto disolvente había en el aire de nuestras cabinas. Estábamos maravillados de haber salido de aquella nube de pigmentos y acetatos. Pusimos la cabeza bajo el grifo para limpiarnos la cara. Las manos se negaban a recuperar su blancura. Se preguntaban si nos íbamos a ir lisa y llanamente tal como estábamos, con nuestros buzos; no quedaban ya fuerzas para subir al vestuario y mudarse. ¿Si nos hubiéramos marchado con nuestras caretas al cuello? ¿Hubiéramos hecho un efecto! La gente hubiera dicho: «Pero, ¿de qué guerra vuelven estos?»

Al ritmo de la cadena

A la salida, el portero nos interpela con acritud. Decía que nos habíamos retrasado para ganar media hora en la tarjeta. Pensamientos de perro.

Durante las dos jornadas que siguieron, fui ocupado en pulir y pintar. Estaba muy justo, si es que llegaba, el tiempo para hacer casi apropiadamente el trabajo en cada coche. Las carrocerías se sucedían, tocándose unas a otras. Parecía que la cadena iba cada vez más de prisa. Debíamos esta impresión a nuestra fatiga. El inspector, el jefe de equipo, el contra maestro, nos hostigaban tanto como ella, lo que hacía adelantar las cosas. Parecían sentir que no fuéramos por completo al ritmo de la cadena. Temían que un inspector de las cadenas siguientes descubriera fallos. Súbitamente se sentían ganas de tirar las herramientas y marcharse. El acceso nervioso pasaba. Se volvía a poner uno a sudar. Insistían como avispa. Se adoptaba el sis-

tema de darles la razón. Invariablemente se respondía «Sí», conteniéndose para no gritarles «¡Mierda!» Sin embargo, no tenían caras de mala persona. Estaban cogidos en el engranaje. Cada vez que me asaltaban las ganas de huír, contaba: «Ocho veces nueve, setenta y dos.» Setenta y dos francos: siempre era bueno ganar esto. Había que acabar la jornada.

De cuando en cuando nos buscábamos con la mirada. Hacíamos «uf». Nos lanzábamos una sonrisa desengañada. El jefe, un americanote que tenía la gracia de un gorila, corría hacia nosotros con paso simiesco, y levantando una de sus largas manos pendientes, que casi le tocaban los pies, nos señalaba la cola de coches lanzando un ladrido intraducible. Por lo menos habíamos tenido tiempo de quitarnos la careta. El esfuerzo había crispado las facciones. La fatiga parecía haber fundido los ojos. No había más que una pasta gelatinosa llenando las órbitas. Los pulidores no se pasaban siquiera la mano por la cara para enjugarse el sudor. Los pistoleros renunciaban a sus caretas que los ahogaban sin protegerlos. Todos tenían cabezas de forzado. Yo sentía que comenzaba a semejarles. Nunca me había imaginado que se pudiera hacer trabajar así a los hombres, si no habían, por lo menos, asesinado. Jamás había podido creer que el trabajo pudiera convertirse en una cosa tan terrible. ¡Y, sin embargo, yo había sido contra maestro!

En el fondo, todo esto no tiene gran interés. Sólo es en la casa Ford donde se revienta. Evidentemente, se tiene el consuelo de hacer coches sólidos. Tened un incidente que iba a olvidar. El día de la visita médica. Todos los contratados de la semana. Seis. El ordenanza — un americano — nos mira desdeñosamente y con una voz imberbe — su voz nos producía realmente la impresión de ser imberbe como él. «Desnúdense ustedes.»

Seis camisetas en el aire. Seis hombres desnudos. El doctor llega. Nos lanza una mirada por encima. Mira al ordenanza.

—¿No hay más que los seis éstos?

Yo no sé cuál fué la impresión de mis vecinos, pero sé que aquel «éstos» no lo olvidaré jamás.

—¿No hay más que los seis éstos?

¡Buenos para la usura!

En efecto, no habían ya seis hombres. No estaban ya allí don Juan Brenot, don Gustavo Planché, don Marcelo Fevrier y otros; no estaban ya el ciudadano Juan Brenot, el ciudadano Gustavo Planché, el ciudadano Marcelo Fevrier; eran el 515 de la cadena de montaje de chasis, era el 312 de la cadena de lavado, era el 276 de la cadena de apresto, era el 786 de la cadena de rematado de carrocería. Eran seis eslabones de cadena. ¿Cómo designar aquello? Seis formas de hombre con buzos azules, con gargantas anónimas, con corazones anónimos, esperanzas anónimas y pies anónimos. ¿Los seis «éstos»? ¿No es eso? Estamos de acuerdo. Y no es porque estuviéramos en cueros por lo que habíamos vuelto a ser Adanes. El señor doctor no tenía que juzgar según la medicina humana, sino según la medicina Ford, y hasta desnudos, llevábamos en reflejo sobre nuestros pectorales el número de nuestra plaquita grabada.

Hubo un despedido. El de más edad de nosotros. Tenía defectuoso el corazón. Nada de cardíacos en su puesto. El hombre se había presentado en

casa Ford después de haber pateado las aceras durante algunas semanas. Nada de empleo en ningún sitio. Ford, el último recurso. Sabía bien que no podría estar más que hasta la visita, si el doctor descubría la debilidad de su corazón. Sin embargo, abrigaba una esperanza de humanidad por parte del doctor, es decir, de la parte de Ford. Su colocación se le escapaba de la mano. Le vimos palidecer. Marchó al vestuario sin decirnos ni adiós. Hubiera sido inútil suplicar. El médico se pasó la mano por los ojos con tristeza. Nosotros nos restituímos a nuestras cadenas. Nosotros éramos buenos... para la usura.

Una visita

Otro incidente. Una tarde. Hacia las tres. La visita de la fábrica. Una pequeña caravana de bobos entre las cadenas. Nosotros no los mirábamos. Nada interesante eran aquellas gentes. Sus maneras de venir a mirar trabajar a los otros, ni hasta para instruirse. Si estaban demasiado rato mirándonos, sentíamos sublevarse nuestros nervios. Después nos dábamos cuenta. No es que venían por nosotros. Acudían para rendir homenaje al genio y a la gloria de Ford. A su edad bien se le debe esto. La misma tarde ya nos habrían olvidado a todos, para celebrar su genio y ensalzar «la admirable organización de una fábrica americana». Y, después de todo, es necesario que hayan obreros. Pero, incidente mínimo. Entre los visitantes, una joven. Bien plantada. Sencilla y muy elegante. Claramente voluptuosa e inteligente. Yo estaba en el fondo de mi cabina, en medio de una nube opaca de pigmentos oscuros, sucio de pies a cabeza, el gorro bien hundido hasta los ojos, el cuello levantado, el cinturón bien apretado, la careta sobre las narices, la pistola al puño. Un conjunto completamente feroz. Turón bien apretado, la careta sobre las narices, la cabina, al encuentro de un cascarón de conducción interior. La joven me vió salir de la sombra con estupor. La miré unos segundos como ella me miró. Me quitó la careta, como para demostrarle que, bajo aquella máscara infernal, había aún un hombre. Me parecía que hacía aquella demostración en nombre de todos mis camaradas. Sus ojos se llenaron de no sé qué turbación. Puede que estuviera a punto de descubrir lo que eran los obreros. Eso se descubre a toda edad. Hay también quien no lo descubre nunca. Ella no prestaba ninguna atención a las explicaciones del guía. Me pasó un trapo por la cara y aparecí más claro. Ella me miraba siempre. Tomé un litro de leche y bebí a grandes tragos. Su mirada bajó. Quedó inmóvil, pensativa. Sin duda la conmovió el ver que se bebía también a grandes tragos la leche como contraveneno; la misma leche que, por la mañana, hacía las tranquilas delicias de su desayuno. Volví a ponerme la careta sobre el rostro. Ella me miró rápida para ver, aún una vez, mi rostro de hombre. La visita se alejó.

¡Esto es hermoso, la ciencia!

Esta vez, un pequeño drama. Un día, no sé cual. Pleno rendimiento de la cadena. Un cascarón de torpedo tiene un gran balanceo. Rasca el suelo con su trasera. Suelta ecos de plancha y queda pendiente por su parte anterior. Toto, mi vecino, sale de su cabina y mira si no es la cadena de suspensión lo que ha cedido. Se quita su careta y me lanza una sonrisa.

—M... ¡Qué oportunidad!

Era la cadena que se había roto. Toto repetía:

—¡Descanso!, ¡descanso!, ¡descanso!, ¡que no ha sido robado!

Los jefes vienen a discutir el caso, bajo de la cadena. Hacen grandes gestos patéticos. Nosotros no tenemos seguramente el aspecto de darnos cuenta de la gravedad de la situación. El contramaestre binca hacia nosotros y se nos queda mirando fijamente. Nosotros estamos demasiado laxos para tratar de ocultar nuestras impresiones. El grita:

—Ha~ para media hora.

—¿Y qué?

Le respondemos esto con todo nuestro corazón. ¡Seguramente que va a perder la cabeza! Se pone a recorrer nuestras cabinas como un loco.

—Hay para media hora!

—¿Y qué? — una vez más.

El americano simiesco viene a hacernos una mueca consternada en las narices. A su llegada, el contramaestre vociferó:

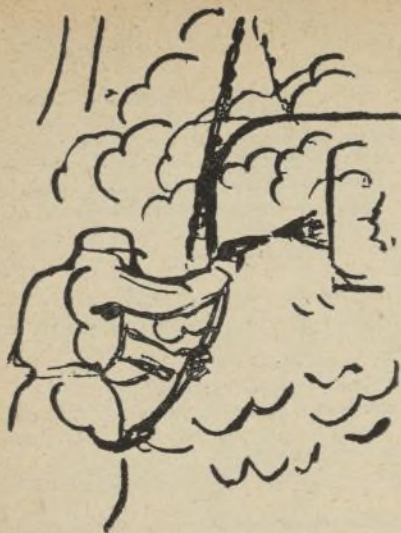
—Entonces, ¿vais a estar media hora sin hacer nada?

El americano da media vuelta satisfecho. El contramaestre ha comprendido que el honor de la América está comprometido. Me salta encima, me toma de un brazo, aprieta como un cangrejo y me lleva a paso de carga al pulido de los capós. Esponja, cubo, papel de esmeril y capó y capó y diviértete. ¡Nada más que por el gusto de ver a un tipo frotar! ¿La cadena se para? Sea, pero los brazos, esos no se pararán. ¡En qué pararía el ritmo del conjunto del taller! No resulta de ninguna utilidad echar mano a los pulidores de capós, puesto que, habiendo parado la cadena media hora tienen media hora para liquidar su trabajo, lo que no les ocurre muy a menudo. Pues bien, eso no es cierto. Están de tal manera desbordados en el pulido de los capós, que no sentirán el beneficio de esa media hora. Poned un hombre más entonces — piensa usted —. Principio físico. Sacar el máximo de un hombre. ¡Esto es hermoso, la ciencia!

¡Gira, cadena!

Aquella tarde tenía yo los nervios de punta. Me había prometido zurrar a alguien para calmarme. Y aquel deseo era tan imperioso como la sed, el hambre o el amor. Me olía cada vez más que iba a





romperle la cara a Pedro, el contraataque. Nada más que por la jugarreta de los capós. Y aquello iba a ser una paliza soberana. ¡Qué estallido fulminante! Uno de esos estallidos que un día podría alcanzar muy bien a cien mil y algunos cien mil más. Le alcancé en el muelle. La fatiga de la jornada lo había encogido. Llevaba un gabán de modesto corte y un sombrero negro, como el que llevan los labriegos para ir una vez al año a un entierro. En su bigotillo cepillado llevaba una melancolía casi simpática. Me hizo entrever cuán lastimoso estaría un Charles Chaplin en un papel de contraataque. ¡Pero llevaba tan burlescamente su tristeza! Me lo imaginaba deambulando con un anuncio en la espalda.

—Señor Pedro.

Sus facciones estaban grises y rígidas. Sus ojos neutralizados.

Su sombrero se mantenía tan chuscamente sobre su cabeza, que se le hubiera creído plantado sobre sus orejas. Estaba conmovedor y delicioso. ¡Pobre marioneta! Me entraron ganas de cogerlo en brazos y acariciar sus miembros de madera de polichinela desamparado. No, no era aquél hombre al que se pudiera odiar.

Al día siguiente estaba calmado, y al encontrarme de nuevo en la cadena, tuve como un canto de resignación furiosa que sentía ganas de entonar a gritos. Mis dientes se apretaban con fuerza apenas suficiente para impedir escapar a las palabras. ¡Y gira! — decía yo —, ¡gira con tu regularidad magistral!; ¡gira con tu débil murmullo rechinante y sordo; ¡gira con tu rumor, en tu monotonía horripilante! ¡Hola! ¡Semiautomata! ¡Formas de hombres, paquetes de músculos, ropas sucias y rígidas, semiautomatas silenciosos y rápidos, camaradas de los ojos de vidrio impuro, hola! ¿Marcha eso? ¡Y gira, cadena! ¡Morded, dientes de la cadena! Morded los días, nuestros días, nuestras vidas, la vida, como las ruedas de molino; gira cadena insípida sobre la cadena sin alma de los autómatas; gira bestialmente sobre nuestras cabezas, como una corona voltijante que apretara todas estas sienes, que las pulverizara con todos sus dientes, con todos sus florones, como una cadena de hierro de las torturas inquisitoriales. ¡Abjura el espíritu! ¡Yo giro!

¡Abjura! ¡Yo aprieto! ¡Yo muerdo! ¡Gira bestialmente sobre las cabezas de nuestra bestialidad; gira por el oro y por la muerte, con tu rumor sin acento; gira, pobre mecanismo lógico y genial, pobre maravilla que no has sabido inspirar a los hombres su ronda, su canto. No existe aún la canción de la cadena! ¡Nada nuestro te hemos dado! ¡Gira, pobre cadena, gira pesadamente, trabajosa, cargada, esperando que gires de vacío. Tu giras ya sobre el vacío de nuestras cabezas!

¡Aquello era un mal síntoma! ¡Al día siguiente ya estaba! Ya lo había enviado todo a rodar. El 580 cadena de apresto se había sublevado. Yo estaba en no sé qué estado de sensibilidad, cuando mi mirada tropezó con un rostro de pulidor inundado de sudor. El sudor corría a arroyos por su faz. Yo miraba las otras cabezas, con ojos que yo nunca me había conocido. Era como si por primera vez hubiera sentido todo lo que aquellas caras expresaban, de laxitud y sufrimiento. Aunque ellas no expresaran nada. Me había hecho demasiado cariñoso con ellos, esa es la expresión. El contraataque estaba hecho una fiera. Estaba loco, verdaderamente loco. Los jefes de equipo reflejaban su locura y se azoraban de tal modo, que no sabían ya lo que se hacían. Yo oía rechinar las rodillas. Se hubiera dicho que los riñones hacían ruido al doblarse. A la siguiente semana, yo tenía que pasar a jefe de equipo. Había sido contratado para ascender hasta el puesto de contraataque, después de trabajar unas semanas como obrero. Tenía buenos informes. Pero, de repente me puse a rehusarlo todo. No podía aceptar el tratar a aquellos pobres hombres como a presidiarios; no habían hecho nada para eso, y yo no quería quedarme como obrero, porque — aunque corriera el riesgo de morirme de hambre — quería salvar la lucecita del espíritu que se quedaba en el cráneo. Pasé a caja a liquidar.

Apenas fuera, me entraron ganas de volver junto a mis camaradas. Me parecía despertar. Sentía el corazón oprimido por dejarlos en aquel infierno.

En cuanto al «Ford» no deja de seguir siendo un coche muy bueno...

(Reportaje y dibujos
de ALBERT SOULILLOU.)



Una encuesta por la paz

(«Les Voies de la Paix», de E. Relgis.) (1).

LOS más altos representantes de la cultura europea e intercontinental han respondido a esta encuesta, organizada por el infatigable pacifista y admirable escritor rumano Eugen Relgis. Son ciento cincuenta voces vibrantes y poderosas que se han expresado con vehemencia y viril acento contra el espantable espectro de la guerra. Romain Rolland, Enrique Barbusse, Enrique Mann, H. G. Wells, Max Nettlau, Han Ryner, Upton Sinclair, Rabindranath Tagore, M. K. Gandhi, Emil Ludwig, Víctor Margueritte, Stefan Zweig, Waldo Frank, Albert Einstein, Selma Lagerlöf, Philéas Lebesgue, etc., etc., han respondido a este llamamiento con una unanimidad fraternal que conmueve y admira. Relgis ha recogido estas voces dispersas, vibrantes, apremiadoras y las ha reunido en el aprisco acogedor y fraterno de un bello volumen que en lengua alemana ha hecho su aparición en Heide in Holstein (Alemania). El volumen, rebosante de fe y de entusiasmo pacifistas y de condenación a la barbarie guerrera, va avalorado por un sucinto y sugestivo prefacio del insigne pacifista y escritor francés Romain Rolland, que reproduzco a continuación, en la certeza de que despertará el interés y la gratitud de cuantos leyeran estas líneas. Helo aquí:

«...Lo que me parece más urgente es dejar a un lado, por el momento, toda doctrina y realizar la entente sobre un acto preciso, un «¡No!» colectivo, pues la guerra es un acto y no una doctrina. Y cuando se afirme, no se tratará de discutir, como en Bizancio, sobre el sexo de los ángeles. Habrá que decir enseguida: «¡Sí!» o «¡No!» a la guerra y aceptar, desde ese momento, todas sus terribles consecuencias para sí y para los suyos.

»Pero antes de aceptarlas, sería menester haberlas considerado. Y esto es lo

que no se ha hecho en parte alguna, que yo sepa, quizá porque nadie se ha atrevido a hacerlo. No hay que engañarse ni permanecer en lo indeterminado. Es preciso examinar casos concretos para cada uno de los pueblos en causa.

»Sería necesario salir de las cuestiones abstractas y enfrentar el espíritu con las más crueles eventualidades (huyó la idea de esto). La movilización pacifista tiene necesidad de grandes maniobras previas del espíritu para repasar los papeles...»

Los Caminos de la Paz, la obra que da origen al presente artículo, constituye el más sincero exponente de las conciencias más libres y más selectas de diversos países de Europa, de Asia y de América. Cada una de estas personalidades expone sus puntos de vista e indica los medios más eficaces para llegar al establecimiento de una paz permanente y universal, haciendo imposible que el terrible virus bélico contamine de nuevo a las naciones y a los continentes, envolviéndolos en el albo y suavísimo cendal de la paz, del amor y de la concordia humanos. Relgis ha desparramado los cuestionarios de su encuesta por muy variados países, ha hecho llamamiento a las conciencias más dispares, y como un sembrador gigantesco y lleno de noble audacia, ha lanzado sus interrogaciones de paz, de fraternidad y de concordia por todos los campos y por todos los surcos que antes abriera el formidable arado de su pensamiento fecundo. La germinación no se hizo esperar y la cosecha, ópima, exuberante, colmó los trojes de sus esperanzas y de sus anhelos. «Si las tres cuartas partes de las personas solicitadas —dice Relgis en sus *Comentarios* a esta encuesta, que van insertos al final de la obra— han respondido, es de suponer que la paz les preocupa no solamente como intelectuales, sino también como hombres de acción. Algunos, impedidos por una enfermedad o por la «falta de tiempo», no han podido hacer su respuesta, a pesar de su buena voluntad evidente. No hay que olvidar, sin embargo, el silencio de algunos otros. Es significativo. Una respuesta escrita compromete. Pero, con frecuencia, el silencio traiciona también al pensamiento. Me he dirigido a todos los

(1) Edición alemana: *Wege zum Frieden*. Editor, Paul Riechert, Heide in Holstein. 280 páginas. Precio: 2'80 marcos el volumen en rústica, y 3'60 marcos, encuadernado.

representantes de la vida pública y cultural y también aquéllos que son conocidos por ser adeptos de la violencia. Estos últimos han preferido callarse. Algunas respuestas «diplomáticas» son sumamente significativas: éstas se hallan en su lugar en la encuesta. ¿Quién se atreve, pues, a proclamar hoy ante la opinión pública que la fuerza es la *ultima ratio*, no sólo de los reyes, sino también de los dictadores de derecha o de izquierda...? Faltan las respuestas de los que aún mantienen su fe en el viejo militarismo de los reaccionarios, y asimismo las respuestas de los que preparan «el militarismo rojo» a fin de dar a la Humanidad la dicha sangrienta de un nuevo dogma político...



Hemos de confesar nuestra contrariedad al no ver en esta encuesta respuestas de intelectuales españoles. ¿Es que Relgis les ha enviado su consulta y no se han dignado responder? ¿O es que no conocía direcciones de intelectuales españoles y, por tal causa, no ha enviado cuestionarios a la intelectualidad hispana? Es de suponer que hubiese ocurrido esto último. Tengo también la creencia de que en la época (principios de 1930) en que Relgis inició esta encuesta no se había despertado en España el sentimiento pacifista y humanitarista que ahora se despierta con admirable vigor y pujanza. Ultimamente, el llamamiento lanzado por el Comité Internacional contra la Guerra, presidido por Romain Rolland, ha hallado el eco más entusiasta y favorable en las libres conciencias españolas, y una ola de pacifismo, de humanitarismo y de odio a la guerra, al imperialismo y al militarismo invadió una parte considerable de nuestro país, donde los corazones latieron al unísono de aquellos que, allende las fronteras pirenaicas aspiran a una era inacabable de paz y de concordia universales, desterrando de los espíritus la vesania roja de la guerra y predicando el odio santo a las horribles matanzas humanas, que no tienen justificación ni finalidad alguna a no ser el lucro personal de los campeones de la ambición y de la egolatría, de los grandes mercaderes e industriales de instrumentos de muerte que, en complicidad con políticos de turbia conciencia y de alma encanallada, no sienten el menor escrúpulo ni re-

mordimiento ante la dantesca visión de las grandes masacres en que hombres que no se conocen ni sienten entre sí la menor aversión personal se mutilen ferozmente, como grandes manadas de lobos atacados por la hidrofobia bélica, mientras que detrás de los campos de muerte, a muchos kilómetros de distancia, los magnates de la industria, los míseros logreros y los políticos depravados, los verdaderos responsables de tanto crimen y de tanta catástrofe, sonríen avaramente ante el raudal de oro que, amasado con la sangre de los que se revuelcan y agonizan entre el lodo de las trincheras, va a llenar sus arcas tan insaciables y tan ilimitadas como su inhumana ambición.

Ya era hora de que la España democrática y humanitarista, con lo más florido de su intelectualidad al frente, se incorporase a las masas antimilitaristas y antiguerreras de Europa, y congratulémonos de que no sea una excepción más en este grandioso movimiento internacional.

Estoy seguro de que si Relgis repitiese o quisiera ampliar su encuesta e hiciese llamamiento a la intelectualidad española, lo más selecto y lo más preclaro de nuestro mundo intelectual figuraría entre las más prestigiosas y relevantes figuras de la intelectualidad europea e intercontinental.

De lamentar es que la hermosa obra colectiva *Los Caminos de Paz* no esté publicada en español para que fuera conocida de la gran masa pacifista y antiguerrera que hoy consagra sus entusiasmos y sus energías para impedir que se repita la inmensa tragedia que en los fatídicos años 1914-1918 puso en grave peligro a la civilización europea. Pero abrigo la esperanza de que no tardando mucho tiempo la meritoria y admirable obra iniciada por el insigne amigo Relgis y constituida por un numeroso grupo de relevantes inteligencias de diversos países figurará en los escaparates de las librerías españolas como un símbolo de paz y como un trofeo de concordia universal.

Entretanto, felicitamos con la mayor efusividad a Eugen Relgis, por el acierto y entusiasmo por un noble ideal cual supone su grandiosa encuesta, y hagamos votos por que cuando sea conocida en nuestro país obtenga la favorable acogida que sin duda ha obtenido y está obteniendo en los países en cuya lengua se expresan las grandes inteligencias que han aportado su

concurso para la formación de esta valiosísima obra pacifista.

Y, para terminar, cerremos estas líneas, como con broche de oro, con las palabras finales de Relgis en sus *Comentarios* a esta gran obra colectiva: «... Y en este universo de hierro y de hormigón, de electricidad y de velocidad, en este universo construido sobre la Idea y aspirando a la Divinidad, ya no hay lugar para las fieras de boca sangrienta y de aliento emponzoñado. La guerra, no importa cual, es rechazada por la conciencia humana. Por más que ruja en medio de las últimas convulsiones de la pasión homicida; por más

que cambie de máscara, según los pueblos y las clases; por más que invente nuevos «ideales» para embaucar a las multitudes, hoy, retrocede a cada «¡No!» de su creador. Pues la guerra no es la obra ni de la Naturaleza ni de la Divinidad. Es obra humana y ella perece, debe perecer por la voluntad del hombre que, después de diez mil años de procedimientos sangrientos, reconoce, al fin, su misión pacífica y solidaria en esto con los gusanos de la tierra y con las estrellas del Universo.»

Eloy Muñiz

Octubre, 1932.

Más de 200.000 niños abandonados en los Estados Unidos

TODAVIA se recuerdan las campañas de la prensa anti-soviética sobre los niños abandonados (*besprisonnij*) en la U. R. S. S. Nos parece que será menor el interés de dicha prensa para revelar el «escandaloso» informe presentado en Washington por el Bureau Federal de Asistencia, y del cual damos un resumen. El *Ladies Home Journal* denuncia algunos hechos que prueban la gravedad y amplitud del fenómeno.

Más de 200.000 pequeños vagabundos de ambos sexos, sin abrigo, errando de un lado a otro de América, sin ropas, hambrientos, expuestos al calor y al frío, a las enfermedades y peligros de todas clases. La muerte les acecha y les puede sorprender bajo las pesadas ruedas de un vagón de mercancías o de un automóvil sobre una carretera.

Esta horda salvaje, estos adolescentes lastimosos, son el producto de la crisis que desde hace tres años sufren los Estados Unidos. Estos niños, no encontrando pan en sus casas, se aventuran por el mundo, marchando hacia lo desconocido a la busca de trabajo y de pan.

El doctor A. W. Mc Millen, profesor de Economía social de la Universidad de Chicago, que ha trabajado mucho para el *Childreu's Bureau*, explica así el fenómeno: «Muchos de estos jóvenes han tenido que abandonar sus familias, obligados por la falta de recursos y ante la imposibilidad de encontrar en sus hogares pan para llevarlo a sus bocas. Sus padres, con el corazón destrozado, les han dicho: «He perdido mi colocación y no puedo encontrar trabajo. Yo, empecé a sustentarme solo siendo más joven que vosotros. ¡Partid, y buena suerte!» De esta manera, los jóvenes empiezan su interminable peregrinación de país en país, de ciudad en ciudad, siempre con la esperanza de poder detenerse en algún lugar, terminando el éxodo lamentable y buscando la tierra de promisión, y escuchando siempre el augurio de que en una ciudad de más allá «se está mejor», corren hacia ella como hacia

un espejismo alucinante, que se borra al llegar a cada ciudad nueva, donde se acrecientan las desilusiones y los sufrimientos, cada vez más dolorosos e irreparables.

Poco a poco, van acostumbrándose a su nueva vida, y este es el lado más peligroso de su triste deambular desesperanzado e interminable. Los niños, se encuentran con otros que partieron antes que ellos y cuya experiencia es mayor, y se adaptan a este género de vida y de moral.

«Solamente los imbéciles trabajan», les dicen, y terminan convenciéndose de que es así, y olvidan que el objetivo de su marcha penosa había sido la busca de trabajo.

Lejos de sus casas, los pequeños, dispersados a los cuatro vientos, viajan como pueden, duermen como pueden y comen lo que encuentran. Viajan generalmente escondidos en los vagones cargados de mercancías, burlando la vigilancia de los empleados de los ferrocarriles. Se les ve a lo largo de las carreteras pidiendo hospitalidad a los conductores de camiones y de otros vehículos de transporte, y de esa manera, se trasladan de un pueblo a otro, por todos los de la Confederación.

¿Cómo comen? El doctor Mc Millen nos lo explica: «Quince de estos niños llegan a un pueblo sobre un tren de mercancías. Inmediatamente se dirigen al campamento de los vagabundos, encienden fuego y cada uno se encarga de procurar lo necesario. Los unos buscan agua y leña, otros recorren los almacenes para obtener algo averiado. Los panaderos les dan panes secos; los verduleros, las legumbres que tenían que tirarse a los sumideros, y los carniceros, sus mercancías en estado de descomposición. Con esto, elaboran sus sopas, que devoran con avidez. Algunos días, hay algo, y otros, no hay nada...»

Están expuestos al peligro de los vehículos, al hambre y la sed, y a la inclemencia de las estaciones. El invierno último, en un pueblo del Oeste,



35 de estos niños fueron recogidos gravemente enfermos de los vagones cargados de mercancías, atacados por la pulmonía y la tuberculosis.

La dirección de una Compañía de ferrocarriles ha comunicado al Bureau de Trabajo de Wáshington, que 150 niños se habían herido y habían sido privados de algunos de sus miembros por las caídas ocasionadas con su paso de un vagón a otro al ser perseguidos.

Los empleados de los ferrocarriles afirman que estos niños vagabundos han sido los que prácticamente han resuelto el problema de los vagabundos profesionales de los trenes de mercancías. «Nuestro deber —han declarado textualmente— era limpiar los trenes de tales pasajeros, pero durante el año último, ha sido tal el número de ellos, que nos ha sido imposible hacerlo.» Solamente por el Paso, en Texas, ciudad de unos 260.000 habitantes, han pasado en unos seis meses más de 45.000 vagabundos sobre trenes de mercancías, y cada día pasan por Kansas City por término medio más de 1.500.

Marchan sin destino, a la busca aparente de trabajo, pero sí toman gran interés en ello. La policía es incapaz para detener a todos y las prisiones están pobladísimas.

Recientemente se ha producido un lastimoso episodio. Un niño no fué lo suficientemente ágil para saltar sobre un tren en marcha. Cayó bajo las ruedas, que le cortaron las piernas. Dada la gravedad de las lesiones, murió. Cuando las autoridades lo comunicaron a la familia, que vivía en una ciudad distante, recibieron la respuesta siguiente: «Encárguense ustedes de enterrarlo, porque nosotros no tenemos dinero.»

ORTO no es un negocio.

ORTO es un ensayo absolutamente desinteresado, esforzándose por establecer, entre el caos de ideas y la confusión de los acontecimientos de nuestra prodigiosa época de transición, una orientación doctrinal rigurosa de la actualidad internacional sobre el plan económico sindical, social, científico, literario y artístico.

En el número próximo iniciará su colaboración el conocido militante y culto camarada francés

Georges Ivetot

con un magnífico trabajo de documentación social.

La vida fraternal de los negociantes de cañones Schneider y Krupp

Vencen en Ginebra. — Un solo amo: el Comité de las Fraguas. — Dos competidores y dos aliados. — El escándalo de las «ametralladoras francesas». — El asunto de las fábricas Putiloff. — Campaña tras campaña y pedido sobre pedido. — Origen de la fortuna de Krupp. — Una mercancía como otra cualquiera: las armas. — Krupp, proveedor de Francia. — La derrota de Krupp. — Seguridad, ante todo. — Origen de la fortuna de Schneider. — El 75. — Armamentos y política. — Los señores feudales del Creusot. — Un «trust» mundial. — Proveedores de los amigos... y de los enemigos.

Un diario italiano, la Stampa, ha publicado una serie de artículos de un colaborador anónimo que ha estado en Essen y en el Creusot, para realizar un estudio sobre las industrias de guerra. Sabido es

que una de las manifestaciones más constantes del militarismo italiano consiste en la denuncia del militarismo de los demás países. El Gobierno italiano que prosigue febrilmente su preparación para la guerra, busca también justificativos de su propia política; es el ladrón que grita: «¡A ese!, ¡A ese!»

Sin dejarnos engañar por las maniobras de la demagogia fascista, creemos oportuno utilizar en la lucha contra la guerra, los elementos que la Stampa ha recogido para la lucha contra la paz.

Los artículos hacen referencia a las relaciones entre los armamentos y la política. Observemos que esos lazos han existido siempre, tanto en Italia como en Alemania y en Francia. La influencia de los proveedores italianos de material de guerra, fué importantísima en el rompimiento de hostilidades en Trípoli, primera chispa del incendio que debía, años después, asolar a Europa.

El cotidiano de los nacionalistas italianos L'Idea Nazionale, vivía tan sólo de las subvenciones de la industria pesada y en 1914 se vió a ese periódico impulsar a la intervención en favor de Alemania, y pocos días después preconizar la intervención en favor de la Entente.

Con los unos o con los otros, con tal de que los vendedores de cañones dispusieran de una guerra. Aun hoy día, el diario más encarnizado en sus campañas contra Yugoslavia, es el Giornale d'Italia, órgano de los armadores del Adriático.

Schneider y Krupp

ENTRE las pocas personas a quienes ha satisfecho plenamente la Conferencia del Desarme, merece citarse Eugenio Schneider, del Creusot, el mayor fabricante de armas y municiones, tanto de Francia como de Europa.

No le falta motivo alguno para estar contento: en Ginebra ha vencido una vez más la industria privada de armamentos.

En efecto, durante estos últimos años, se había ido formando en todas partes cierto espíritu de oposición a los fabricantes de armas, a los vendedores de cañones, como les llama el pueblo francés. El presidente Hoover había provocado en los Estados Unidos una campaña contra la política de excitación y corrupción de aquéllos. En Francia los partidos de izquierda han solicitado repetidas veces la nacionalización de esa industria, y reclamaciones de la misma índole han sido formuladas ante la Sociedad de las Naciones en 1924, 1925, 1929 y 1931.

El propio Tratado de Versalles, en su artículo VII, recordaba «las graves dificultades provocadas por la fabricación privada de municiones y de material de guerra», y sugería al Consejo de la Sociedad de las Naciones que «estudiase las medidas susceptibles de evitar sus peligrosos efectos».

Pero los vendedores de cañones y sus amigos políticos han maniobrado siempre en forma que se evitara que semejante indicación pudiera tomarse, seriamente, en consideración.

A cada conferencia que se ha convocado para el desarme han acudido ellos, vigilantes.

Recuérdese que la Conferencia Naval de 1927 no dió ningún resultado, por la actitud intransigente de la delegación norteamericana. Ahora bien, en 1929 se supo la explicación del patriotismo de los delegados norteamericanos: uno de sus peritos, Shearer, era agente de la Bethlehem Steel Shipbuilding Company, la gran casa americana de construcciones navales.

Con motivo de la Conferencia del Desarme en Ginebra, se han movilizado los fabricantes de armas y no han omitido medio para que de dicha reunión no resul-

tase ni la más mínima reducción en los armamentos. Hasta parece ser, según el periódico *La Lumière*, que Schneider ha tenido como agente a un miembro importante de la delegación francesa: Charles Dumont, ministro de Marina, en el gabinete Tardieu.

Por otra parte, toda la política de Tardieu ha tenido por finalidad el realizar prácticamente las exigencias de los grandes industriales del hierro y del acero. Toda la concepción del herramental nacional con sus colosales gastos para fortificaciones, construcciones navales y electrificación de los ferrocarriles estaba informada por la decisión de crear una salida importante a la industria metalúrgica francesa.

Las cosas no han cambiado con el advenimiento de Herriot, porque, cualquiera que sea el color del partido que ocupe el poder, el «Comité de las Fraguas» —cuyo presidente honorario es Eugenio Schneider y el efectivo Francisco de Wendel— seguirá dictando siempre su ley a la economía nacional y a la política financiera. El Crédit Lyonnais, que sostiene a Herriot, tiene comprometidos grandes intereses en la industria metalúrgica.

Los vendedores de cañones son, en Ginebra, los más fuertes.

Schneider podrá, así, celebrar —en pleno período de prosperidad— el centenario de sus fábricas. En diciembre próximo hará cien años que Eugenio y Adolfo Schneider emigraron desde el Sarre al Creusot, insignificante poblado entonces, para colocar la primera piedra de la fábrica de la que había de surgir con el tiempo el actual consorcio.

Desgraciadamente, la pretensión expuesta por Alemania de volverse a armar, ha venido a oscurecer un cielo que, hasta el presente, estaba despejado. Un nuevo armamento de Alemania, ¿no significaría, acaso, la resurrección del más formidable de los competidores de Schneider, es decir, de Krupp?

La rivalidad de los dos grandes industriales del hierro y del acero por la conquista del mercado mundial de armas, quedó patentizada en la competencia francoalemana entre 1870 y 1914. Si esa rivalidad no ha determinado por sí sola las relaciones francoalemanas, por lo menos ha influido en ellas multiplicando los puntos de rozamiento.

Schneider, así como Krupp, se ha hecho maestro en el arte de provocar tensiones, desencadenar alarmas, suscitar inquietudes; traduciéndose siempre, tensiones, alarmas e inquietudes, en nuevos pedidos de armas.

Hasta ha ocurrido que, Schneider, en diarios alemanes, y Krupp, en periódicos franceses, han hecho publicar artículos sobre la superioridad del armamento de uno y de otro país, para forzar así a su respectiva nación a que formulase nuevos encargos de armamento.

El escándalo de las «ametralladoras francesas» es, al respecto, verdaderamente sintomático.

A principios de 1914, tres diarios parisienses, el *Figaro*, *L'Echo de Paris* y *Le Matin*, descubrieron, con una perfecta coincidencia, la extraordinaria e indiscutible superioridad de la ametralladora francesa. El diputado Schmidt, ligado a la *Schwerindustrie* alemana, tomó pie de aquellos artículos para una interpelación en el Reichstag que, sin discusión casi y por gran mayoría de votos, aprobó una proposición aumentando el número de ametralladoras alemanas.

Durante la tramitación de la causa llamada de Bolo Pacha, se supo que aquella campaña de prensa francesa había sido pagada por Krupp y por las fábricas alemanas de Karlsruhe.

Hasta fué exhibida la carta de Krupp y de sus socios al representante que en París tenían; dice así:

«Le hemos teleografiado. Rogamos espere nuestra carta en París. El motivo de esa carta consiste en que quisiéramos que se publicase en uno de los diarios de más circulación, el *Figaro*, si posible fuera, un artículo sobre el siguiente tema: «La dirección del ejército francés ha decidido acelerar el equipo de las ametralladoras y encargar doble cantidad de la prevista.»

Otro asunto, el de las fábricas rusas de Putiloff, no es menos significativo.

El 27 de enero de 1914, *L'Echo de Paris* publicaba el siguiente y sensacional telegrama procedente de San Petersburgo:

«Corren rumores de que las fábricas Putiloff, de Petersburgo, van a ser adquiridas por Krupp. Si esa noticia tiene fundamento, no dejará de producir en Francia la más viva impresión. Sabido es, en efecto, que para su artillería naval, de costa



y de campaña, ha adoptado Rusia los tipos de cañones y de municiones franceses. La mayor parte del material fabricado hasta el presente por Putiloff lo ha sido en colaboración con las fábricas del Creusot y con personal técnico que éstas enviaron a Rusia.»

Como estaba previsto, la noticia produjo inmediatamente la más intensa emoción. Temía el público que los secretos de fabricación del Creusot, y especialmente los relativos al cañón de 75 de campaña, pudieran caer en manos de los prusianos. Así es que, cuando poco después se supo por noticia procedente de Rusia que la intervención alemana podría evitarse suscribiendo un empréstito ruso, el ahorro francés aprontó una suma equivalente a 25.000.000 de libras esterlinas.

La maniobra había tenido éxito. La amenaza alemana había sido ideada por el ministro ruso de la Guerra, Sukhomlinoff, y el telegrama que se suponía procedente de San Petersburgo había sido redactado por Raffalovitch, agente ruso en París, de acuerdo con Schneider, que había de beneficiarse con 4.000.000 de pedidos.

Al imponer a Alemania un desarme casi integral y la transformación de sus industrias de guerra, el Tratado de Versalles eliminó al principal competidor de Schneider. Éxito indiscutible; pero, ¿cómo trabajar sin competidores? Ya no se

podían invocar las amenazas del Kaiser ni las maniobras de Krupp, pero Schneider y su prensa encontraron otros medios: los armamentos secretos de la Reichswehr.

La fabricación de armamentos y de aeroplanos para Alemania, en Holanda, Suecia y Rusia se exageró desmedidamente, recurriendo también a la amenaza bolchevique y al clisé de una Rusia armada hasta los dientes y dispuesta a precipitarse sobre sus vecinos. Polonia, Rumanía y todos los Estados balcánicos se convirtieron así en un excelente mercado para los cañones del Creusot.

La prensa del Comité de las Fraguas no deja perder ocasión alguna para alimentar su propaganda alarmista; en cuanto un tema ha perdido eficacia se recurre a otro, y así se han ido sucediendo las siguientes campañas: impotencia de la Sociedad de las Naciones; reivindicaciones legítimas del Japón en Manchuria; Memorias de Stressemann; los bandidos chinos; fabricación de armas iniciada por Alemania en las fábricas del Rhur y de Westfalia.

II

Krupp, el vencido

En Essen me enseñaron un paisaje de altos hornos, un bosque de chimeneas.

—Aquí, durante la guerra, cuatro años, trabajaron 150.000 obreros.

—¿Y ahora?

—Apenas 5.000.

Pregunté:

—¿Podrá Essen recuperar su prosperidad?

Me contestaron.

—Sí; a veces, se repiten los milagros.

Ciertamente, fué un verdadero milagro.

Cuando Alfredo Krupp tomó a los catorce años la dirección de la empresa familiar, arruinada por su padre, Essen contaba con unos 3.000 habitantes escasos; hoy tiene más de 200.000. Krupp desempeña en la industria alemana el mismo papel que Bismarck en la política. Su historia es la de la industria alemana en marcha hacia la conquista de los mercados mundiales y de la supremacía universal.

1842: Krupp, fabrica su primer fusil.

Como buen prusiano, lo presenta primeramente al Ministerio de la Guerra de Berlín. Diez días después se le devuelve con la mención siguiente: «Los fusiles del ejército son tan perfectos, que no necesitan ningún perfeccionamiento.»

Entonces, como buen comerciante, lo envía a París. Se le contesta inmediatamente: «Su invento nos interesa; venga a tratar.»

En aquella época las relaciones entre Prusia y Francia eran ya algo tirantes. Se temía una guerra de un momento a otro. Krupp patentó asimismo otro tipo de fusil de acero.

«Las armas —dice excusándose— son una mercancía como todas las demás, y negocios son negocios.»

1847: Después de los fusiles se pone Krupp a fabricar cañones de acero, y, como siempre, concede a Berlín la preferencia. En esta ocasión hicieron caso de su ofrecimiento, pero en realidad los pedidos tan sólo los recibía de París y de Egipto. Napoleón III le dió trabajo para la guerra de Crimea. También el zar le encargó varias baterías de acero. Krupp suministra armas a los dos adversarios. En recompensa se le nombra a la vez Caballero de la Orden de Pedro el Grande y Comendador de la Legión de Honor.

El zar, vencido en Crimea, quiere reorganizar por completo su artillería. Krupp lo sabe y se apresura a regalarle un cañón montado sobre una cureña que ostenta adornos de plata y oro.

El zar le contesta con un encargo de quinientas piezas.

En 1856, Krupp negocia con el ministro de la Guerra francés para el suministro de trescientos cañones; el pedido está ya firmado por el emperador, pero a última hora queda retirado. ¿Qué había ocurrido? Que en el Creusot, los Schneider habían empezado también, hacía dos años, a fabricar cañones y el general Leboeuf, pariente de aquéllos, había conseguido persuadir a Napoleón III que diese la preferencia a las armas fabricadas en Francia.

Tal fué el primer choque entre los dos grandes adversarios. Krupp acude a París; comprende en qué estriba la fuerza de su contrario, y para batirlo en su propio terreno propone al Crédit Mobilier, de París, una participación en sus empresas. Los Schneider paran el golpe comprando

la mayoría de las acciones de la Banque Parisienne.

Francia escapa a su ambición y Krupp se vuelve hacia el Austria, de la que logra un pedido de veinticuatro cañones pesados. Las relaciones están bastante tirantes entre Prusia y Austria; la guerra parece inevitable. El Gobierno de Berlín le ruega confidencialmente que no dé curso a la operación. «Yo ignoro las contingencias políticas», responde el industrial de Essen, y suministra los cañones, a pesar de todo. Y así ocurrió que en la batalla de Sadowa, austríacos y prusianos disparaban unos contra otros valiéndose de cañones que habían salido fraternalmente de la misma fábrica, y cuyo importe aflucía, fraternalmente también, a la misma caja.

Las relaciones entre Prusia y Francia se iban poniendo tirantes. Con su finísimo olfato, Krupp trata de conseguir un buen pedido de ambos futuros adversarios. Envía a Napoleón III el catálogo ilustrado de sus mercancías: «Me atrevo a esperar —dice en su carta— al enviar el catálogo, que las cuatro últimas páginas, en las que figuran los cañones de acero, fabricados para distintas grandes Potencias, no dejarán de atraer su atención y excusarán mi atrevimiento.» La carta está fechada el 29 de abril de 1868. La contestación fué la siguiente: «El Emperador ha prestado gran interés a su álbum y S. M. ha dado orden de que le sean dadas las gracias por el envío, comunicándole, al propio tiempo que le desea mucho éxito en el desarrollo de una empresa llamada a prestar a la Humanidad notorios servicios.» La carta está firmada por el general Leboeuf, pariente de los Schneider. El negocio había fallado.

Desde 1870 ya no le falta trabajo a Krupp ni a su hijo único y sucesor Federico-Alfredo. A fines de 1900, los obreros de Krupp son 50.000. El beneficio neto de la Empresa es de veinte millones de marcos, que subirá a treinta y cuatro millones en 1913.

Esa enorme riqueza no procede tan sólo de los suministros hechos al ejército y a la marina del Reich, pues en 1912, por ejemplo, de los 53.600 cañones fabricados en Essen, 26.300 quedaron en Alemania, pero los demás, 27.300, fueron enviados al extranjero. Cincuenta y dos Estados son clientes de Krupp, varios de los cuales estuvieron contra Alemania durante la Gran Guerra.



Durante los cuatro años de esa contienda los beneficios de Krupp subieron a 86.110.140 y 145 millones de marcos.

La derrota alemana fué también la de Krupp.

Por efecto del Tratado de Versalles, una Comisión interaliada intervino las fábricas de material de guerra. En Essen fueron destruidas 9.300 máquinas de un peso de 60.000 toneladas, así como 800.000 útiles diversos. Krupp von Bohlen, el marido de Bertha Krupp, evalúa en 104 millones de marcos oro el valor del material destruido.

Para poder seguir viviendo la administración de Krupp, tendió a transformar sus fábricas de guerra en fábricas de paz, emprendiendo una infinidad de fabricaciones que abarcaban todas las formas de empleo del hierro —tales como piezas sueltas para la marina, locomotoras, vagones, camiones pesados, máquinas agrícolas, bombas para líquidos, y otros productos más ligeros, como artículos para despacho, aparatos registradores, aparatos cinematográficos, instrumentos de cirugía, dentaduras de acero inoxidable, teléfonos, etc.

Esta transformación provocó dificultades financieras, por lo que Krupp lanzó un empréstito de 60 millones que fué cubierto. El éxito de esa operación demuestra el prestigio que el nombre de Krupp conserva en Alemania y en el extranjero. La familia Krupp no abandona sus antiguas tradiciones.

Durante la crisis económica de 1925, las grandes empresas industriales de Renania y de Westfalia se alían con las fábricas de acero; hasta el propio Thyssen tiene que pasar por ello.

Krupp von Bohleu rehusa unirse al nuevo trust, y las fábricas Krupp, con sus cinco mil obreros, resultan la única grande empresa que permanece independiente. En Essen se atiende cuidadosamente a que en Bolsa no se presente ninguna acción. ¿Pero Krupp es verdaderamente independiente?

(Continuará.)

Notas de libros

La actitud pedagógica de Goethe

Casi coincidiendo con la fecha del centenario de la muerte de aquel «griego del septentrión moderno», se ha publicado en castellano un libro (*Rudolf Lehmann. Goethe y el problema de la educación individual*. Espasa-Calpe) sobre el valor pedagógico de su obra.

Los escritores clásicos de Alemania: *La educación de la Humanidad*, de Lessing; *Los discursos escolares*, de Herder; *Cartas sobre la educación estética del hombre*, de Schiller, y *Levana*, de Juan Pablo, se han sentido, siempre, en sus obras —de una manera ocasional— educadores. Pero hay que notar que siempre fué de una forma o manera ocasional.

En cambio, leyendo al ministro de Weimar notamos una especial predisposición hacia los temas pedagógicos. Es decir, mejor que una predisposición, una actitud. Esta es la palabra.

Goethe, ante el mundo toma una actitud pedagógica. En sus obras, en sus conversaciones, es siempre la dirección de ellas, de un claro y perfilado fin educador. Su poder educativo —dice Richard Wickert— lo «experimentaron niños y adultos, gentes sencillas e iguales espiritualmente, las clases inferiores y sus príncipes». El poder de esta posición espiritual era la tendencia del artista, que con áspera autodisciplina y admirable autoeducación formó su propia personalidad, pero que también quiso formar —Prometeo de la germania— otros hombres.

Goethe entra en el campo de la pedagogía, alegre y decidido, por la puerta de su Werter: «lo que está más próximo a mi corazón en la tierra, son los niños».

Lehmann, en este libro, hace un estudio profundo y detenido sobre el contenido pedagógico de las obras del maestro alemán.

Sintetiza hábilmente, en cuatro trazos, su personalidad educadora. Marca de un modo claro el tránsito de Goethe entre el ideal áspero de Winkelman, al suave de Pestalozzi.

Después de este intento de estudio biográfico, puede decirse que Rudolf Lehmann ha dado una cara completa para la formación del poliedro que ha de ser la biografía total de Goethe.

Dos libros de ensayos

Un tema tan interesante y amplio como es el matrimonio, tenía, por necesidad, que seguir dando un margen —ancho y claro— para estudios sucesivos sobre sus diferentes aspectos.

Se acaba de publicar un ensayo de un escritor inglés, muy bien hecho por su documentación y plan de exposición. Me refiero al libro de Westermarch (*Historia del Matrimonio*. Editorial España), libro extenso, por cuyas páginas vemos desfilar con agilidad de junco jugado por hábiles dedos, desde el sencillo y salvaje matrimonio primitivo hasta el complicado, mecánico y psicológicamente, del siglo actual.

Tiene gran interés este libro, porque es científico y ameno; además de estar escrito en un tono —ni alto ni bajo— de divulgación. Es decir, que posee cualidades indispensables para tratar estas materias.

Toda la gráfica que la literatura rusa ha marcado, empezando antes del período proletario y terminando con la revolución en marcha, está recogida, analizada y estudiada en este libro del crítico Polonski.

Polonski —muerto recientemente— uno de los intelectuales más inteligentes de la Unión Soviética, nos presenta todo el amplio panorama de la nueva literatura. Su libro (*La literatura rusa de la época revolucionaria*. Viacheslav Polonski. Editorial España), fino y acabado, sirve de guía para poder seguir la marcha del desarrollo con todas sus consecuencias —políticas y artísticas— de la joven y rebelde literatura rusa.

Todos los que seguimos con alegría y entusiasmo la marcha triunfante del comunismo hemos de leer este libro con interés y detenimiento.

Sobre el negro y el amarillo

Las dos razas que en los momentos actuales de inquietudes revolucionarias tienen un gesto de rebeldía más interesante por su número y extensión, son: la negra y la amarilla.

Dos libros llenos de interés y pronósticos sobre estas dos razas hemos leído recientemente.

El primero es un relato fuerte y audaz, hecho por una escritora de franco sentido proletario, sobre la vida trágica de los negros en el país del «dólar». Toda la trayectoria ondulante y sangrienta que la codicia de los capitalistas americanos han hecho recorrer a los negros desde su país natal hasta las tierras de las modernas ciudades, está analizada en este libro (*Hermano Negro*. Magdaleine Paz. Ediciones Hoy) con un sentido francamente clasista.

Magdaleine Paz, con una crudeza extraordinaria, nos pinta escenas de un bárbaro realismo; linchamientos, martirios, persecuciones y fuertes trabajos, ponen una vez más al descubierto el salvajismo y la crueldad de la burguesía. La dirección de todos estos cuadros de dolor es la interpretación materialista de la historia de la explotación del hombre.

Al terminar la lectura del libro —rebelde y acusador—, vemos que todos los crímenes que bajo los tópicos podridos de una religión y moral absurdas han realizado los capitalistas del continente norteamericano, sólo tendrán una solución: cuando los negros, unidos a las demás víctimas del capital y de la burguesía, tomen el poder por un procedimiento revolucionario.

ALVARO ARAUZ

Madrid, noviembre.

Tip P Quiles, Grabador Esteve, 19, Valencia

B I B L I O T E C A

ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

Marin Civera: **El Sindicalismo** Historia - Filosofía - Economía 3 ptas.

Hildegart: **Paternidad voluntaria**
Guía práctica de los medios para evitar el embarazo . 2 ptas.

José López Tomás: **Plan Financiero Quinquenal
de la República Española** . 5 ptas.

Ramón J. Sender: **Teatro de masas** . 2 ptas.

Matias Usero Torrente, ex sacerdote misionero católico:

Jesuitismo y Masonería Dos ideales opuestos 250 páginas — 4 ptas.

E. Armand: **Sexualismo revolucionario** (Amor libre)
Magníficamente presentado .. 2'50 ptas.

Krasin, Bogomolov, Guerchanovich:
Cómo actuaban los bolcheviques en la clandestinidad
Traducción directa del ruso por A. NIN .. 4 Ptas.

Alfonso Martinez Rizo:
1945. El advenimiento del Comunismo Libertario
Una visión novelesca del porvenir .. 2 ptas.

Julio Noguera López: **La última víctima de la Inquisición**
(El maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll)
Ilustraciones de RIVADULLA .. 2 ptas.

Dr. Benjamin Tarnowski: **Perversiones sexuales**
El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas
Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la **señorita HILDEGART**
Epílogo del **Dr. Havelock Ellis**

Con abundantes fotograbados en couché de todos los homosexuales célebres en la
Historia, desde Jesucristo hasta el último contemporáneo Precio: 2 Ptas.

Otras obras que puede pedir a esta Administración:

La educación sexual, de Jean Marestán. 3'50 ptas.

Generación Consciente, de Franck Sutor. 1 pta.

Iniciación en la vida sexual, con 60 heliograbados. 7 ptas.

Medios para evitar el embarazo, Hardy. 7 ptas.

Para una política sexual. Dr. Fabre. 5 ptas.

Contraconcepción, Dra. Stopes. 12 ptas.

Culio al desnudo, con fotografías. 5 ptas.

Lafomia Primer volumen de la colectánea masónica . 5 ptas.

Diálogo sobre masonería. 0'25 ptas.

¿Se equivocó Marx? ¿Fracasa el socialismo?, Hildegart. 5 ptas.

Ayuntamiento de Madrid

Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º 68. El sendero luminoso y sangriento

El instinto de conservación a través de la Historia

POR HIGINIO NOJA RUIZ

N.º 69. Nueva ciencia del origen de la vida

La Plasmogenia

Por el célebre doctor mejicano, **ALFONSO L. HERRERA**

Ilustrado con abundantes grabados.

Seguirá: **La Educación sexual del niño**

POR WILLIAM J. FIELDING

Acaban de aparecer

El amor dentro de 200 años

(Una superación de la anarquía por la liberación sexual y la automática)

por el ingeniero **ALFONSO MARTINEZ RIZO**

Precio: 2 pesetas

Cómo se curan y cómo se evitan las enfermedades venéreas

por la señorita **HILDEGART**

La Prostitución, el abolicionismo, el venéreo.

Ilustrada con grabados.

Precio: 4 pesetas

El proletariado ante el sexo
El derecho al aborto

por **N. TARASSOW**

El aborto legal y clandestino. Maternidad libre.

Precio: 1 peseta

HAGA SUS PEDIDOS A ESTA ADMINISTRACIÓN

Ayuntamiento de Madrid